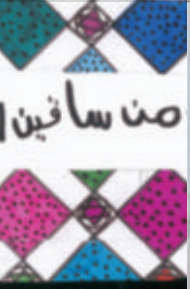
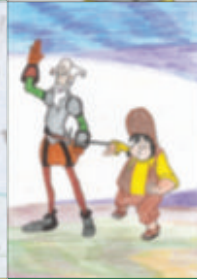
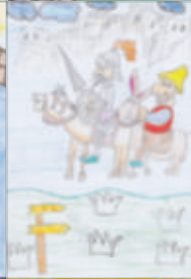
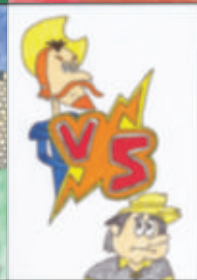
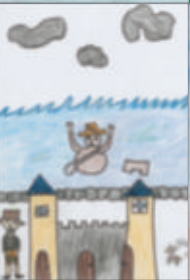


EL CUARTO QUIJOTE

Escrito por escolares
complutenses

TUTELADO POR LITERARIA XXI





www.loqueleo.com/es

© Ayuntamiento de Alcalá de Henares. Concejalía de Educación

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Equipo de la Concejalía de Educación:

María Teresa Lahuerta Hernando

José Arjona Rojo

Ana Cezón Calonge

Elena Fernández Cunchillos

María Galván Morejón

Conchi Gutiérrez Castro

Susana Lletjos Lambías

Susana Marcelo García

Coordinador técnico:

José Díaz Peña

Coordinador literario:

Santiago García-Clairac

Tutores literarios. Literaria XXI:

Ana Alcolea

Clara Cortés

Santiago García-Clairac

Ricardo Gómez

Alfredo Gómez Cerdá

Concha López Narváez

María Menéndez Ponte

Francisco de Paula (Blue Jeans)

Mónica Rodríguez

Marinella Terzi

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Ilustración capítulo I: Santiago García-Clairac

Ilustración capítulo XXVIII: José Rubio Malagón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL CUARTO QUIJOTE

Escrito por escolares
complutenses

TUTELADO POR LITERARIA XXI

Presentación de Javier Rodríguez Palacios

Alcalde de Alcalá de Henares

Queridos amigos:

Dicen que no hay dos sin tres y yo añado que no hay tres sin cuatro. Y aquí está la prueba.

Este cuarto Quijote viene a confirmar que las propuestas interesantes son contagiosas. Este proyecto, que no deja de crecer, es una iniciativa de la que me siento muy orgulloso. Sabed que casi 1.200 escolares han participado en la creación y escritura de estas nuevas e insólitas aventuras quijotescas, lo que me llena de satisfacción y, quizá, me confirma que si tantos escolares se apuntan a escribir nuevas historias de don Quijote, podemos pensar que este personaje está más vivo que nunca. Y eso nos enorgullece.

Maestros, profesores, tutores, técnicos y escritores han invertido parte de su tiempo para que el cuarto Quijote sea una realidad incuestionable y no tengo palabras suficientes para agradecerles su colaboración y entusiasmo. Los trabajos en equipo casi siempre terminan bien.

El ingenio de Cervantes se hace ahora patente en los textos de nuestros jóvenes estudiantes que, en un extraordinario alarde de creatividad y valentía, han cogido la pluma para demostrar que ellos también pueden. Que creen en el poder de la palabra, de la escritura y de la imaginación.

Solo nos queda esperar que le sigan otros libros y que sean muchos los escolares que quieran formar parte de este gran proyecto.

Animo a todos los que han formado parte de este trabajo a que sigan en la misma línea y podamos ver, en breve, un quinto, un sexto y todos los Quijotes escritos por escolares que sean posibles.

Disfruten de una obra que hace honor a nuestro más insigne escritor: Miguel de Cervantes.

6

Javier Rodríguez Palacios
Alcalde de Alcalá de Henares

Presentación de Diana Díaz del Pozo

Concejala de Educación de Alcalá de Henares

Y la aventura continuó.

7

Hace algo más de un año decidimos emprender la aventura de crear una obra escrita por escolares de Alcalá que contara las andanzas de Quijote y Sancho por los enclaves declarados Patrimonio Mundial en el territorio patrio. El resultado de aquello fue *El tercer Quijote*. No fue una tarea fácil, pero conjurado el equipo responsable, cual protagonistas de la obra, fuimos superando todas las dificultades.

Meses después, con tantas buenas sinergias generadas, nos encontramos ante la gesta de recoger el espíritu que dio lugar a aquella primera iniciativa y fraguar una segunda obra inédita, en la que escolares, profesores, escritores, ilustradores, editores y técnicos de la Concejalía de Educación han dado lo mejor de sí: *El cuarto Quijote*.

Imaginarán que poner en marcha y ejecutar un proyecto de esta envergadura, con el éxito precedente, no ha sido nada fácil. Meses de duro trabajo con más de 1.000 escolares, 60 profesores y diez escritores que nos regalan su trabajo y creatividad han concluido en las páginas que tienen a continuación. Su originalidad a la hora de presentarnos las aventuras de tan ilustres personajes por los diferentes castillos y fortalezas del territorio español no puede sino evocarnos la más grande obra creada por Cervantes siglos atrás.

Sin duda, llevar a cabo este cuarto Quijote tiene en Santiago García-Clairac uno de sus principales pilares. Su entusiasmo y perseverancia nos proveen de una fuente inagotable de talento que se explicita en una nómina de reconocidos escritores y escritoras que trabajan mano a mano con nuestros pequeños complutenses y hacen alcanzar cotas de alta calidad literaria a la obra que tienen entre sus manos.

8 Pero una buena obra necesita una buena presentación. Contar con Loqueleo como editores, correctores...; en definitiva, como compañeros y cómplices en el camino es un lujo que volvemos a tener la suerte de disfrutar. El cariño que Maite Malagón y su equipo ponen a los manuscritos y dibujos de nuestros escolares resalta y traspasa en el acabado final de la obra.

Es difícil para mí encontrar un proyecto, en la ardua andadura política, donde confluyan tan buenos, diversos y nobles objetivos. Hemos conseguido aunar una metodología de trabajo cooperativo y transversal con la experiencia única de la creación al lado de escritores profesionales. Hemos conseguido que más de 1.000 personas trabajen para conseguir un propósito común. Hemos conseguido, y permítanme la falta de humildad, una gran obra con una buena guinda, la colaboración del complutense, camino de ser universal, Malagón. Hemos conseguido que la promoción de la lectura y la escritura sea un sello de identidad ineludible en el trabajo diario municipal de Alcalá de Henares.

Las políticas públicas deben ser responsables y honestas e incluso, a veces, también son emocionantes. Y hoy me emociona presentarles el resultado de una de ellas.

Gracias a todos los que lo habéis hecho posible.

Disfruten y sigan leyendo.

Diana Díaz del Pozo

Concejala de Educación de Alcalá de Henares

Prólogo de Aurora Egido

Secretaría de la Real Academia Española

9

Miguel de Cervantes, mucho antes que escritor, fue un lector insaciable, que, como él mismo dijo, leía «hasta los papeles rotos de la calle». Gracias a su ingenio y a sus muchas lecturas, pudo llegar a escribir, entre otras obras, la de *Don Quijote de la Mancha*, con la que el tiempo lo consagró como el inventor de la novela moderna. Así lo han reconocido muchos críticos y novelistas a lo largo de los siglos, como es el caso del premio Nobel de Literatura sudafricano John Maxwell Coetzee, que ha planteado a nueva luz el conflicto cervantino entre realidad y ficción en sus novelas *Age of Iron*, *Disgrace* o *The Childhood of Jesus*.

Jorge Luis Borges dijo en cierta ocasión: «Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído». Y, entre esas páginas de cuya lectura todos podemos sentirnos orgullosos, destacan sin duda las del *Quijote*: una obra universal, leída en todo tiempo y lugar, que ha sido traducida a todas las lenguas del mundo, suscitando las interpretaciones más diversas.

Miguel de Cervantes, que tuvo algo de profeta, hizo algo genial creando la figura de un ingenioso don nadie como don Quijote, que, además de inventarse a sí mismo, se inventó a su amada y hasta las aventuras que determinarían su particular viaje por tierras manchegas, aragonesas y catalanas. Pero fue todavía

mucho más lejos si tenemos en cuenta que, dentro del libro que lo contaba, trazó con todo lujo de detalles el futuro que le esperaba.

En este sentido, cabe decir que Cervantes construyó, antes de que se le ocurriera a cualquier filólogo o crítico moderno, lo que hoy se entiende por teoría de la recepción. Me refiero a anticiparse a las expectativas que su propia obra depararía entre los lectores de su tiempo y los del futuro. Bastará recordar al respecto el diálogo mantenido entre don Quijote y Sansón Carrasco en el capítulo III de la segunda parte, cuando el caballero manchego le dice, en presencia de Sancho, a ese socarrón bachiller de Salamanca que su obra iba a tener «necesidad de comento para entenderla».

10

A la altura de 1615, cuando se pronuncia esa frase, cualquier lector avisado podía considerar que se refería a aquellos autores que, como don Luis de Góngora en el *Polifemo* y las *Soledades*, empleaban un lenguaje tan culto y oscuro que cada palabra necesitaba un comentario para ser entendida. Pero el bachiller Carrasco le quitó del magín a don Quijote semejante preocupación, diciéndole:

—*Eso no —respondió Sansón—, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante».*

Como vemos, Cervantes trató de escribir un libro para todos y que fuera entendido por todos, pero a sabiendas de que cada uno lo iba a interpretar a su manera, a tenor de su circunstancia particular y entendederas. Recordemos también lo que el buen Carrasco le dijo a continuación al caballero andante sobre la obra que había contado sus andanzas en la primera parte:

Y los que más se han dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote; unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta y un pensamiento menos que católico.

La cita no tiene desperdicio, pues apelaba a las mil formas de leer una obra que corría de mano en mano, haciendo que sus personajes cobraran vida, y a ese atributo del lector, que, al hacer suyo lo que lee, en buena parte lo transforma. Pero, sobre todo, esas palabras cervantinas nos dan la clave de una obra escrita por gusto, que su autor quiso ofrecer para deleite de los lectores y sin ofender con ello a nadie, entendiendo así lo de «pensamiento menos que católico».

Cervantes presumió en el *Viaje del Parnaso* de haber dado en *Don Quijote* «pasatiempo», lo que no deja de representar una postura avanzada respecto a esa milagrosa capacidad de la literatura que hace posible salir del mundo en el que uno vive para viajar por otro creado por obra de su autor, y que en ocasiones se asemeja tanto al nuestro.

Ese «pasatiempo» o «entretenimiento» puede traducirse de muchas maneras. Los estudiantes españoles y americanos interpretaron el *Quijote* durante siglos como una obra de burlas, tratando de imitar sus hazañas y visajes en los vejámenes del grado de doctor o en las procesiones y mascaradas. De este modo, se hizo familiar la imagen de los estudiantes disfrazados de don Quijote y Sancho, quienes, como si fueran precursores de los personajes surrealistas del cine Laurel y Hardy (conocidos en España como el Gordo y el Flaco), se pasearon por los patios de escuelas y por las calles de España y América provocando la risa de propios y extraños.

En el siglo XXI, una nada desdeñable versión de ese rito, en clave creativa, es la que ha acometido el Ayuntamiento de Alcalá de Henares al editar nuevos *Quijotes* escritos por escolares. Los autores de *El cuarto Quijote*, como sus antecesores, han sabido muy bien lo que ese ejercicio significaba en el ámbito literario: nada más, y nada menos, que reinventar la obra de Cervantes, ilustrándola con nuevas recreaciones, pero sin alterarla.

12

Y así, sin trampa ni cartón y alejados de cualquier síntoma de copia o plagio, los jóvenes lectores del *Quijote* que presenta este volumen han llevado a buen término una escritura libre y propia, inspirada en la famosa obra cervantina. Ello demuestra, en buena medida, hasta dónde puede llegar el placer de la lectura y la capacidad que el ingenio cervantino ha suscitado a los escritores en ciernes, que así podrán tal vez convertirse en autores reconocidos del mañana.

El cuarto Quijote, escrito por escolares complutenses, es el resultado de una gran labor colectiva en la que han intervenido casi una treintena de centros educativos, contando con la participación de mil alumnos y la tutela de sesenta profesores y diez escritores. A ello hay que añadir que nos encontramos ante un nuevo *Quijote* ilustrado, siguiendo una larguísima tradición iconográfica que la obra cervantina tuvo desde sus inicios, al ser ilustrada y recreada por un sinfín de artistas que han tratado de retratar a sus protagonistas según los gustos de cada época.

La trenza formada por profesores, escritores y alumnos es fundamental no solo a la hora de configurar el panorama educativo de cualquier época, sino el de la propia creación literaria. Recordemos al respecto la devoción mostrada por Miguel de Cervantes a su maestro, el humanista Juan López de Hoyos,

lo que enriquece la entidad del libro que prologamos, al ser producto de la estrecha relación entre unos y otros.

La singularidad de este *Cuarto Quijote*, respecto a los que le precedieron, consiste en que sus protagonistas se ven abocados a nuevas aventuras por los castillos y alcázares de toda España; ya se trate del castillo de Bellver en Mallorca, donde fue encarcelado Gaspar Melchor de Jovellanos en el siglo XVIII, o en el palacio de la Aljafería. Este último caso implica, en la versión actual, que don Quijote y Sancho Panza entren en una ciudad como Zaragoza, de la que Cervantes quiso alejarse para enmendarle la plana a Avellaneda, que le había usurpado la potestad de ser el creador único y auténtico de *Don Quijote de la Mancha*.

En las aulas de los colegios e institutos españoles, hubo un tiempo en el que la lectura del *Quijote* se hizo obligatoria. Ocurrió a principios del siglo pasado y se consolidó con los planes docentes de 1920. Ello suscitó una conocida polémica en la que intervinieron Unamuno, Ortega y otros autores, como María de Maeztu o Manuel Machado, quien creía que «los grandes libros hay que leerlos, en efecto, desde que se sabe leer». Hasta la Ley General de Educación de 1970, el *Quijote* fue muy leído en todas las escuelas de España, por no hablar de las de la América hispana. Y no me refiero solo a una lectura silenciosa y aislada, sino en voz alta y en corro, al igual que se hacía en los tiempos de Miguel de Cervantes. Ello fomentó sin duda la familiaridad con una obra que ha ofrecido todo tipo de proyecciones literarias y artísticas en la novela, la poesía, el teatro, la pintura, la escultura, la música, la ópera o el cine.

Sin entrar en el meollo de un debate sobre la lectura en el sistema educativo actual, lo que supondría todo un abanico de posibilidades, resulta esperanzador que, en los tiempos de internet y de las redes sociales, el *Quijote* pueda ser como una

piedra lanzada al mar de la literatura, capaz de generar una estela de infinitas ondas, trazadas por quienes se integran por primera vez en el mundo de la literatura. Este libro que prologamos dice mucho sobre esa corriente expansiva y no deja de ser una preciosa prueba de que el primer paso para escribir bien es leer mucho y detenidamente.

14

Cervantes pensaba que el leer se asemeja al viajar. Así lo dijo en el *Persiles*, donde la peregrinación por la vida corre a la par que la peregrinación por la lectura. Nos encontramos así ante una maravillosa aventura, la de un viaje interminable en el que unos libros proceden de otros y se comunican entre sí, enriqueciendo a los lectores a través de los siglos.

De este modo, el lector de este libro podrá viajar con la imaginativa por los cuatro puntos cardinales de España, desde el Bierzo y Urueña a Córdoba y Almería, pasando por Tamarit, Cardona, Loarre, Sigüenza o Molina de Aragón, entre otros muchos lugares dibujados por unos escolares que han tratado de ampliar el itinerario cervantino con nuevos relatos e ilustraciones.

Este *Cuarto Quijote*, surgido al amparo del Ayuntamiento de Alcalá de Henares, refuerza sin duda la idea horaciana de que es posible deleitar y aprovechar a un tiempo. De todo ello presumió Miguel de Cervantes, que además fue, como hemos dicho, profeta de cuanto el futuro iba a deparar a su obra, presuponiendo, en el prólogo a la segunda parte del *Quijote*, que lo iban a leer hasta en la China, como así ha sido realmente.

Aurora Egido

Secretaria de la Real Academia Española

Índice

**CAPÍTULO I. QUE TRATA DE CUANDO MIGUEL DE CERVANTES
RELATA HISTORIAS DE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA
QUE TRANSCURREN EN DIVERSOS CASTILLOS 25**

Autores: Santiago García-Clairac, Ana Alcolea, Mónica Rodríguez
y Marinella Terzi

**CAPÍTULO II. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO
A DON QUIJOTE Y SANCHO EN EL CASTILLO DE PIOZ Y CÓMO
VIVIERON UNA AVENTURA AGUIJONANTE 35**

CC Calasanz

Pioz (Guadalajara)

Tutor literario: Santiago García-Clairac

**CAPÍTULO III. QUE TRATA DE LO QUE LE ACONTECIÓ
A DON QUIJOTE EN GUADALAJARA Y CÓMO VIVIERON
LA AVENTURA DEL ALCÁZAR REAL 45**

CC Escuelas Pías

Guadalajara

Tutora literaria: Marinella Terzi

CAPÍTULO IV. QUE TRATA DE LA VISITA DE DON QUIJOTE Y SANCHO A LA VILLA DE SIGÜENZA, DE UN HECHIZO DE ETERNA JUVENTUD, DE LAS GANAS DE SANCHO DE APRENDER A LEER Y DE LA AVENTURA DE DON QUIJOTE EN EL CASTILLO LUCHANDO CONTRA LAS ARMADURAS DE LOS BELLACOS QUE TIENEN PRESA A DOÑA BLANCA..... 57

CC Sagrado Corazón

Sigüenza (Guadalajara)

Tutora literaria: Marinella Terzi

CAPÍTULO V. EN EL QUE DON QUIJOTE, QUERIENDO MATAR AL REY DE MOLINA DE ARAGÓN, FINALMENTE LO SALVA Y SE CONVIERTE EN UN HÉROE 69

CEIP Doctora de Alcalá

Molina de Aragón (Guadalajara)

Tutor literario: Santiago García-Clairac

CAPÍTULO VI. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE EN ZARAGOZA, DONDE VA COMO HABÍA PROMETIDO AL FINAL DE LA PRIMERA PARTE, Y DE CÓMO VIVIERON LA AVENTURA DEL PALACIO DE LA ALJAFERÍA..... 85

CC San Gabriel

Zaragoza

Tutora literaria: Ana Alcolea

CAPÍTULO VII. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE Y A SANCHO EN EL BONITO CASTILLO DE TAMARIT Y CÓMO VIVIERON LA AVENTURA CONTRA EL GRAN MAGO ÁGANHIM PARA RECUPERAR LA ADARGA MÁGICA DE FLORISEO 95

CEIP Cristóbal Colón

Tarragona

Tutor literario: Santiago García-Clairac

CAPÍTULO VIII. DONDE SE NARRA LA EXTRAÑA AVENTURA DE DON QUIJOTE Y SANCHO EN EL MISTERIOSO CASTILLO DE CARDONA..... 107

CC San Joaquín y Santa Ana

Cardona (Barcelona)

Tutora literaria: Concha López Narváez

CAPÍTULO IX. DE CUANDO DON QUIJOTE USÓ EL «AGUA DE LA CONCORDIA» PARA ACABAR CON EL ODIOS Y LA RABIA EN LA CIUDAD DE GERONA 121

CEIP García Lorca

Gerona

Tutor literario: Alfredo Gómez Cerdá

CAPÍTULO X. QUE TRATA DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO DECIDEN PASAR LA NOCHE EN EL CASTILLO DE LOARRE Y ACABAN AYUDANDO A UNA DONCELLA ENAMORADA 135

CEIP Luis Vives

Huesca

Tutora literaria: Clara Cortés

CAPÍTULO XI. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD DE OVIEDO Y DE CÓMO VIVIERON LA AVENTURA DE LA PRINCESA ENCARCELADA... 147

CC Gredos

Oviedo

Tutor literario: Alfredo Gómez Cerdá

CAPÍTULO XII. QUE TRATA DE LAS AVENTURAS QUE LE OCURRIERON A DON QUIJOTE Y A SU ESCUDERO SANCHO EN SU ESTANCIA EN LA COMARCA DEL BIERZO Y EN EL CASTILLO DE LOS TEMPLARIOS DE LA CIUDAD DE PONFERRADA 157

CEIP Iplacea

Ponferrada (León)

Tutora literaria: Marinella Terzi

CAPÍTULO XIII. LAS AVENTURAS Y DESVENTURAS DE DON QUIJOTE Y SANCHO POR TIERRAS DE CASTILLA Y LEÓN.. 171

CC Colegio Alborada

León

Tutora literaria: Clara Cortés

CAPÍTULO XIV. DON QUIJOTE Y EL DEBATE AMOROSO. DE CÓMO DON QUIJOTE SE ADENTRÓ POR LAS TIERRAS DE VALLADOLID Y DE LAS MALAS ARTES DE AMBROSIO EN EL PUEBLO DE URUEÑA 181

CC Santa María de la Providencia

Valladolid

Tutor literario: Alfredo Gómez Cerdá

CAPÍTULO XV. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE EN SEGOVIA Y CÓMO VIVIERON LA AVENTURA DEL ALCÁZAR 191

CEIP Manuel Azaña

Segovia

Tutora literaria: Ana Alcolea

CAPÍTULO XVI. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE EN EL CASTILLO DE MANZANARES EL REAL, Y CÓMO VIVIERON LA AVENTURA DEL RESCATE DE UNAS DONCELLAS Y EL ENCUENTRO DEL DRAGÓN CHINLU 203

CEIP Cardenal Cisneros

Manzanares El Real (Madrid)

Tutora literaria: Ana Alcolea

CAPÍTULO XVII. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON QUIJOTE EN TOLEDO Y CÓMO VIVIERON LA AVENTURA DEL CASTILLO CON EL MAGO 217

CEIP Ntra. Sra. del Val

Toledo

Tutora literaria: Concha López Narváez

CAPÍTULO XVIII. DE LO QUE LE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CON LOS VENDIMIADORES PARA SALVAR A LA REINA RICARDA V 229

CEIP Dulcinea

Ciudad Real

Tutor literario: Ricardo Gómez

CAPÍTULO XIX. DE LOS APARATOSOS SUCESOS QUE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA SUFRIÓ EN CÓRDOBA JUNTO A SU LEAL ESCUDERO SANCHO PANZA ... 241

CEIP Infanta Catalina

Córdoba

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

CAPÍTULO XX. DE LO QUE LES ACONTECIÓ A DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y SU FIEL ESCUDERO EN LA CIUDAD DE MÁLAGA Y DE CÓMO UNA RANA ACABÓ SIENDO LA CAUSA DE SU CAUTIVERIO Y SU MARCHA 251

CC San Felipe Neri

Málaga

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

CAPÍTULO XXI. CUANDO DON QUIJOTE Y SANCHO DESCUBREN GRANADA LLEGANDO, DESDE ALMERÍA, EN BUSCA DE NUEVAS AVENTURAS 263

CEIP Ernest Hemingway

Granada

Tutora literaria: María Menéndez Ponte

CAPÍTULO XXII. QUE TRATA DE LA FAMOSA AVENTURA DEL HIDALGO LIBERANDO AL PUEBLO ALMERIENSE DE UNA BESTIA HORRIBLE QUE ATEMORIZABA A TODOS LOS CIUDADANOS..... 277

CC San Ignacio de Loyola

Almería

Tutora literaria: María Menéndez Ponte

**CAPÍTULO XXIII. DE CUANDO DON QUIJOTE VISITÓ
EL CASTILLO DE CHINCHILLA DE MONTEARAGÓN Y VENCÍO
A UN MONSTRUO ACUÁTICO Y DEMOSTRÓ QUE EL AMOR
LO PUEDE TODO 289**

CC San Francisco de Asís

Albacete

Tutor literario: Blue Jeans

**CAPÍTULO XXIV. DE LO QUE ACONTECIÓ A DON QUIJOTE Y
SANCHO EN LA CIUDAD DE VALENCIA Y DE CÓMO TUVIERON
QUE HUIR PERSEGUIDOS POR LA JUSTICIA 303**

CEIP Reyes Católicos

Valencia

Tutora literaria: Mónica Rodríguez

**CAPÍTULO XXV. QUE TRATA DE LO ACONTECIDO A DON
QUIJOTE EN MALLORCA Y DE CÓMO VIVIERON LA AVENTURA
DEL TESORO DEL CASTILLO DE BELLVER..... 313**

CC Lope de Vega

Mallorca

Tutor literario: Ricardo Gómez

**CAPÍTULO XXVI. EN EL QUE SANCHO PANZA Y EL INGENIO-
SO HIDALGO ENCUENTRAN LA CÁNULA DORADA DEL PAPA
LUNA..... 327**

CC Minerva

Peñíscola (Castellón)

Tutor literario: Blue Jeans

CAPÍTULO XXVII. VIAJE POR LA CIUDAD ENCANTADA 339

CEIP Cervantes

Cuenca

Tutor literario: Blue Jeans

CAPÍTULO XXVIII. QUE CUENTA LA DESPEDIDA DE CERVANTES Y SU SALIDA DEL CASTILLO 349

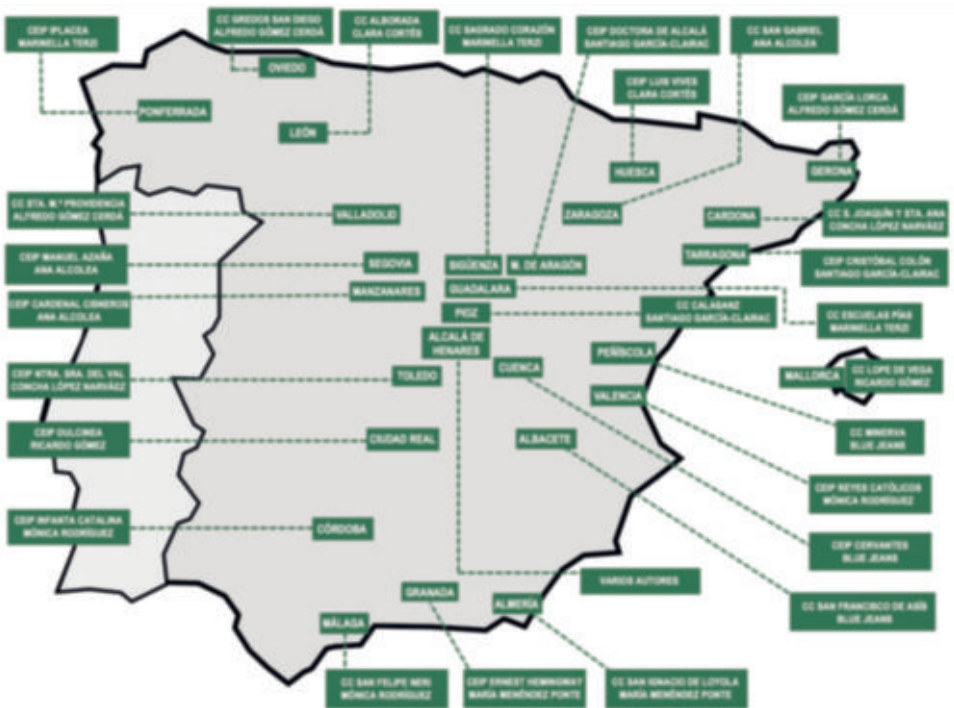
Santiago García-Clairac

Ana Alcolea

Mónica Rodríguez

Marinella Terzi

Recorrido



Capítulo I

Que trata de cuando Miguel
de Cervantes relata historias
de don Quijote y Sancho Panza
que transcurren
en diversos castillos

Autores

Santiago García-Clairac

Ana Alcolea

Mónica Rodríguez

Marinella Terzi



Capítulo I

Que trata de cuando Miguel de Cervantes relata historias de don Quijote y Sancho Panza que transcurren en diversos castillos

El ilustre escritor Miguel de Cervantes, que gozaba de reconocida fama por ser el autor de las aventuras de don Quijote, se dirigía a la muy noble plaza de Alcalá de Henares para tratar un asunto relacionado con sus novelas.

27

Ya se divisaba la ciudad cuando, de repente, un sinfín de rayos y truenos surcaron los cielos, las nubes se abrieron para dejar caer una intensa lluvia que más bien parecía competir con el diluvio universal.

Nuestro ilustre viajero se asomó por la ventanilla del carruaje y lo que vio no le gustó nada: una cortina de agua gigante se interponía entre su carruaje y Alcalá, que ahora ya no se veía.

—¡Aprieta! —le ordenó al cochero—. O no llegaremos.

—Hago lo que puedo, mi señor, pero los elementos se han puesto en nuestra contra. Deberíamos buscar refugio.

—Unos nobles caballeros me esperan para cenar esta noche y Miguel de Cervantes no falta a su palabra. ¡Arrea a los caballos!

Pero el camino se convirtió rápidamente en una pista de barro, las ruedas del carruaje se abrían paso a duras penas y las pezuñas de los caballos se hundían casi hasta la mitad de las patas, de modo que les costaba tanto esfuerzo avanzar que pronto se sintieron agotados. El viaje se había convertido en un verdadero infierno.

—Mire, su señoría —exclamó el cochero—, que no podemos seguir viaje. Deberíamos buscar algún refugio donde resguardarnos de esta tormenta que bien se me figura la madre de todas las tormentas.

En ese momento, un rayo iluminó el cielo y dejó ver la silueta de un imponente castillo que se erguía majestuoso ante ellos, fuera del camino. Fue como una aparición casi fantasmagórica, pero era la única manera de ponerse a salvo.

28 —¡Vamos allá, cochero! —ordenó Cervantes, señalando la fortaleza—. Bien seguro que el señor de ese castillo dará cobijo a dos viajeros en problemas.

El cochero arreó los caballos, se salió del camino y se dirigió hacia el lugar indicado por Cervantes.

Poco después llegaban a la puerta del magnífico castillo. El cochero bajó del carruaje y golpeó la aldaba con toda la fuerza de la que fue capaz.

Pero nadie respondió.

—Mi señor, no responden, este lugar debe estar abandonado —dijo el mayoral—. ¡Esto se complica!

—Vive Dios que no se me figura que un castillo como este no tenga dueño —replicó Cervantes, indicándole que continuara golpeando.

La lluvia seguía cayendo sin piedad. Los caballos ya no podían moverse, el cochero estaba agotado y Cervantes deseaba con todo su ser que alguien hiciera caso a su llamada. Cuando se dio por vencido y se disponía a ordenar proseguir el viaje, de repente, la puerta se abrió y apareció una mujer gruesa envuelta en un delantal.

—¿A qué vienen esos golpes? —dijo de malos modos—. ¿No veis que la casa es grande y he de hacer cientos de pasos para venir desde la cocina? ¡Qué impaciencia! ¿Y bien? ¿Qué queréis?

El cochero ardía en deseos de encontrar un alojamiento para resguardarse de la lluvia, así que hizo de tripas corazón, templó su mal humor y decidió que «al mal tiempo, buena cara». Es decir, que contó hasta tres, puso la mejor de sus sonrisas y anunció:

—En el coche está el insigne escritor Miguel de Cervantes. No podemos continuar viaje a Alcalá con la que está cayendo. Por favor, decidle a vuestros señores que van a tener el gran honor de compartir mesa con él...

—¿Quién? —preguntó la criada, que jamás en su vida había oído hablar del tal Cervantes. A fuer de ser sinceros, era mucho más dada al arte de la cocina que al de la escritura. Los condes de Alcoriza, propietarios del castillo, daban fe de que su cocido era, con diferencia, el mejor de toda la comarca.

—Miguel de Cervantes —repitió el cochero y, para dejar las cosas más claras todavía, añadió—: Saavedra.

La mujer cerró la puerta en las narices del hombre y fue a anunciar a sus señores la llegada del célebre escritor. Lo malo es que, por el largo corredor que conducía hasta la estancia principal del castillo, su mente olvidadiza acabó reconvirtiendo a Miguel de Cervantes Saavedra en Miguel de Verzantes Sampedro.

La siguiente vez que se abrió la puerta, ya eran dos los hombres que estaban aguardando a la intemperie: el cochero y el propio Cervantes, tan desesperado que se disponía ya a trepar por el muro de la fortaleza y tratar de colarse por alguna tronera si fuera necesario.

En el zaguán no estaba ahora la criada, sino el mismo conde de Alcoriza con cara de pocos amigos.

—¿Quién es ese Miguel de Verzantes Sampedro que pretende burlarse de unas buenas gentes a horas tan intempestivas? —preguntó espada en ristre y bastante enfadado.

—¿Perdón? —fue la única palabra que salió de boca de Cervantes mientras, por su parte, el cochero desencajaba la mandíbula.

—Que ¿quién...? —iba a repetir el conde su pregunta, pero Cervantes, que era hombre sabio y leído, enseguida comprendió el error de la criada.

—No, no... —dijo tratando de deshacer el equívoco—. Mi nombre es Miguel de Cervantes Saavedra y...

Al instante, la expresión del conde cambió por completo. Su cara se iluminó con una gran sonrisa.

30

—¡El autor del Quijote y de las *Novelas ejemplares*! Sabed que en esta casa se os venera. Pasad, pasad, cenaréis con nosotros esta noche. Cuánto honor para la condesa y para mí. Poseemos varios ejemplares vuestros en nuestra biblioteca. ¿Sería posible que nos los firmarais, caballero? Pero, vamos, no os quedéis en la puerta. Entrad y calentaos en nuestra lumbre. Cuando se entere la condesa, ¡madre mía! Ella, que es tan amante de vuestras obras. ¡Qué placer inesperado!

La criada pegó un bufido y tiró del brazo del cochero para conducirlo a la cocina. En cuanto al conde, continuó alborozado:

—Permitidme, don Miguel, que pase delante para mostraros el camino... ¡Lucinda, Lucinda! —gritó de inmediato—. ¡Ni te imaginas quién viene a cenar esta noche!

No tardó en aparecer la condesa de Alcoriza con su ancho y pomposo traje balanceándose a su paso. Traía las mejillas encendidas de curiosidad. Al ver a aquel caballero, más bien anciano, con las gafas empapadas, el largo bigote y la barba blanca chorreando por el abultado cuello de lechuguina, se detuvo extrañada. Puede que incluso decepcionada. Aquel hombre mayor, que sostenía el brazo izquierdo sobre el jubón, como

si estuviera lisiado, no le pareció digno de las alharacas de su marido.

—Lucinda, querida —se apresuró a decir el conde ante la vacilación de su esposa—, este que ves aquí y que ha venido a guarecerse de la lluvia es ni más ni menos que don Miguel de Cervantes Saavedra, el autor de las hilarantes historias de don Quijote de la Mancha...

—Las auténticas —le interrumpió el escritor, sacudiéndose la lluvia de los abultados calzones—, que hay unas por ahí de un tal Avellaneda, que bien sabe Dios que no las ha escrito mi mano buena y ni tan siquiera la mala, pues que nada más sirven para calentar la lumbre y aún en eso darían un fuego de llama breve y apestosa.

El rostro de Lucinda volvió a encenderse de entusiasmo al saber quién era su invitado y, más aún, al escucharle, pues aunque tartamudeaba un poco, no se le trababa la lengua para decir verdades.

—¿Y quién es ese impostor y ladrón? —preguntó curiosa la condesa—. Que yo leí las aventuras de ese don Quijote de la Mancha suyo y en mucho superan a las del tal Avellaneda, que también cayeron en mis manos.

—Alguien que no se atrevió a dar su nombre verdadero y que se ocultó bajo ese alias. Alguien que mal me quiere y que me envidia y, como tal, yo puedo deducir que un tenido por gran comediante pudiera estar detrás.

—¿Lope de Vega? —preguntó encantada Lucinda, que conocía de oídas lo mal que se llevaban ambos escritores.

—¡Por mis barbas, que yo no he dicho tal! —protestó don Miguel, dejando asomar una burlona sonrisa.

—No haga caso a mi mujer, que mucho le gustan las comidillas.

—Y a ti la comida sin diminutivo —respondió Lucinda, señalando la abultada barriga del conde.

—Pues que en verdad es así, vayamos a comer. ¡Sin diminutivos! —dijo el hombre, riéndose de buena gana.

32

Los condes y su invitado pasaron al salón del castillo donde la malhumorada criada ya había dispuesto la mesa. Los grandes cortinajes relumbraban con los relámpagos y el estruendo de la lluvia alborotaba la estancia. Sobre la mesa había un gran candelabro. La luz vacilante de las velas iluminaba los grandes platos repletos de empanada de conejo, callos de vaca, manjar blanco, albondiguillas y perdices de Morón, que a don Miguel tanto le placían. El vino de las copas se encendía como el rubí bajo el fulgor del candelabro. Los condes de Alcoriza y el escritor comieron y bebieron hasta que en los platos solo quedaron los huesecillos. No dejaron de conversar en ningún momento, bajo el atento oído de sus sirvientes, que a cada rato se asomaban por los cortinajes para ver con sus propios ojos al inventor de las disparatadas y cómicas historias de don Quijote de la Mancha, que muchos habían oído de boca de sus amos. El cochero disfrutaba de la cena con ellos en la cocina, comentándoles muy ufano detalles de la vida de don Miguel de Cervantes: su brazo tullido por tres arcabuzazos en la batalla de Lepanto, su cautiverio en Argel durante cinco años, su trabajo de recaudador de impuestos y, como resultas de él, su estancia en la cárcel.

—Fue allí, en prisión, donde concibió la primera parte del Quijote —les informó, muy orgulloso, atusándose sus bigotes de morsa.

La lluvia arreciaba en el exterior. El fuego crepitaba en el hogar y el chisporroteo de las velas se sumaba a los claroscuros que la lluvia imprimía en el salón.

—Es una lástima que haya dado muerte a don Quijote de la Mancha en la segunda parte de sus aventuras, ya cuerdo y enfermo —dijo Lucinda, limpiándose los labios brillantes de la comida.

—A la fuerza ahorcan —contestó Cervantes—. Si no cualquier otro Avellaneda podría haberlo puesto en pie a correr desventuras que no mereciera mi buen hidalgo.

—Pero nos hemos quedado sin nuevas aventuras de su ingenio —suspiró la condesa.

—En eso debo estar conforme, que muchas son las aventuras que a mí se me ocurrían y aún se me ocurren y que no han entrado en los libros que yo mismo firmé.

—¿Y cómo son esas aventuras? —preguntó el conde, repantingándose en el asiento, con su abultada barriga más abultada todavía después de la comida.

—Transcurren en castillos y fortalezas como esta en la que nos hallamos.

—¿Y por qué no nos las cuenta? —le invitó Lucinda, apoyando su mejilla en la mano y mirándole encandilada.

—Pues que así queréis, sea —aceptó de buen grado don Miguel.

Y, viendo la curiosidad que suscitaba en los criados, algunos todavía escondidos entre los cortinajes, añadió:

—Y que vengan todos a sentarse con nosotros, que voy a relatar las aventuras de mi muy querido personaje don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho, que habiendo sucedido en algún lugar de mi cabeza no he querido incluirlas en las partes que ya conocen, pero que bien merecen haber sido escritas. Presten atención, que aquí comienzan.

Capítulo II

Que trata de lo acontecido
a don Quijote y Sancho
en el castillo de Pioz y cómo
vivieron una aventura
aguijonante

CC Calasanz
Pioz (Guadalajara)

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

María Jesús Manglano
Hernández de la Huerta

Alumnado

Manuel Amat Magrazó
Diego Andrés Saiz
Daniel Checa Cañamero
Noelia Cuenca Bravo
Marta Español González
Jorge Fernández Blanco
María Ferrer Rodríguez
Raquel García Cimadevilla
Javier Gonçalves Duro
Leire González Ganzo
Álvaro González Pardal
Carla Noelia López Slowik
Hugo Mallén Rubio
Sarah Martín Caballero
Manuel Martín Domínguez
Pablo Martín Viana
Sergio Nadador Mateas
Julia Yiyang Pascual Guijarro
Ana Redondo Saz
Mencía Gema Ruiz Algar
Sofía Sánchez Muñoz
Olivia Tercero Escribano



Capítulo II

Que trata de lo acontecido a don Quijote y Sancho en el castillo de Pioz y cómo vivieron una aventura aguijonante

Estando don Quijote en su catre dando rienda suelta a sus pensamientos, escuchó los pasos de su fiel escudero Sancho Panza, que venía a traerle el almuerzo, consistente en unas lonchas de panceta y dos huevos fritos, y del cual, don Quijote solo llegó a mojar un poco de pan, para regocijo de Sancho, que no dudó un instante en devorar las sobras, pues como él decía: «El comer y el rascar, todo es empezar».

Dando grandes zancadas, el caballero andante divisó a través de la ventana que la mañana estaba serena y luminosa, y pensó entusiásticamente en ir a buscar una nueva aventura, lo que no hizo a Sancho saltar de alegría, pues acababan de salir de la última. El escudero suspiró cansado mientras estucaba la armadura de don Quijote. Este había oído hablar al cura y al bachiller Sansón Carrasco de la existencia de un mercado en el castillo de Pioz, y así, nuestro caballero andante pensó que sería el lugar indicado donde encontrar gentes malvadas que abusan de los débiles, damas cautivas, huérfanos abandonados y tristes viudas. «¡Ese es el lugar donde ha de ir un caballero andante!», pensó.

Partieron de Alcalá, don Quijote con su arma en una mano, y el escudo en la otra, montando en su Rocinante como un caballero antiguo, y a su lado su fiel acompañante, Sancho Panza, montando en su burro, con las alforjas llenas colgadas en uno

de sus hombros y una bota de vino en el otro. Cruzaron el río Henares por el puente Zulema, y subieron el monte llamado Gurugú; pasaron dos días atravesando amplios campos de cereales, viñedos y grandes bosques de encinas.

Cada uno por su lado, ensimismados en sus pensamientos; don Quijote soñaba con su bella Dulcinea, en la ternura de su cara y su donaire al andar; que así veía él a su amada, la dueña de su alma. Mientras tanto, Sancho recordaba a su familia, y pensaba en cómo mejoraría su vida cuando regresara a su casa, después de vivir las nuevas aventuras.

40

Caballero y escudero se sentían alegres...

¡Qué silencio en los altos de la Alcarria!

Demasiada calma y tranquilidad para el caballero de la triste figura, que estaba ansioso de nuevas aventuras. ¡Y de pronto...!, divisaron un castillo alto, solemne, cuadrado, construido en piedra y rodeado de una barbacana defensiva con almenas y saeteras; un puente levadizo, al sureste, daba entrada al recinto.

A medida que se acercaban empezaron a oír un bullicio muy fuerte de personas y animales, y, al llegar, descubrieron un mercado compuesto por multitud de tenderetes, en los que se vendían artículos de todo tipo: armas, lanzas, espadas, animales domésticos (rocines, ovejas, conejos, pollos...), telas, vinos, aparejos de labranza, quesos, chacinas...

El escudero, muerto del hambre, fue siguiendo el rastro que su nariz le indicaba, hasta que llegó a un tenderete digno de dioses, donde pudo saciar su apetito. El caballero andante bajó de su huesudo caballo, Rocinante, y con la cabalgadura en la mano, se detuvo delante de unos cajones, de los cuales surgía un ruido ensordecedor; al lado de estos había frascos de distintos tamaños rellenos de un líquido amarillento y pegajoso, y un hombre, con todo el cuerpo cubierto, con guantes en las

manos y una especie de escafandra que le cubría la cabeza. De repente llamó a Sancho.

—Sancho, ¿no escuchas las voces de auxilio de cientos de doncellas encerradas en esos cajones?

El fiel escudero se le acercó extrañado aguzando el oído.

—¿Lo escuchas, Sancho? Saben que estoy aquí y me reclaman ayuda.

—Lo único que oigo son los zumbidos de las abejas dentro de las colmenas —respondió el escudero.

—¡Abejas, Sancho! ¡Tienes miedo, o se te han nublado las entendederas! —contestó enfurecido—. Apártate que voy a luchar con ese fiero gigantón, que las tiene secuestradas, para librarlas de su encierro. —Y, diciendo esto, se acercó al estupefacto colmenero y comenzó a darle con la espada, repetidamente.

—¡Ayudadme, caballeros del castillo! —gritaba el caballero de la triste figura—. ¡Seguidme todos y venceremos a los malvados gigantes que secuestran doncellas!

Inmediatamente, los tenderos del mercado y gente que estaba por allí, fueron a separar al loco que estaba moliendo a espadazos al pobre colmenero.

Pero ya era tarde, pues el caballero andante había abierto las colmenas y las abejas habían salido zumbando, revueltas y aguijoneando a todo el que encontraban en su camino; también alcanzaron a don Quijote que cayó encima de los frascos; estos se rompieron y embadurnaron de miel al pobre caballero.

Todos los que habían sido atacados por las abejas se tiraron desesperadamente al agua del foso del castillo.

Cuando el pobre Sancho salió del susto y comprendió lo que allí había sucedido, cogió al amo del suelo y lo llevó también al foso para quitarle la miel y refrescar sus picores.

Los soldados, rápidamente, arrestaron a don Quijote, le ataron de pies y manos para que no se pudiera mover, y como un gran delincuente le llevaron frente al duque de Pioz, que le juzgaría en la alta y hermosa torre del homenaje.

El duque llegó desafiante, con un andar muy erguido. Fue directo a su gran trono, ahí se sentó y no dijo ni una palabra hasta la hora justa del juicio. Sus palabras sorprendieron a los presentes:

42 —¡Menuda pareja! Uno va con un yelmo en la cabeza y una armadura más vieja que Matusalén, y el otro... —Justo en ese momento el duque se calló al ver que la puerta se abría tímidamente y entraban personas desconocidas para él, pero no para el caballero andante. Por la puerta entraron el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, que rápidamente tomaron el uso de la palabra:

—¡Don Alonso Quijano es inocente, solamente pensaba en salvar a cautivas doncellas! Todos sabemos que está loco y es muy inconsciente, y justamente por eso no se le puede meter en prisión ni castigarle severamente —dijo el bachiller.

El duque, sorprendido por esa aparición, ordenó a los nuevos asistentes al juicio que se sentaran.

Tras unas cuantas horas de deliberaciones, quedaron en el siguiente acuerdo: «Que don Alonso Quijano descansara todo el tiempo necesario para fortalecer su cuerpo y su alma, en una de las habitaciones del castillo, y, después, ya recuperado, recapacitara sobre lo sucedido».

Y así se hizo.

Cuando don Quijote hubo descansado, solicitó audiencia con el duque para decirle lo siguiente:

—Amigo, no he sido un buen caballero andante, he hecho que las abejas picaran a mucha gente y he destrozado un

mercado, eso no se puede permitir. Si cuando estaba loco quería liberar a las doncellas, ahora que estoy cuerdo quisiera ayudar al pobre colmenero en todo aquello que fuera necesario.

El duque se emocionó y comprendió que don Quijote no había tenido ninguna maldad cuando montó ese escándalo en el mercado, en su entendimiento estaba intentando ayudar a unas doncellas y, ahora, quería enmendar el daño realizado. La lástima que le tenía por loco se convirtió en respeto y, tras darle un abrazo tan fuerte que el caballero tuvo que apartarse, le dijo lo siguiente:

—Maldad no hay en ti, caballero andante, y es por eso que como duque quiero recompensarte con este blasón perteneciente al castillo de Pioz, para que cuando la gente lo vea, sepa que serviste fielmente y con valor al duque. Ahora parte, caballero, continúa en busca de nuevas aventuras y ayudando a todo pobre que lo precise; aquí ya has realizado tu hazaña y no te olvidaremos.

Don Quijote recibió con orgullo aquel blasón, puesto que para él significaba una victoria reconocida a un caballero andante.

Una vez hubieron ayudado al colmenero y a las gentes que lo precisaban, don Quijote y Sancho partieron, como siempre, sin saber lo que les esperaba y con ganas de nuevas aventuras, pero no antes de que Sancho soltase uno de sus famosos dichos:

—¡Bien está lo que bien acaba!

Capítulo III

Que trata de lo que le
aconteció a don Quijote en
Guadalajara y cómo vivieron
la aventura del Alcázar Real

CC Escuelas Pías
Guadalajara

Tutora literaria
Marinella Terzi

Profesorado

Salvadora Gómez Soto
Daniel López Albarrán

Alumnado

Samuel Acevedo Cañones
Leonardo Alonso Oncala
Hugo Álvarez Benito
Andrés Anchuelo Calleja
Sara Andérez Valverde
Alejandro Araujo Madrigal
Gabriel Arribas Ramiro
Aitor Baeza Alcázar
Lucía Bandrés Fuentes
Pablo Benito Pérez
Jean Phillipe Bernal Tarafa
Sara Bonache Montes
Sergio Bonillo Morente
Dalia Andreea Brandas
Pablo Bravo Palero
Guillermo Jaime Broncano
Fernández
Daniel Caamaño Moncada
Lukas Caballero Volskaite
Tristán Calero Zarzuela
Laura Carballo Córdova
Hugo Carretero Benítez
Iria Cerdeiriña Villar
Guillermo Córdoba Huete
Víctor Corrochano Sánchez
Rocío Costilla Delfa
Iván del Ángel Pardo
Alejandro Domingo Corbacho
López
Álvaro Fernández Deogracia
Verónica Gabra Gaviria
Derek Gallego Santos
Aarón García González
Natalia García Maldonado
Natalia Gómez de Lorenzo
Martina González Gómez

Alberto González Hernández
Irene Herrero Larena
Andrea Hueros Maestre
Leyre Jiménez Bernal
Alejandra Jiménez Castaño
Diego Jiménez Martín
Noelia Larena Luengo
Fernando Lin
Lucía Liu
Yaiza Llamas Fernández-Montes
Raúl López Herreros
Daniel Martín Pérez
Eva Martínez Rodríguez
Ana Michón Céspedes
Samuel Miracle Oditá
Irene Montesinos Corrochano
Francisco Javier Morillo Chinarro
Álvaro Muñoz Sánchez
Alejandro Muresán Grosa
Javier Núñez García
Adrián Porteros Morunos
Sara Ramírez Toledano
Tábata Ramírez Toledano
Daniel Rodríguez Belmonte
Mario Rubio Clavería
Irene Rubio Rodríguez
Irene Ruiz Fernández
Raúl Salido Chiloeches
Alonso San Gil Fernández
Rodrigo San Martín Picazo
Carlota Sánchez Duffort
María Sánchez Peñalver
Diana Sánchez Sanz
Pablo Sebastián Molina
Jorge Segovia González-Albo
Álvaro Serrano Casado

Sergio Torralvo Sieteiglesias
Álvaro Uribe Vivas
Alonso Ursu de Miguel
Jorge Varea Álvarez
Verónica Vázquez Machicado
Paula Adriana Zarnescu



Capítulo III

Que trata de lo que le aconteció a don Quijote en Guadalajara y cómo vivieron la aventura del Alcázar Real

Era noche cerrada cuando don Quijote y Sancho salieron de Pioz.

49

Sancho no iba muy contento, eso de viajar de noche no le gustaba y no entendía la razón por la cual su señor decidió hacerlo así.

—¡Déjate de sandeces, amigo Sancho! He tenido un sueño y es necesario partir cuanto antes a Guadalajara.

Sancho, con cara de no entender, comenzó a hablar:

—¡Ya, pero digo yo que con la luz del día se vería más e iríamos más deprisa!

Algo enfurecido, don Quijote contestó:

—¡Alto, no sigas hablando! Como escudero me debes fidelidad.

Con tristeza su escudero lo miró, don Quijote no podía soportar esa mirada y rectificó.

—Mi buen Sancho, ¿no ves que de aventuras sé yo más que tú? Confía en mí.

—Está bien. ¿Puede vuestra merced contarme ese sueño mientras cabalgamos? Así se hará más corto y ameno el camino.

—De acuerdo —dijo don Quijote—. En mis sueños veo un gran castillo, tesoros y...

—Vamos, ¡lo de siempre! —le interrumpió Sancho haciendo una mueca.

—¿Pero qué dices, necio? —le increpó don Quijote—. Hoy no es tu día, mejor dicho, tu noche, ¡deja ya de interrumpirme!

—Está bien, prosiga, mi señor —dijo Sancho cargado de paciencia.

—Como te iba diciendo, Sancho, en ese castillo ocurre algo y no acierto a saber qué, presiento que es así. Lo noto en mis tripas...

50 —Yo también lo noto y más bien creo, mi señor, que tengo hambre —le cortó Sancho.

—¡Pero qué comilón estás hecho! —dijo riendo don Quijote.

—¿Pero no dice vuestra merced que con un poco de pan, queso y vino se anda el camino? —preguntó Sancho—. Pues eso quiero yo para aguantar el trecho hasta Guadalajara.

—¡Come, come! —le dijo don Quijote un poco harto—, si eso te hace sentir bien, pero montado en el rucio. Ya te he dicho que no podemos perder tiempo.

Sancho le hizo caso y rebuscó en las alforjas, solo halló un poco de pan duro, algo de queso y un poco de vino. Así que empezó a protestar otra vez.

Ante esto, don Quijote intervino:

—Mira, Sancho, será mejor que descansemos un rato. Yo, por mi parte, intentaré dormir para ver si sueño mi sueño.

Debajo de un pino se recostaron y quedaron dormidos al instante. Entre ronquido y ronquido de Sancho don Quijote volvió a soñar. Una sombra misteriosa se movía entre las almenas de un castillo y él la perseguía blandiendo su espada y, justo cuando iba a darla alcance, los relinchos de Rocinante le despertaron.

—Vamos, Sancho. Debemos marchar. Urge partir cuanto antes.

Mientras, Sancho, dando tumbos, consiguió montar al rucio; la verdad es que iba medio dormido.

Poco a poco se fueron adentrando en un bosque muy frondoso, repleto de pinos y abetos.

De pronto se oyeron extraños ruidos que pusieron el vello de punta a nuestro Sancho.

Y de esta guisa, algo tembloroso, Sancho le dijo a don Quijote:

—Mi señor, ¿no tiene frío?

—Pues no —contestó don Quijote.

—¿Y sueño?

—Pues no.

—¿Y...?

—¡Para ya, Sancho! —dijo algo irritado don Quijote.

—¡Es que tengo miedo! ¿No oye esos sonidos...?

Sancho estaba cada vez más asustado, al igual que su borrico.

—¡Boberías! El bosque de noche y casi sin luna, es lo que tiene. Anímate, mi buen amigo Sancho, al amanecer llegaremos a Guadalajara y estoy seguro que por ventura alguna aventura habrá.

Dicho esto prosiguieron la marcha. De pronto unos ojos inmensos y brillantes se aparecieron junto a ellos.

—¡Alto, Sancho! Este sitio está encantado por una malvada bruja que con su mirada nos quiere hechizar.

Sancho reconoció esos ojos y dijo:

—Mi señor, no es una bruja, es un búho.

—Ya, pero encantado —le respondió don Quijote.

Y acercándose a donde estaba, le dijo:

—No sé qué encantamiento será. Necesitamos su ayuda. Seguro que con su sabiduría nos enseñará el camino a seguir hasta el castillo de Guadalajara.

El búho los miró expectante y girando la cabeza emitió un sonido. Don Quijote pareció entenderlo e inmediatamente le comunicó a Sancho por dónde tenían que seguir.

A Sancho, sinceramente, le daba igual esta otra locura de su señor. Obediente le siguió, pues solo quería salir de ese bosque.

52 A media tarde divisaron Guadalajara. Don Quijote emocionado dijo a Sancho:

—Hermoso paisaje el que vemos, amigo Sancho. Mira ahí arriba, es el pico del Ocejón.

Y a voz en grito, a modo de juramento, pronunció estas palabras:

—Queridos alcarreños, ya estamos aquí mi gran escudero y yo, para libraros del mal que os acecha.

Y presto se dirigieron a buscar posada. Una vez allí, como no tenían dinero, don Quijote decidió pagar la estancia y la comida, contando alguna de sus hazañas. Así no tendrían que salir huyendo o terminar molidos a palos como les había ocurrido en otras ocasiones.

Contó sus aventuras con tal pasión que el caballero del V duque de Mendoza, al oírlo, salió corriendo a informar a su señor. Seguro que le agradecería haberle buscado ese entretenimiento.

Don Quijote y Sancho, ajenos a este hecho, se subieron a descansar. Al cabo de un rato unos golpes los despertaron. Disgustados, abrieron la puerta y se encontraron con el caballero que traía un mensaje de su señor don Íñigo López de Mendoza. Los invitaba a presentarse en palacio al día siguiente.

Después de un buen desayuno, muy temprano, se encaminaron a su palacio, también llamado del Infantado.

Don Quijote no hacía más que preguntarse por qué un palacio y no un castillo. En sus sueños lo que vio fue una fortaleza. El palacio era impresionante, lleno de ricos tapices, objetos de plata y marfil. Fueron recibidos en el gran salón por el V duque del Infantado y este les propuso contratarles para que amenizaran las noches de palacio.

Don Quijote accedió, pero solo con una condición: que le explicara por qué tenía un palacio y no un castillo.

El duque le contó que sí tenía un castillo, llamado Alcázar Real, pero que dejó de ser una fortificación y ahora servía de almacén a la familia.

—Son tiempos de paz —dijo con orgullo don Íñigo.

Don Quijote asintió; no obstante, él seguía dándole vueltas a esa sombra maléfica que recorría el castillo en sus sueños. Estaba seguro de que su misión principal no era entretener, sino proteger a esa familia poderosa de Guadalajara.

Don Quijote y Sancho pasaron los días y las noches entre historias y vigilancias. Todo parecía estar tranquilo, hasta la noche en que don Quijote conoció a Jacinta, la hija del duque. Una gran dama que le recordaba a su bella Dulcinea. Por supuesto, él seguía enamorado de ella, pero hacía tanto tiempo que no la veía que una gran tristeza se apoderó de él.

—Sancho, amigo mío, hoy nos retiraremos temprano, esta noche no tengo el ánimo de contar historias.

—¿Qué le pasa, mi señor? ¿Está enfermo?

—No, solo triste —respondió don Quijote.

A Sancho no le gustaba verle así, por lo que, después de hablar con el duque, decidió animar a su señor proponiéndole ir a vigilar el Alcázar. Una gran sonrisa y un brillo en los ojos

aparecieron en la cara de don Quijote. Y salieron los dos hacia allí.

El castillo estaba custodiado por el ejército personal del duque. Como ya los conocían, los soldados los dejaron pasar. Después de un recorrido por las almenas, buscaron un rincón como puesto de vigilancia y se dispusieron a pasar la noche.

Un ruido despertó a don Quijote...

—¿Has oído eso, Sancho?

—¡Sí!, ¡sí! —dijo el escudero para que le dejara dormir.

54 De pronto don Quijote vio una sombra corriendo a su lado como en su sueño. Salió a perseguirla, y Sancho, muerto de miedo, también.

No pudieron dar con la sombra, preguntaron a los soldados y ellos dijeron que no habían visto ni oído nada.

Ante esto, Sancho pensó si esa sombra no sería fruto de la imaginación de su señor.

Al día siguiente, don Quijote decidió contar su sueño al duque en contra de las advertencias de Sancho, que temía que como en otras ocasiones se rieran de él y le trataran de loco. Pero no fue así; al duque no le pareció extraño que quisieran robar el Alcázar porque allí guardaban grandes suministros. Por este motivo dejó que siguieran vigilando y que luego le informaran.

Sancho no cabía en sí de gozo, por fin su señor era un verdadero caballero andante contratado para proteger el Alcázar. Le sacó brillo a su armadura y también a Rocinante. Alegrementemente, se dirigieron allí a pasar la noche. Se escondieron en el mismo sitio y se dispusieron a esperar.

La noche se fue abriendo paso, de pronto, vieron pasar los dos a la sombra.

—Sancho, rápido. Córtale el paso, esta vez la cogemos.

Sancho sacó todo su valor y así lo hizo; entre los dos la atraparón.

—Yo a ti te conozco —dijo Sancho—. Es el caballerizo, mi señor.

—Malvado, malhechor. ¡Date preso! —exclamó don Quijote.

—¡Señor, otra sombra voladora! —dijo Sancho a su señor.

Sin pensarlo dos veces, la derribó con su cuerpo y exclamó:

—Ja, ja. ¡Para algo sirven estos kilos de más!

—¿Y este quién es? —preguntó don Quijote.

—Es otro sirviente del duque —respondió Sancho—. Esto me suena a otra broma. ¡Malditos! —dijo enfadado Sancho.

A lo lejos se oyeron otros gritos, eran los soldados llamando al alto.

—Mira a ver qué pasa —ordenó don Quijote a Sancho.

—¿Qué hacemos con estos, mi señor?

—Los soltaremos —dijo con voz cansada don Quijote.

Una vez cumplido el mandado de su señor, ya de vuelta, Sancho relató:

—No se lo va a creer, mi señor, han robado el Alcázar, los soldados andan como locos. ¿Quién habrá sido?

—Seguro que habrá sido la bruja del bosque que ha encantado a estos fieles sirvientes para hacer el mal al duque y a su hermosa hija.

Sancho pensaba: «El duque se ha querido burlar de mi señor y al final el burlado y robado ha sido él. Le está bien empleado».

Esa noche, en la posada, don Quijote soñó con Dulcinea.

Capítulo IV

Que trata de la visita de don Quijote y Sancho a la villa de Sigüenza, de un hechizo de eterna juventud, de las ganas de Sancho de aprender a leer y de la aventura de don Quijote en el castillo luchando contra las armaduras de los bellacos que tienen presa a doña Blanca

CC Sagrado Corazón
Sigüenza (Guadalajara)

Tutora literaria
Marinella Terzi

Profesorado

Pilar Fernández Monistrol

Alumnado

Gabriel Al-lal Martínez
Elena Barragán Cantos
Blanca Benito Alobera
Alejandro Blanco Domínguez
Celia Borja Marcos
Jaime Carlavilla Mora
Héctor Castaño Luque
Lucía Chicharro Roncero
Claudia de Lucas Rivera
Claudia Domingo Jiménez
Belén Fraile Molpeceres
Juan García Perdiguero
Miguel Gómez Élices
Guillermo González Castaño
Eduardo González Morales
Daniel González Tornero
Irene González Zafra
Miguel Guerrero Formoso
Lorena Gutiérrez Lucena
Alonso Hernández Pérez
Tomás Johansen Toledo
Lucía León Expósito
Marta León Vélez
Sheyla Lledó Alonso
Alejandro Núñez Calvo



Capítulo IV

Que trata de la visita de don Quijote y Sancho a la villa de Sigüenza, de un hechizo de eterna juventud, de las ganas de Sancho de aprender a leer y de la aventura de don Quijote en el castillo luchando contra las armaduras de los bellacos que tienen presa a doña Blanca

Tras muchas leguas, cruzando bosques y siguiendo caminos, nuestro caballero de la triste figura y su fiel escudero Sancho llegaron a un otero, y desde allí pudieron divisar a sus pies un hermoso y fértil valle. Y detrás de este y en lo alto, una magnífica ciudad. En ella destacaban dos edificios: a la izquierda una gran iglesia con aspecto de fortaleza. Y a la derecha, y sobre un cerro, un castillo. Entre los dos edificios se encontraban diversas callejuelas y casas de estilo castellano.

61

Se dirigieron hacia la ciudad y, al llegar a ella, dejaron al rucio y a Rocinante al cuidado de unos muchachos que se encargarían de los animales a cambio de unas monedas mientras ellos recorrían la ciudad.

Se acercaron al primer edificio que habían visto. Efectivamente era una iglesia. En cada esquina de la fachada de piedra sillar rojiza se levantaba una torre a modo de fortaleza que le daban aspecto de castillo. Y sobre la puerta principal, una gran vidriera en forma de rosetón.

Sancho admiraba la fachada boquiabierto cuando oyó a don Quijote decir:

—¿Pero...?

—¿Pero qué, mi señor? —contestó Sancho.

—¡Pero! —repitió don Quijote—. ¡Es Pero!

—¿Qué espera, mi señor? —le preguntó Sancho.

—Allí, Sancho, delante de la puerta. El mismísimo don Pero Pérez, el cura de nuestra aldea.

—¿Seguro? —preguntó el escudero—. A mí me parece bastante más joven.

En el atrio, el sacerdote al que miraba don Quijote, vestido con sotana y bonete, se acercó a ellos.

—Yo os conozco —dijo—. Sois don Alonso Quijada...

—Don Quijote de la Mancha —corrigió este.

62 —Sí, sé de vuestras andanzas y aventuras... Soy Pero Pérez y nací en la misma aldea que vos.

Don Quijote empezó a hacer aspavientos con los brazos y a gritar:

—¡Habéis sido encantado! ¡Qué magnífico poder el del mago que os ha convertido en un hombre joven! La última vez que nos vimos en la aldea, aparentabais muchísima más edad que ahora... ¿Quién os ha hechizado? ¿Merlín? ¿El sabio Frestón? ¿El rey moro Mambrino? ¿Fierabrás? ¿Acaso ha sido Morgana?...

—No, mi señor. No he sido encantado ni hechizado, sino que me confundís con mi tío, don Pero Pérez, que es cura de vuestro pueblo. Os conozco porque he pasado muchas temporadas de mi infancia y juventud con mi tío. Como él, me he hecho sacerdote. Él estudió aquí, en la Universidad de Sigüenza. Yo estudié en la Universidad de Alcalá y ahora trabajo como secretario del obispo de Sigüenza. Curiosas casualidades.

—¡El destino! —añadió don Quijote.

El cura les explicó que tenía que realizar unos recados en la catedral y que si lo deseaban se la enseñaría. Y los invitó también a visitar después el castillo, que era la residencia del obispo y a pasar allí la noche.

Entraron y lo primero que vieron fueron unas gruesas y muy altas columnas. Don Pero les contó que la catedral estaba dedicada a Santa María la Mayor. Visitaron su altar, el coro y el altar mayor.

Les explicó que la catedral se comenzó a construir en el siglo XII tras la reconquista de la villa, en estilo románico. Con el paso de los siglos, de los distintos obispos y de los estilos arquitectónicos se había ido agrandando y adaptando a la arquitectura de cada época.

—De hecho, como veis, todavía hoy sigue en construcción. Ahora están construyendo la girola y terminando partes del altar mayor.

Un poco más adelante, el sacerdote les dijo:

—Mirad, don Alonso, digo..., don Quijote, os voy a dejar aquí mientras atiendo unos menesteres. En esta capilla se enterró a miembros de la familia noble Vázquez de Arce. Destaca el sepulcro de Martín, llamado el Doncel, que murió con tan solo veinticinco años en la guerra de Granada. Si os parece, visitad después la ciudad, que hoy es día de mercado. Después llegaos hasta el castillo, que es la residencia del obispo. A mi tío le gustará saber que os di de cenar y alojamiento para una noche.

Don Quijote y Sancho se quedaron admirando el sepulcro de Martín, aquel doncel de la familia Vázquez de Arce.

—Fijaos, Sancho, cómo este valiente caballero no está representado en figura yacente, sino recostado... ¡y leyendo un libro! Permanece sereno y meditabundo e incluso parece que se sonría. También me gustaría a mí, tras mi muerte, una estatua así: con armadura completa, capa corta y cota de malla. Con mi lanza y con mis libros.

—Como vos decís —intervino Sancho—, en los libros se aprende todo. Yo preferiría aparecer en mi estatua con un trozo

de queso, pero he de deciros que viajando con vos me han entrado ganas de aprender a leer.

—Hecho, Sancho. Cuando nos quede tiempo tras desfacer entuertos, proteger viudas, rescatar damiselas y luchar contra los malandrines, te enseñaré.

Dicho esto salieron de la catedral. Al lado de ella, se encontraron con la plaza del mercado. Había tenderetes de frutas, de verduras, de leche y de miel. También había ganado. Y gallinas. Herramientas para el trabajo del campo. Productos de cuero. Telas. Esquilas para las ovejas...

64

Una mezcla de objetos, de gente, de ruidos y de colores.

Y de olores... A Sancho se le empezaron a revolver las tripas y a hacer la boca agua.

—Señor don Quijote: a buen hambre no hay pan duro. A todo se acostumbra uno menos a no comer. Bicho que vuela, a la cazuela. Boca que se abre o quiere dormir o está muerta de hambre. Dame pan y dime tonto. Tripa vacía, corazón sin alegría...

—¡Para, para, Sancho! Toma estos dineros y llena el zurrón.

Sancho se guió en su compra por el olfato. Y también por el sonido, pues los mercaderes iban anunciando así sus productos:

—¡La mejor miel, es muy buena para la piel!

—¡Vino de Mondéjar, mejor no lo dejas!

—¡La miel de Baldomero, que sabe a romero!

—¡La lechuga de la huerta, la mejor de Sigüenza!

—¡Miel de la Alcarria y sonrisa diaria!

—¡El cabrito seguntino está más bueno con vino!

—¡Compre queso, que tiene buen peso!

—¡Cabrito asado, mejor que pescado!

—¡Migas castellanas, para comer por las mañanas!

—¡Bota de vino, lo mejor para el camino!

—¡Tengo los mejores corderos, para quitarse el sombrero!

Sancho compró y guardó. Pero también probó y comió. Cuando quedó saciado y con el zurrón lleno, comenzaron a subir una calle muy empinada que los llevaba hacia el castillo. A Sancho, tras haber comido tanto, le costaba avanzar por aquella cuesta y jadeaba y rezongaba por el peso que llevaba. Decidió así ir comiendo lo que llevaba en el zurrón para que le pesara menos. Cuando llegaron exhaustos al final de aquella calle y se encontraron de frente con el castillo, el zurrón de Sancho estaba ya casi otra vez vacío pero su panza estaba demasiado llena.

El castillo estaba sobre un cerro, y tenía a su izquierda el río Henares. Era un imponente castillo de forma rectangular con torres en las esquinas y en mitad de sus muros de piedra sillar. Estaba rodeado por una muralla. La entrada era una gran puerta de madera en forma de arco. A cada lado había torreones y alrededor de la entrada quedaban los restos de un puente levadizo. A la derecha se podía entrar en un gran patio con un pozo. Como era pronto, don Quijote decidió descansar a la sombra de una higuera y a Sancho le pareció muy bien reposar todo lo que había comido.

Llegó don Pero a buscarles y los acompañó a sus aposentos. También les enseñó lo que llamó «la sala de los personajes». Era un salón con una gran chimenea, retratos y armaduras.

Don Pero les explicó que allí había retratos de personajes que habían pasado por aquel castillo:

—Este es el retrato de Rodrigo Díaz de Vivar, conocido como el Cid Campeador, que batalló por estas tierras.

—Fuerte, leal, justo, valiente, prudente y templado, un gran paladín —añadió don Quijote.

—Esta pintura representa al obispo Bernardo de Agén, que conquistó Sigüenza a los musulmanes y que fue el primer obispo de la diócesis. Desde entonces este castillo ha sido residencia de los obispos. También tenemos el retrato de doña Blanca de Borbón, reina de Castilla, encerrada en este castillo por su esposo el rey Pedro I. Una leyenda cuenta que el fantasma de doña Blanca recorre por la noche los pasillos y que se oyen extraños ruidos.

66 —Una dama en apuros, no tuvo un caballero que la rescatara —intervino don Quijote.

—Este cuadro representa a Martín Vázquez de Arce, conocido como el Doncel de Sigüenza, del que ya habéis oído hablar. Y aquí tenemos un retrato del cardenal Mendoza, conocido como el tercer rey de España en tiempo de los Reyes Católicos, gran eclesiástico, político, militar y mecenas de Castilla y de esta villa. Y el cardenal Cisneros, que fue aquí capellán mayor de la catedral y también alcalde. Colaboró con Juan de Medina en la fundación de la Universidad de Sigüenza y más tarde fundó la Universidad de Alcalá.

—Hermosa ciudad es Alcalá, que ha visto nacer y ha educado a grandes personajes... —comentó don Quijote.

—He de ausentarme —dijo don Pero. Nos veremos mañana. Don Quijote se quedó mirando las armaduras.

—Mira, Sancho, esta es la armadura del caballero de la Pluma Negra, que añadía una pluma de ese color a su casco por cada torneo ganado. Y aquella es la armadura del caballero del Laberinto. Su coraza está abollada por la coz de un centauro. Esta es la armadura con la que el caballero Leal luchó contra un ser enorme de cinco metros. Y las quemaduras de esta otra las produjo un dragón del que este caballero rescató a trescientas princesas. Y aquí tenemos al caballero de la Espada Valerosa,

que mató dragones y a villanos, salvó doncellas y defendió a los menesterosos. Y el caballero de la Oscura Noche, que acudía a pelear por cualquiera que estuviese en peligro...

Por la noche, don Quijote se despertó al oír unos ruidos. Pensó que era Sancho roncando, pero los ruidos provenían de fuera. Se asomó al corredor y siguiéndolos llegó a la sala de las armaduras. Allí vio un destello blanco y, recordando la leyenda del fantasma de doña Blanca, pensó que era la reina que se encontraba en apuros y que estaba siendo atacada por los malvados bellacos que la rodeaban. Tomó una lanza y con ella atacó a las armaduras. Con sus golpes, las piezas salieron volando: celadas, viseras, petos, espuelas...

Un casco le golpeó en el brazo, unas manoplas le cayeron en los pies, un guantelete le dio de pleno en el pecho. Un yelmo le golpeó la cabeza y don Quijote cayó.

Con el ruido Sancho y don Pero acudieron a la sala y allí le encontraron, en el suelo y sepultado por diversas piezas de las armaduras. Le ayudaron a salir. Había quedado bastante maltrecho.

—Pero, don Pero..., ¡doña Blanca está en peligro!

—Quédese tranquilo, don Quijote —le dijo don Pero—, que aquí no hay fantasmas ni doña Blanca está en apuros. La sombra blanca pertenece a Margarita, una de las doncellas. Y los ruidos se deben a que hoy tenía que limpiar las armaduras y se ha levantado temprano para hacerlo. Ya casi está amaneciendo, ¿queréis descansar?

—No, don Pero. Yo aquí ya he cumplido mi misión de rescatar a doña Blanca y es hora de salir en busca de nuevas aventuras.

Capítulo V

En el que don Quijote,
queriendo matar al rey de
Molina de Aragón, finalmente
lo salva y se convierte en un
héroe

CEIP Doctora de Alcalá
Molina de Aragón (Guadalajara)

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

Adoración Martínez Olivares
Sergio Sanz Herranz

Alumnado

Mencía Álvarez Valdivia
Roberto Marius Androne
Mohamed El Hoummani
Valeria Guerao Sánchez
Claudiu Matei Ionasanu Petrusca
Houssame Jamil
Ángel Jiménez García
Edurne Lozano Fernández
Sara Martínez Fernández
Imán Merzouki
Lucía Muñoz Torres
Sara Nardini Rubio
Elena Marilena Nitu
Camila Sofía Pérez Piscetta
Lucía Prieto Alcázar
Luis Santiago Rodríguez Sibada
Luna Saavedra Ramos
Marian Santos Núñez



Capítulo V

En el que don Quijote, queriendo matar al rey de Molina de Aragón, finalmente lo salva y se convierte en un héroe

73

El camino parecía ascender suavemente. Atrás dejaron los prados cuando don Quijote apremió a Sancho, recordándole su siguiente destino:

—Debemos llegar a tiempo a la grandiosa ciudad de Molina de Aragón, también conocida como la Ciudad de los Caballeros. Su rey Pablo celebra allí la fiesta más grande jamás vista de Castilla, donde solo los más valientes caballeros están invitados.

Poco a poco el terreno se fue volviendo más rocoso, cuando de repente... Rocinante paró en seco. Se hizo súbitamente el silencio y pudieron sentir cómo unos guijarros, empujados por los cascos del caballo en su frenada, caían libremente al vacío. Tras varios segundos, mientras aguantaban la respiración y el tiempo parecía haberse detenido, escucharon un gran traqueteo, que resonó una y otra vez debido al eco. Asombrados se quedaron admirando un gran cañón serpenteante que enmarcaba un pequeño río. Entonces, muy exaltado, dijo don Quijote:

—Y ahora dime, amigo Sancho, si esto no es obra del sabio Frestón, que no quiere otra cosa que ponernos obstáculos en el camino, para poder hacer el mal a sus anchas.

Buscaron un acceso para bajar y encontraron lo que parecía un sendero abandonado.

—Y no te separes de mí, que este camino está plagado de maleza —continuó diciéndole.

Atravesaron así ortigas y zarzales y, si bien la armadura de don Quijote le hizo librarse de algún que otro araño, no lo dispuso así la ropa de Sancho que, además de dejarle ensangrentado de hombros hacia abajo, quedó totalmente destrozada.

Cuando consiguieron llegar a la orilla del río oyeron entonces un griterío de una multitud que provenía del otro lado, donde no alcanzaban a ver. Decidieron entonces cruzar el río por un pequeño tronco que había atravesado. Sancho Panza, que a pesar de su gran peso era muy ágil en sus movimientos, logró pasar sin problema por él.

—Ánimo, mi señor, que no entraña mayor dificultad que poner un pie delante del otro —dijo Sancho—. Quizá podría usted quitarse su armadura, pues estaría más cómodo y podría moverse con mayor ligereza...

Don Quijote no quiso escuchar el consejo de Sancho, pues no se quitaba su coraza bajo ningún concepto, ya que pensaba que caballero sin armadura era como escritor sin pluma. Aún seguía Sancho Panza hablando cuando, nada más poner un pie en el tronco y debido a que sus movimientos eran limitados, perdió el equilibrio y cayó al río.

Sancho Panza sonrió al ver cómo salía del agua farfullando entre dientes.

—No hay tiempo que perder —dijo don Quijote lo más digno que pudo, mientras se subía a su caballo y se dirigía todo lo rápido que podía hacia el griterío de gente que cada vez oía con más claridad.

La poca prudencia del caballero hizo que entrara ante aquella multitud enarbolando su espada, mientras se hacía oír entre aquel jaleo:

—¿Qué pasa aquí? ¿Quiénes son vuestras mercedes? ¡Sabed que nada habéis de temer, pues ha venido en vuestro auxilio el valor hecho persona, quien impartirá justicia!

La gente calló súbitamente al ver a esos personajes de aquella guisa, empapados y desastrados, y acto seguido estallaron en la mayor carcajada jamás vista. Se le acercó entonces a don Quijote, quien quedó desconcertado, un señor de cierta edad, con grandes arrugas en su cara y no muy alto, que con voz suave pero firme le dijo:

—Mi nombre es José y soy labriego, carpintero y juez de paz de un pueblo cercano. Hoy estamos celebrando la boda de María, mi única hija, que se casa con Benedicto, un buen mozo del pueblo de Hombrados, y toda esta gente son amigos míos que hoy nos acompañan y están ovacionando a los desposados.

—¿Y dónde nos encontramos? Pues no veo pueblo alguno, ni casas, ni tierras...

—Está usted en la Virgen de la Hoz, donde hay una hospedería y una ermita antigua, que se construyeron porque un pastor encontró aquí la talla de una virgen y tras llevarla a Molina en varias ocasiones, cuenta la leyenda, que desaparecía y volvía a aparecer aquí.

En esta ocasión don Quijote no vio nada que no hubiera y contestó:

—Así parece, buen amigo, y le damos la enhorabuena por la boda de su hija. Por cierto, nombrasteis Molina. ¿A cuánto queda de aquí? Debemos llegar para la fiesta de los caballeros en dos días.

Ante aquella situación, y dado que era una jornada festiva, de alegría y diversión, a José se le ocurrió invitar a nuestros amigos a la celebración de la boda. Y así, le contestó:

—Molina no queda lejos de aquí, a una media jornada. Nosotros regresamos ya a nuestro humilde pueblo de Teroleja y, si bien les parece, podrían pasar hoy el día con nosotros amenizándonos la tarde con sus historias de otros lugares y partir de buena mañana hacia su destino.

76 A don Quijote le pareció bien su propuesta y pasaron la tarde en aquella pequeña aldea, donde los niños corrían por doquier alrededor de la escuela y de la fuente. Quiso pasar el caballero a rezar en la bella iglesia de la Asunción, templo románico que allí había y solicitar así su protección para las aventuras que tenía que correr, sabedor de que la oración era el alimento del alma.

La casa de José estaba construida aprovechando una gran roca y, aunque la sala no era muy grande, allí se congregó todo el pueblo. En aquella fiesta no faltó comida, ni bebida, ni cánticos, ni baile... En un momento dado, don Quijote alzó la voz y dijo:

—Es de recibo que todo asistente a una ceremonia de tal calibre otorgue un obsequio a los recién casados y como nosotros no disponemos en estos momentos de ninguno apropiado, y dado que estoy bien formado en letras, un poema será nuestro regalo:

Pajarillos que voláis,
entre lirios y claveles,
cruzaad ansiosos los aires
y velad por estos fieles.
Llenad de amor y cariño,
dadles hijos, buenos hijos,
esta familia formada
que no hay más orgullo en el alma.

Los asistentes aplaudieron y aprendieron esa tonadilla, que harían inmortal al recitarla año tras año a todos los recién casados del pueblo. Terminada la fiesta, aquella familia quiso acabar la jornada como cualquier otra, leyendo el padre de familia, al calor del hogar, uno de los pocos libros que había en aquella casa, que trataba de las divertidas aventuras de Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. Don Quijote y Sancho escuchaban atentos los relatos, riendo con aquellos sucesos tan grotescos que les ocurrían.

Don Quijote pasó a dormir al dormitorio principal, quedando el matrimonio mayor en la alcoba que había al lado. Lo que en un primer momento podía parecer una noche tranquila, se tornó tormentosa cuando don Quijote, debido a los nervios de verse al día siguiente en la fiesta del Señorío de Molina, soñó algo que le hizo agitarse en la cama:

«Un dragón de dos cabezas atacaba el castillo y él era el único que podía dar fin a aquella bestia. Todo el castillo temblaba mientras él se enfrentaba a tamaña criatura».

En uno de esos envites, golpeó el candil que había en su mesilla, y prendiéndose la alfombra del suelo, pronto comenzó a arder todo.

Los habitantes de la casa salieron corriendo a pedir auxilio y en muy poco tiempo todo el pueblo estaba ayudando a apagar aquel fuego, que ya empezaba a amenazar el tejado.

Sancho y Quijote ayudaron en la cadena para llevar cubos de agua de la fuente, mas cuando vieron salir el sol y sabedores ya de que el fuego estaba sofocado, decidieron poner rumbo a Molina sin despedirse de nadie. Así es como aquel pueblo, con el tiempo y con el vino, quedó dudando de si aquellos extraños personajes pasaron realmente por allí, o lo que recordaban era algún otro capítulo de Bertoldino.

Cuando ya se acercaban a su destino, preguntó Sancho a su amo:

—Por más vueltas que le doy no logro comprenderlo. ¿Podría explicarme usted por qué se llama Molina de Aragón si en realidad pertenece a Castilla y no a Aragón?

—Has de saber que todas las tierras han ido cambiando de mano y, en una ocasión, siendo de Castilla, pero habiéndosele concedido el señorío a un mercenario como recompensa por su ayuda en una guerra, el pueblo de Molina se reveló y rindió pleitesía al rey de Aragón, a quien perteneció varios años el señorío. Con el tiempo volvió a Castilla, como dote matrimonial, pero... ¿quién sabe si en estos días pudieras llegar a proclamarte tú como señor de estas tierras?

—Quite, quite, vuestra merced, que una vez probado y no gustado, de necios es repetir.

Y en esas pláticas estaban cuando llegaron a la entrada de la ciudad. Ya se disponían nuestros valientes héroes a atravesar el puente romano que daba acceso a la villa cuando, de repente, se encontraron dos carretas paradas en mitad del puente, una queriendo salir y la otra entrar.

—¿No es casualidad, amigo Sancho, que hayamos llegado justo al pueblo y ya tengamos una misión que cumplir? Pues si los ojos no me engañan, ante nosotros podemos encontrar una injusticia que resolver.

—Casualidad no sé si será, mi amo, pero desde luego que sí sería mala suerte si antes de entrar siquiera a Molina ya nos vemos metidos en algún «sarao».

Uno de aquellos carros transportaba paja y el otro una pira de cerdos. El dueño del primero tenía mucha prisa y empezó a increpar a voz en grito al dueño de los cerdos, el cual había abandonado su carro en mitad del puente para bajar a la ribera

del río a intentar recuperar uno de sus puercos que se le había escapado. En ese mismo instante, cruzaba el puente a pie una moza proveniente de un pueblo cercano, pasando entre ambos carros, cargada de huevos para vender en las casas de gente de bien. Las voces la asustaron e intentó salir del puente apresuradamente, con tal mala suerte que tropezó y cayó al suelo, rompiendo las cuatro docenas de huevos que llevaba. Y Sancho pensó:

«El que tropica y no cae, avanza un paso, aunque este no ha sido el caso».

La muchacha quedó tendida en el suelo, llorando y maldiciendo su mala fortuna.

Este fue el detonante que hizo que don Quijote estallara, pues aquella muchacha le pareció que era Dulcinea. Don Quijote, mandando orillarse a Sancho Panza, espoleó a su caballo para socorrer a su amada y mediar entre aquellos dos hombres, a los que creía caballeros. Pero tal fue su mala suerte que hizo entrada en el puente el cerdo suelto y se dirigió hacia su caballo, el cual, asustado, se puso a dos patas. Don Quijote cayó encima del cerdo, quedando a horcajadas y con las piernas muy flexionadas, pues le arrastraban por el suelo. El cochino no tenía ninguna intención de parar y, totalmente descontrolado, se dirigió hacia el carruaje de paja, mientras Sancho se echaba las manos a la cabeza y se imaginaba las distintas maneras en las que podía acabar aquel suceso, no gustándole ninguna de ellas. Finalmente, caballero y puerco chocaron contra el carro de los cerdos con tan descomunal fuerza que se volcó, quedando la situación de la siguiente manera: el cerdo bajo la carreta; don Quijote, malherido, en medio de toda la paja, donde no se le veía más que la punta de su lanza y uno de sus pies; los cerdos chillando y saliendo de su jaula, pues se había roto con el

golpe y el yelmo de don Quijote giraba en el suelo con un ruido metálico que podría haber señalado el final de aquella aventura, o eso es lo que le hubiera gustado a Sancho, pues sabía que el desenlace siempre era lo más temido.

Los dos carreteros, atónitos y paralizados durante los breves segundos en los que aconteció todo, corrieron juntos hasta donde estaban don Quijote y Sancho. Los cogieron en volandas y los lanzaron puente abajo. Cogió cada uno un garrote que llevaba en la carreta y atizaron varios palos a sus cabalgaduras, las cuales corrieron como alma que lleva el diablo en dirección al paseo de los Adarves, la principal calle de la villa.

80

Nada se supo de la moza, a quien pareció tragársela la tierra. O quizá vio que su desgracia no era tanta como la que acontecería poco después y su inteligencia la hizo salir de escena lo antes posible. Nuestros dos amigos salieron como pudieron del río, quedando tendidos en la orilla. Don Quijote se lamentaba por no haber podido hablar con su amada ni conseguir arreglar aquella situación, mientras Sancho le contaba:

—¿No es verdad, mi señor, que ha logrado poner a los dos carreteros de acuerdo? ¿No es verdad que al final ambos se han ayudado a enderezar sus carros y han acordado de buena fe quién pasaba primero?

—Veo que la razón está llegando a tu sesera antes de lo que imaginaba —le contestó don Quijote—, pues tienes razón. Gracias a mi intervención, el problema se resolvió.

Así es como Sancho pudo calmar la zozobra que había invadido el corazón de don Quijote tras aquel suceso.

—Y ahora —continuó diciendo el caballero— busquemos nuestras monturas antes de que algún desalmado se haga con ellas.

No tardaron mucho en encontrar a sus animales pastando tranquilamente, aunque menor fue el tiempo en el que se extendió el rumor de que dos visitantes extraños habían llegado a la villa. Caballero y escudero alcanzaron finalmente la entrada de la fortaleza. Allí había cierto barullo, pues muchos nobles esperaban para entrar. Don Quijote, con gran decisión, se dirigió al acceso, saltándose a los que estaban esperando. Sancho advirtió que su amo era el único que llevaba armadura, pues los demás nobles iban muy elegantes, pero desarmados. Entonces, sin pensárselo dos veces, el hidalgo dijo:

—Abrid paso, ha llegado el gran don Quijote acompañado de su escudero.

Los demás caballeros, no contentos con lo que vieron, empezaron a protestar.

Álvaro, hermano del rey Pablo y jefe de la guardia, estaba aquella noche controlando la recepción para ofrecerle la máxima seguridad. Se puso ante don Quijote y, en un primer momento, le negó la entrada, puesto que no estaban en la lista de invitados. Este, exaltado ante aquella negativa, echó la mano a su espada en tono amenazante cuando, de repente..., el guardia cambió de opinión al darse cuenta de que aquel extraño personaje podría serle de utilidad para su maléfico plan.

—Perdone, don Quijote, ha sido un error, puede pasar. Su escudero deberá permanecer en la zona de los establos cuidando de sus monturas hasta que termine la fiesta —dijo más amablemente el guardia.

—Mi fiel escudero y yo somos uno —exclamó don Quijote alzando su mano—. Él es tan digno de entrar como lo soy yo.

Al ver el guardia tal insistencia, no quiso alargar aquella situación, para evitar llamar más la atención del resto de caballeros y los hizo pasar rápidamente al interior del castillo

ofreciendo a Sancho un ropaje adecuado a la ocasión. Al atravesar los gruesos muros y entrar a la sala principal quedaron deslumbrados por la grandeza de la estancia, donde las paredes estaban llenas de enseres lujosos, grandes tapices de vivos colores, una gran lámpara de oro con más de cuatro decenas de velas y varias hileras de mesas dispuestas con todo tipo de viandas: morcillas y longanizas, truchas, morteruelo, huevos verdes, pisto, caldereta de cordero... Comenzado el baile, se le acercó a don Quijote una dama con carita de muñeca que parecía de porcelana. Don Quijote, al verla, quedó deslumbrado ante su hermosura, se arrodilló ante ella y le dijo:

—Oh, mi amada Dulcinea, mucho tiempo llevo buscando su belleza por todo el mundo. La vi en el puente, aunque no llegué a tiempo de socorrerla. No sé si habrán llegado a sus oídos las múltiples hazañas que he realizado por vos.

Anatolia, pues así se llamaba en realidad aquella señora, era una gran noble de la villa y mujer de Álvaro, con quien estaba compinchada. Quiso aprovechar aquella confusión para conseguir su propósito: quitar de en medio al rey para hacerse con el trono junto con su marido. Y así, entre lágrimas, le dijo:

—Doy fe de vuestro valor y el amor que me profesáis, pero nos encontramos ante un gravísimo problema, amado mío. El rey ha sido hechizado y la única manera de liberarle y hacer que vuelva a ser quien era es asestándole una puñalada en el corazón antes de la próxima luna llena, que saldrá esta misma noche.

—¡Oh, diantres! Otra vez Frestón haciendo de las suyas. No logrará su objetivo mientras yo lo pueda impedir —dijo don Quijote—. No os preocupéis, yo salvaré al pueblo del yugo de ese malandrín.

Y diciendo esto, le besó la mano y se mezcló entre el resto de los invitados.

—Va a ser más fácil de lo que creíamos —pensó Anatolia—. Ni siquiera tendremos que mancharnos las manos, ya que hemos logrado que un descerebrado quiera matar al rey.

Así pues, fue pasando el baile, los brindis, los postres... y Anatolia y Álvaro comenzaron a impacientarse porque don Quijote no parecía tomar la iniciativa.

Finalmente, Álvaro decidió acabar él mismo con la vida de Pablo y, escondido tras una columna de la sala, se dispuso a disparar una flecha con su ballesta en el mismo momento en el que este realizara su último brindis. Quiso el destino que también don Quijote escogiera aquel momento para atacarle y, justo cuando la flecha se acercaba a toda velocidad hacia el rey, don Quijote, espada en alto, se dirigió hacia él gritando:

—Nadie conseguirá que esta villa quede sin rey. ¡Vuelve a tu reino y cuida a tu pueblo!

La flecha golpeó en la parte posterior de la armadura de don Quijote, desestabilizándole y haciéndole caer encima de Pablo. La gente reaccionó rápidamente. Capturaron al traidor y le metieron en las mazmorras. Anatolia fue a socorrer al rey, pues no quiso que la descubrieran y correr la misma suerte que su esposo, quien, por amor, no la delató.

Al ver don Quijote cruzarse a Álvaro y Anatolia, le vino a la mente la imagen del dragón de dos cabezas. Aquel pensamiento no le duró más que un breve instante, pues todos los allí presentes, sin conocer las verdaderas intenciones de don Quijote, empezaron a vitorearle pensando que había realizado la hazaña más importante de la historia, salvando a su rey. Sancho Panza, que estaba dando buena cuenta de los manjares que allí había, vio cómo su señor salía en volandas ovacionado por

todo el pueblo. No sabía muy bien lo que había ocurrido y don Quijote tampoco pudo explicárselo con claridad, pero la realidad fue que se convirtió en un verdadero héroe de la ciudad.

Y así salió don Quijote de Molina de Aragón, con el ánimo reforzado y con la convicción de que una nueva aventura le estaba esperando.

Capítulo VI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en Zaragoza, donde va como había prometido al final de la primera parte, y de cómo vivieron la aventura del palacio de la Aljafería

CC San Gabriel
Zaragoza

Tutora literaria
Ana Alcolea

Profesorado

Juan Manuel Aragón Migueláñez
Alberto Zumeta Pérez

Alumnado

Adrián Burgos Marcos
Inés Cavanillas Belmar
Jezhabel Cerrato González
Gema Fernández de Francisco
Jimena Fernández González
Javier Hueso Arnal
Izán León Sánchez
Paula López Fernández
Alejandra Luna Yabeta
Inés Pereda García
Adriana Sampedro Vélez
Aitana de Tena Araújo
Nerea Vaquerizo García
Celia Yáñez Rosillo
Sofía Yepes Pérez



Capítulo VI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en Zaragoza, donde va como había prometido al final de la primera parte, y de cómo vivieron la aventura del palacio de la Aljafería

Un día como otro cualquiera, cayó la noche. Alonso Quijano observaba las estrellas a través de la ventana. Cuando la casa se quedó en un silencio roto solo por los ronquidos de su ama de llaves, se levantó sigilosamente. Fue andando al desván y encontró las que décadas atrás habían sido flamante armadura y letal lanza de su bisabuelo.

Se vistió con la armadura, se coló ágilmente en casa de su escudero, Sancho, le despertó y juntos emprendieron una marcha sin rumbo alguno. Tras seis largos días de viaje sin destino, dieron con la vieja Aljafería de Zaragoza.

Os impresionará lo que le pasó a don Quijote.

Cuando don Quijote examinó la vieja Aljafería, se fijó en que había dos guardias en lo alto de la torre, miró a su escudero alertado y exclamó:

—¡Sancho, hay dos guardias en lo alto de la torre!

Pero Sancho le respondió:

—Pero, señor, la torre está vacía, no hay ni rastro de vida.

Al oírle decir eso, don Quijote pensó: «Mi escudero es ciego».

Entonces, decidieron entrar para explorar. Pero hubo un problema, no se abría la puerta principal. No obstante, don Quijote no se rindió así como así y le dijo con ánimos a su escudero:

—¡Ánimo, Sancho!, como en toda fortaleza debe haber un pasadizo oculto para llegar al interior.

Y mientras lo buscaban, Sancho susurraba para sí mismo: «Que Dios me ayude, por favor». Al cabo de un rato, don Quijote exclamó:

—Lo he hallado, Sancho, por fin, he dado con él.

Los dos se adentraron y al final del pasadizo encontraron una puerta robusta y de roble oscuro. La empujaron y se hallaron en el interior de la Aljafería.

90 Vieron un patio árabe con una fuente en el centro. Cogieron agua y se la echaron por la cabeza y por las manos, también bebieron porque después del largo camino estaban exhaustos y sedientos.

Como muchas veces le ha pasado a don Quijote, su mente le engañaba con facilidad. Entonces, cuando se encontraron en el patio de Santa Isabel, apareció un gato moribundo, que don Quijote confundió con un dragón de gesto amenazador. Tenía los ojos rojos y dorados como el fuego, pero don Quijote corrió hacia él con su caballo Rocinante.

Justo en el momento en el que iba a embestir al «dragón» con su lanza, el gato se apartó velozmente y don Quijote avistó una piedra mediana detrás del gato; pero al intentar parar a su caballo, ya estaba galopando y no podía pararlo. Después, al tropezar Rocinante, los dos salieron disparados por el aire.

Mientras sucedía esto, Sancho observaba la escena sorprendido, con pánico y a la vez preocupado por su señor.

Don Quijote se acabó rindiendo. Mientras se iban, no paraba de maldecir al gato repitiéndose que pronto acabaría con él y con sus dueños.

Oyeron unos fuertes gritos. Venían de la torre del Trovador. Don Quijote y Sancho subieron corriendo a la torre. Cuando

llegaron vieron a un hombre atado en una silla, llevaba un trapo en la boca, por lo que no se le entendía lo que quería decir, solo chillaba.

Don Quijote pensó que estaba atado con una serpiente, incluso veía que en la boca tenía una rata, y una hilera de hormigas le recorría todo el cuerpo.

—Sancho, Sancho. ¡Alcánzame la lanza para poder matar esa serpiente, le va a ahogar!

Sancho no daba crédito a lo que estaba oyendo:

—Mi señor, no se confunda, no se trata de una serpiente, es una cuerda.

Sancho y qué me dices de la rata y de las hormigas:

—Se trata de un trapo viejo, y lo que usted ve rojo son en realidad heridas producidas por la cuerda.

En esta ocasión el escudero consiguió desatar al preso, sin que su amo le hiciera más daño del que ya tenía. Les explicó que le habían hecho preso por coger en el mercado comida para sus tres hijos y que les estaría toda la vida agradecido por haberle liberado.

Más tarde don Quijote empezó a delirar de nuevo, imaginándose a tres caballeros guardando la fortaleza. No se lo podía creer, estaban los dos arqueros de la Torre y también... ¡el Cid Campeador!

Pensó por un momento en que podría ayudarle a encontrar el Salón del Trono y hacer una visita al Cid para ofrecerle sus respetos. Pero sabía que corría riesgo debido a que, si el Cid iba contra él y le tomaba por intruso, le apresaría.

Recordaba don Quijote la gesta del Cid donde los Infantes de Carrión, enojados por las burlas que les hicieron por haberse asustado, al salirse un león de la jaula, y sin apenas esfuerzo, el Cid lo volvió a meter.

Pensaba don Quijote: «Dicen que van a llevar a sus esposas (Sol y Elvira) a Carrión, pero en el camino las apresan y las dejan atadas a un árbol». Al enterarse de esto, el Cid convoca un torneo para recuperar su honor y lo gana. Al final, Rodrigo Díaz de Vivar casa a sus hijas con los Infantes de Aragón y Navarra.

Entonces, puso la lanza en posición de ataque, y galopó hacia ellos, mientras gritaba:

—¡Morid, pero antes decid vuestras últimas palabras!

A lo que Sancho le decía:

92 —¡Cuidado, señor, no hay ningún caballero contra vos y vais directo a la pared!

Pero don Quijote hizo caso omiso a sus palabras y siguió con su carrera, chocando contra el muro. Se levantó y vio que estaban muertos, así que le gritó a Sancho:

—Retirémonos, no pueden morir.

Corrieron hasta llegar al Salón del Trono y don Quijote le dijo al rey:

—¡Auxilio, majestad, hay dragones y espectros en vuestra fortaleza!

A lo que el rey le contestó:

—¡Mi nombre ser Abú Ya'Far!

Don Quijote se dio cuenta de que era un muerto viviente, y recordó un libro que había leído donde se decía que en el patio de Santa Isabel se hallaba un tesoro escondido.

—¡A por el tesoro, a por el tesoro! Si el tesoro queremos encontrar, mucho tendremos que buscar, Sancho. La primera pista estará entre las plantas de este patio, por algo se encuentran tan resplandecientes.

Sancho, necesitado de dinero, se creyó lo que le decía su señor y empezó a buscar desesperadamente el tesoro que supuestamente estaba escondido en el palacio.

Empezaron a dar vueltas y, de repente, se movió una baldosa.

—Aquí, Sancho, levanta esta baldosa —dijo don Quijote.

Al levantar la baldosa no había nada, por lo que los dos empezaron a levantar todas y cada una de las baldosas del patio y no encontraron nada.

Don Quijote recordó haber leído hace tiempo que en la sala más hermosa del palacio un valiente caballero andante un tesoro escondió.

—¡Sancho, Sancho! No desesperes y vamos al Salón del Trono.

En un rincón del salón encontraron una cuerda, la ataron y bajaron por ella. Justo nada más bajar vieron un baúl, lo abrieron y apareció un libro del Corán, seguramente escondido por algún caballero para rezar. Intentaron descifrar lo que ponía el libro, pero desconocían el árabe. Estuvieron casi dos días, con sus noches, para poder leer lo que ponía en la primera de sus hojas. Pero, evidentemente, no fueron capaces de interpretar ni una sola palabra, a lo que don Quijote le dijo a Sancho:

—No te preocupes, Sancho, cuando regresemos a casa seremos capaces de interpretar lo que aparece en el libro, y volveremos a recuperarlo.

Sancho le respondió:

—Pero ¿quién será capaz de resolver el enigma en nuestro pueblo, señor?

Don Quijote le miró con ojos de compasión y le dijo:

—Mi querido Sancho, con ayuda del párroco y de los libros que tengo en la biblioteca, seremos capaces de resolver el enigma y poder volver a por el tesoro. Por fin, Sancho, llevarás a casa dinero suficiente para toda tu familia. Además, podremos ayudar en la reconstrucción del campanario de la iglesia.

Y entonces salió galopando y Sancho le tuvo que seguir sin remedio.

Cuando estaban fuera de la Aljafería, don Quijote gritó al cielo:

—¡Me vengaré por todo lo ocurrido! ¡Volveremos en busca del tesoro!

Don Quijote volvió a salir en busca de aventuras, ensilló a Rocinante, se subió y salió a campo abierto, junto a Sancho Panza y su rucio asno. De nuevo Sancho, pensando en que podía llevar dinero a casa, volvió a tener confianza en su amo.

Capítulo VII

Que trata de lo acontecido a don Quijote y a Sancho en el bonito castillo de Tamarit y cómo vivieron la aventura contra el gran mago Áganhim para recuperar la adarga mágica de Floriseo

CEIP Cristóbal Colón
Tarragona

Tutor literario
Santiago García-Clairac

Profesorado

Benita Casado Huerta

Nieves López Peña

Alumnado

Lucía Bermúdez Denia

Laura Castillo Rodríguez

Rudy Benjamín Coarna Navarro

Alexandru Mihai Ciunterei

Andreea Czanca Olariu

Roberta Stefania Dumitru

Claudia Fernández Huelves

Jesús Fernández Mateos

Pablo Ezequiel Galaguza Morales

Alisia Natalia Gorón

David Andreas Hegedus

Tony Iancu

Óscar Antonio Luna Fras

Natalia Litwin

Ainhoa Lucía Macarie

Shaiel Alexandra Martínez Girón

Daniela Martínez Suárez

Ayoub Mira

Laura Niemec

Ángel Ortega Uceda

Luna Pavo Núñez

Ángel José Ramos Guerra

Rocío Reyes Hernández

Marcos Riera Pérez

Andrea Rodríguez Escobar

Daniel Rozsa Filatón

Jorge Sánchez Segovia

Ioan Alexandru Sisu

Hugo Xu Chen

Albert Mario Zaharia

LUNA



Capítulo VII

Que trata de lo acontecido a don Quijote y a Sancho en el bonito castillo de Tamarit y cómo vivieron la aventura contra el gran mago Áganhim para recuperar la adarga mágica de Floriseo

Llegaron don Quijote y Sancho Panza a la bonita ciudad de Tarragona.

99

—¿No le gustaría quedarse en esta maravillosa ciudad unos días? Mire usted que tengo los huesos molidos de tanto viajar en este borrico.

—No, mi querido Sancho, no podemos olvidarnos de lo que aquí nos trae. Acuérdate de que tenemos una misión muy importante. Vamos al castillo de Tamarit a ayudar al vizconde de Claramunt a recuperar la adarga de Floriseo que le arrebató el malvado mago Áganhim.

Sancho se rascó la cabeza y se limpió el sudor de la frente.

—¡Pues vaya! Tengo tanta sed que me bebería una tinaja de agua.

Siguieron su camino bajo un sol abrasador, Sancho montado en su burro y don Quijote en Rocinante. Este último no dejó de relinchar durante todo el camino y después de más de dos horas cabalgando llegaron al hermoso castillo de Tamarit.

—Mira, Sancho, ese es el castillo que buscamos.

—¡Qué castillo tan grande, mi señor, y además está a orillas del mar...! —observó Sancho.

Los soldados bajaron el puente levadizo y abrieron la puerta del castillo después de que explicaran que el vizconde los

estaba esperando. Entraron en el patio de armas y, cuando se acercaron a las caballerizas, don Quijote, debido al calor y a la falta de agua, confundió a los caballos con dragones. Aunque Sancho le gritó que eran solo los caballos del castillo, él siguió en sus trece de que eran los dragones de Áganhim disfrazados. Ni corto ni perezoso se lanzó contra los pobres animales, a los que pinchó el lomo con su lanza. Los caballos, asustados, empezaron a dar coces. Soldados, criados y demás habitantes del castillo acudieron a ver qué pasaba. Se armó tal griterío que el vizconde mandó arrestarlos.

—Suéltenme, malandrines —gritaba don Quijote.

Los dos amigos acabaron en las mazmorras del castillo. Cuando oscureció, el vizconde fue a visitarlos.

—¡Quiero una explicación! —exigió Claramunt.

—Excelencia, le pido mil disculpas. A mi señor don Quijote se le ha reblandecido el cerebro con el calor y ha confundido a los caballos con malas fieras. Por favor, su excelencia, sáquenlos de aquí que llevamos sin comer y beber ya mucho tiempo.

El vizconde mandó a sus criados que les dieran de cenar y los llevaran a sus aposentos.

Después de comer, beber y darse un baño caliente, el vizconde los mandó llamar para reunirse en el Gran Salón de la torre del homenaje.

—Vuestras mercedes comprenderán que necesito orden en mi castillo —declaró el vizconde.

—Disculpe su excelencia —contestó Sancho—, pero estamos aquí para ayudarle a encontrar la adarga del famosísimo caballero Floriseo, ¿no es así, mi señor?

—Dices bien, amigo Sancho, y si su excelencia el vizconde nos lo permite, nos gustaría echar un vistazo por el castillo para encontrar alguna pista.

—No querría yo otra cosa que vuestras mercedes se sintieran como en casa y, si no les importa, me gustaría acompañarlos —dijo el vizconde dando grandes muestras de cortesía.

Los tres fueron por un larguísimo pasillo con muchas armaduras a ambos lados; entonces don Quijote reparó en una lanza que brillaba más que las demás, la cogió y dio dos golpes en la pared. Ante el asombro de Sancho y del vizconde, la pared se abrió. Después descolgaron tres antorchas del pasillo y se adentraron en una oscura sala.

—¡Mira, Sancho, ahí está el famoso escudo! —exclamó don Quijote.

101

Sancho agarró la adarga hecha de cuero y con forma de corazón que colgaba de una pared donde había muchas más. Sancho se la entregó a su amo.

—¡Por toda la caballería andante, si esto es un mapa! —gritó don Quijote.

Pronto dedujeron que se trataba del mapa del escondrijo de Áganhim. El mapa les mostraba una cueva situada en el fondo del mar, a unas cuantas millas de la playa del castillo.

—Miren vuestras mercedes que yo no sé nadar y me da miedo el agua —confesó Sancho.

El vizconde de Claramunt tranquilizó a Sancho.

—No se preocupen porque tengo la solución. Desde hace tres años, mi hija la vizcondesa Melisenda estudia magia en la Gran Escuela de Magia de Deolinda Tamarit, a pesar de su juventud, es una alumna muy aventajada y ya sabe hacer muchos conjuros. No me extrañaría que ganase con sus artes mágicas al mismísimo Áganhim —explicó el vizconde.

Al amanecer del día siguiente encontraron a Melisenda en el Gran Salón del castillo. La hija del vizconde era de estatura media, morena, con una larga melena que le llegaba hasta

la cintura. Lo que más destacaba de su bello rostro eran sus grandes ojos verdes. Su mirada era inteligente y cordial. Llevaba puesto un voluminoso traje rojo de terciopelo y a don Quijote le pareció la mujer más bella del universo. Al verla se postró de rodillas. Sancho permaneció de pie con la cabeza agachada.

—Pero ¿qué está haciendo vuestra merced? Ande, levántese y no haga tonterías —dijo Melisenda con tono amable.

102

—Mi encantadora y admirada dama, soy vuestro dueño, mandadme lo que queráis que lo cumpliré a rajatabla —contestó don Quijote.

—Mis queridos señores, lo que importa es recuperar la adarga mágica de Floriseo que Áganhim le robó a mi padre. Es muy poderosa y en malas manos podría ser un arma destructiva.

Acto seguido les rogó que se acercaran a ella. Con una especie de varita y diciendo un conjuro, los envolvió en una burbuja elástica y llena de aire con la cual se podían mover libremente.

—Ahora vuestras mercedes, con este globo de oxígeno, podrán sumergirse en el mar sin problema —explicó la joven.

—Mi señor, esto es maravilloso, ya no tengo miedo si andamos hacia el fondo del mar en busca de esa cueva —aseguró Sancho.

Escudero y amo, padre e hija se dirigieron a la playa que estaba junto al castillo. El día hacía presagiar tormenta y unos nubarrones grandes y grises cubrían el sol. Después de despedirse del vizconde y su hija, don Quijote y Sancho se fueron adentrando en el mar. Caminaron mar adentro hasta que el agua les cubrió por completo, luego giraron hacia la derecha como les indicaba el mapa y descubrieron la cueva debajo de unos altos acantilados. Al acercarse comprobaron

que un enorme tiburón protegía la entrada. El tiburón se quedó mirándoles con hostilidad.

—¿Qué os trae por estos lugares? —habló el tiburón con voz tenebrosa.

—¡Apártate, oh, inmundo escualo!, que venimos en son de paz y solo queremos hablar con el gran Áganhim —vociferó don Quijote.

—Lo siento, para poder entrar deberéis resolver un acertijo.

—Adelante, necio animal, que no tenemos todo el día —gruñó el de la triste figura.

—De acuerdo. Este es el acertijo: «Estás en una misión. En ella viajas 5 kilómetros hacia el sur, después 5 kilómetros al occidente, luego 5 kilómetros al norte y resulta que te encuentras de regreso al lugar donde empezaste. Durante tu misión ves un oso. ¿De qué color es el oso?».

Los dos amigos, durante unos minutos, pensaron y luego don Quijote habló:

—El oso es de color blanco, porque el único lugar en la Tierra donde puedes ir 5 kilómetros al sur, después 5 kilómetros al occidente, posteriormente 5 kilómetros al norte y terminar donde empezaste es el Polo Norte. Los únicos osos en el Polo Norte son los osos polares y, naturalmente, son blancos.

Ante esta brillante respuesta el tiburón se apartó y los dejó pasar.

Áganhim era un mago dueño de un sinnúmero de poderes, que ningún otro mago poseía. Era alto y extremadamente delgado, llevaba una túnica holgada llena de pliegues y bolsillos. Cuando entraron en la cueva, Áganhim todavía dormía, entonces, don Quijote y Sancho empezaron a merodear por la estancia llena de cachivaches de alquimia. No tardaron mucho en encontrar la adarga, estaba detrás de un gran espejo.

—Mira, Sancho, esta es la verdadera adarga de Floriseo, la famosa adarga mágica que debemos devolver a su verdadero dueño: el vizconde de Claramunt.

—¿Qué hacemos con Áganhim? —preguntó Sancho.

Al oír las voces de los dos amigos, Áganhim despertó y quiso arrebatarse el famoso escudo, pero don Quijote le propinó tal golpe con su lanza que el mago no tuvo más remedio que huir aturdido por tan insólito despertar.

—¡Me las pagaréis, volveré a buscaros...! —gritaba mientras salía de la cueva.

104

Cuando salieron del agua, llovía intensamente con acompañamiento de truenos y relámpagos.

—Corra, corra, vuestra merced, que nos va a matar un rayo —vociferaba Sancho.

Llegaron al castillo y el vizconde los recibió con los brazos abiertos. Melisenda los liberó de la burbuja de aire y, tomando con delicadeza la famosa adarga, la colgó encima del asiento con dosel que presidía el Gran Salón. Todos se quedaron absortos contemplándola. Tenía unos rebordes metálicos que resplandecían. No pasaron más de unos minutos cuando escucharon las voces de los soldados que llamaban a ocupar los puestos de combate. Todo el castillo se revolucionó. Enseguida Melisenda se dio cuenta de lo que ocurría, volvió a descolgar la famosa adarga, subió todas las escaleras hasta alcanzar el punto más alto de la torre del homenaje y allí se asomó desde una almena.

—¡Áganhim, no podrás vencer esta vez! —gritaba Melisenda—, aquí estoy con mi magia y mi adarga, ¡no te tenemos ningún miedo!

Todos la siguieron y desde allí pudieron contemplar el enorme ejército que se aproximaba para asaltar el castillo.

—¡Ay, señor, ya veo que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas! —se quejaba Sancho.

Entonces, Melisenda levantó con ambas manos la adarga mágica de Floriseo y formuló un conjuro. Un poderoso rayo de una luz cegadora salió del escudo y cayó sobre el numeroso ejército de Áganhim. Inmediatamente después, todas las armaduras, escudos, espadas y demás armas cayeron al suelo produciendo un gran estrépito. Áganhim, que encabezaba la tropa, decidió rendirse y reconocer que la joven aprendiz de maga era muy competente y su magia muy poderosa. Se retiró a su cueva del fondo del mar donde vivió sin molestar a nadie.

105

Después de tan rotunda victoria decidieron celebrar una fiesta. La fiesta duró tres días con sus tres noches en las que bailaron, comieron y, sobre todo, compartieron muchos relatos, mucho alborozo, muchos abrazos y mucha alegría. Sancho nunca había sido tan feliz. Al cuarto día después de almorzar don Quijote y Sancho se despidieron de sus nuevos amigos. Sancho se deshizo en lágrimas cuando Melisenda le dio un beso de despedida en la mejilla. El vizconde abrazó a amo y escudero y les pidió que volvieran pronto a visitarlos.

—Hemos salido victoriosos, señores, pero volveremos a los caminos en busca de más aventuras —exclamó don Quijote.

—Ay, señor mío —dijo Sancho sin dejar de llorar—, que tengo una pena que me llena el corazón. Cómo los voy a echar de menos...

Dicho esto, don Quijote montó en Rocinante y Sancho en su asno y muy despacio fueron dejando atrás el bonito castillo de Tamarit bajo un sol de fuego.

Capítulo VIII

Donde se narra la extraña
aventura de don Quijote
y Sancho en el misterioso
castillo de Cardona

CC San Joaquín y Santa Ana
Cardona (Barcelona)

Tutora literaria
Concha López Narváez

Profesorado

Juan Francisco Fernández Macías
Sergio Lara del Olmo
Adrián Marta
Rafael Payo Díaz

Alumnado

Claudia Bachiller Baena
Pilar Victoria Espinoza Jara
Alonso Tomás Fernández
Marina Fernández de la Cruz
Ángel Luis Fernández Martínez
Lidia Fernández Martínez
Alba Fernández Pérez
Elena Fernández Pérez
Laura Francisco Rubio
Irene García Casanova
Rafal Gmoch
Carolina María Iancau
Elsa Laiz Ferrera
Juan José Lamas López
Emma Carmina Maican
Iván Martínez Rodríguez
Adrián Matías Ferrero
Miruna María Precob Dusa
Guillermo Teixeira Asenjo



Capítulo VIII

Donde se narra la extraña aventura de don Quijote y Sancho en el misterioso castillo de Cardona

Iba ya bien entrada la mañana cuando don Quijote y su escudero acertaron a tomar la ruta que de Zaragoza partía hacia el destino que el hidalgo habíase marcado como siguiente y principal en su afanosa búsqueda de gloria y aventura: el insigne castillo de Cardona, fortaleza de muros colosales, que siglos hacía dominaba la villa de igual nombre.

111

Allá pensaba el caballero batallar contra quien quisiera darle ocasión de ello, locos o cuerdos, magos o gigantes, para honra de alguna cautiva princesa o señora, viéndose ya coronado de laureles por el valor de su brazo.

Sancho, en tanto, maldecía por lo bajo la tortura del calor de la jornada, cierto de que el sol acabaría por asarle la sesera.

—Mi señor —alzó la voz—, si fuese servida su merced, bien querría yo saber en cuánto tiempo alcanzaríamos la villa de Cirdana o Curdana que ha días perseguimos.

—Cardona llámase, Sancho, y unas cuantas leguas aún nos separan del castillo, pero más te valiera en vez de padecer los rigores del viaje, calibrar la dicha que mi gloria a ti te alcanzaría, como así ocurre y es sabido a los escuderos de los nobles caballeros.

Con estas y otra razón prosiguieron la jornada sin acontecer cosa que fuese digna de contar, sino la vista de unos pocos

arrieros que con sus yuntas cruzaron su camino, o de un grupo de mercaderes que a Barcelona se dirigían y a los que saludaron cortésmente.

Tres días eran contados desde que de Zaragoza partieran, cuando, tras un recodo del camino, advirtió Sancho la presencia de dos rollizos aldeanos que hacia ellos riendo a voces se llegaban, propinándose, por juego, empellones y codazos uno a otro.

112 Advertido y curioso el caballero, quiso saber qué les aconteciera y así saludoles alegremente.

—Feliz jornada tengan vuestras mercedes, y más parece que lo muestran vuestras risas y jolgorios. ¿Podría acaso conocer yo la causa de tal algazara?

—Señor —respondió, conteniendo las lágrimas que la risa provocara, el más fornido dellos—, reímos, hasta hartarnos, del relato que un vagabundo nos refirió ha dos días a cambio de un trago de nuestra bota, que el vino suelta la lengua más que el entendimiento.

—Figúrese vuestra merced —continuó el compañero—, que andaba diciendo disparates sobre fantasmas y encantamientos allá en la villa de Cardona, donde, decía, un espíritu habitaba el castillo. Cuentan que del lugar le echaron a punta-piés, recibiendo no sé cuántos mojicones y puñadas.

Oído con atención el singular relato, pidió luego don Quijote a los aldeanos que tuvieran a bien mostrarles el camino que a la villa condujera, pues figurábase que pronto habrían de atisbar las recias almenas de la fortaleza.

Las últimas luces del atardecer alumbraban aún el horizonte cuando amo y escudero alcanzaban su destino, divisando la imponente figura del castillo, que parecía someter a su poder la villa.

Llegados ya al castillo, hallaron bajado el puente levadizo, de modo que, no encontrando freno que estorbase su intención, lo atravesaron adentrándose en el patio de armas, en donde decidieron acomodar a sus monturas.

Extrañábase el hidalgo de no haber quien el alto les diese ni se mostrara el señor principal o alcaide de la fortaleza a recibirles, en tanto Sancho escarbaba en las alforjas de su rucio buscando hallar en ellas, con las cebollas, el poco de queso y los mendrugos que a ambos iban a servirles de cena.

En estos menesteres andaban cuando el olfato de Sancho despertose en dirección a un viento de guiso recién hecho que como un imán atrajo al escudero hasta un portón entreabierto situado en uno de los laterales del patio.

—¡Venga, su merced, que aquí hallaremos con qué remediar el vacío de las tripas!

Siguió don Quijote a su escudero hasta el portón, penetrando ambos en una amplia y lujosa sala, bien iluminada por grandes candelabros que sobre los extremos de una mesa se hallaban, mostrando a su luz las viandas de que estaba provista.

No vieron en ella perdices estofadas, lechón relleno o trufa escabechada, manjares que pudieran convenir mejor a dicho lugar, sino una humeante sopera y una bandeja de proporciones en la que los garbanzos convivían en armonía con variadas hortalizas y algunos pedazos de puerco, vaca y gallina, amén de los chorizos, morcillas y tocinos que servían de complemento.

—Olla es, mi señor, y no mala, lo que aquí se nos presenta, y creo yo que no fuera bien rechazarla. Vea, mi amo, la jarra de tinto que la acompaña.

El hambre inclinó la intención y, tomando asiento, sin acertar a preguntarse quién y con qué intención habría dispuesto tal presente, comieron ambos muy contentos.

Mascaba Sancho sin cerrar la boca, lo cual, visto que hubo don Quijote, valió al primero oportuna reprimenda:

—Sabrás, Sancho, que no es de bien nacido mostrar al mundo lo que las muelas fraguan, que a solas, en silencio y en secreto han de poner fin a su tarea.

Apoderose luego la fatiga dellos, y advirtiéndolo en una esquina de la misma estancia alfombras y almohadones, dejaron descansar en ellos sus maltrechos huesos.

114 Luego de reponerse, dieron ambos en deambular por otras piezas del castillo: salones, aposentos, salas todas ricamente amuebladas y cubiertas de señoriales tapices, escudos y blasones.

Llegaron hasta la que pareciera biblioteca del castillo, tal era la cantidad de libros y pergaminos que en ella hallaron. De entre todos, vino a posarse la mirada del hidalgo en un pequeño tomo enmohecido que destacaba por añejo entre dos volúmenes mejor conservados.

No se demoró en abrirlo, hallando en su interior las páginas corroídas y amarillentas.

Sumiose el caballero en la lectura de aquellas líneas escritas, atisbando, como solía siempre, guerras, hazañas y pendenencias en el texto encerradas, para otorgarles vida en su desquiciada imaginación.

Allí decía luego de una princesa, de nombre Adalés, presa de por vida, según rezaba el escrito, en lo más alto de la más alta torre del castillo en que se hallaban, como pena y castigo a sus secretos amores con un príncipe sarraceno llamado Abdalah.

No tardó don Quijote en mandar a Sancho que sin tardanza lo acompañase a la torre que el libro describía, pues no dudaba que en su entraña hallarían rastro o razón de la desventurada doncella.

Siguiolo Sancho presto, tomando uno de los candelabros que por doquier alumbraban y llegados a lo más elevado de la torre toparon con un acceso tapiado que, al parecer, a más alto conducía.

Pareciple al escudero momento de recobrar el resuello y recostose un momento sobre el muro que a su diestra se encontraba y del que al instante se irguió sintiendo una feroz punzada en la nalga. Escarmentado por su torpeza, apreció, sobresaliendo en la estructura, un pedazo de metal oxidado, de algo más de una pulgada de ancho, con una extraña forma dentada.

115

Con las manos, a falta de herramienta, Sancho, comenzó a escarbar la argamasa que rodeaba al causante de sus males y no tardó en atraparlo, advirtiendo que de una llave añosa y oxidada se trataba.

Reparando don Quijote en los trabajos del escudero, mostró este a su señor lo hallado, añadiendo que bien pudiera ser que, tras la llave, topasen con la cerradura a la que correspondiera.

Iluminose el cerebro del hidalgo, que ya viese gigante encantador que custodiase la torre de secuestro de la dama, ocultando los medios para llegar a ella a ojos de mortales y como, por lo mismo que a su escudero, la fatiga del ascenso se hacía presente, dio en apoyar su brazo diestro en una oquedad que una gruesa tela cubría, desplazando un par de palmos lo tapado.

Un haz de luna iluminó la escena, y, alumbrando el punto que la tela había descubierto, hizo aparecer un brillo extraño en la superficie.

No dudó el caballero en desenvainar su espada, por si hubiera de atravesar con ella al mago encantador de rostro fulgente, mas viendo que el resplandor quieto se estaba dio en

rascar con el acero hasta limpiar un tanto lo que luego vino a tratarse de una antigua cerradura.

—Fortuna guía nuestros pasos, Sancho, amigo —exclamó el hidalgo—. Trae presto la llave, que pronto habremos de develar el misterio que aquí nos trajo.

Insertó don Quijote la llave en la cerradura, haciéndola girar en el sentido diestro. Quejose esta, hiriendo su queja los oídos de amo y escudero.

116

Empujando entrambos la puerta, con gran esfuerzo lograron entreabrir la un tanto, pues los goznes hallábanse asimismo oxidados y herrumbrosos.

Penetraron, temeroso el escudero, decidido y temerario don Quijote, en una estancia más estrecha que amplia, de altos techos abovedados y piso recubierto por una especie de verdín, que rezumaba humedad y abandono. Algunos muebles, en otro tiempo ricos y lujosos, se dejaban ver apenas bajo espesas telarañas. Dos estrechos ventanucos daban escasa luz a la escena.

Un suave aroma a sándalo y jazmín fue inundando entonces la estancia, embriagando los sentidos, mientras un eco susurrante parecía ascender del rincón más oscuro del aposento, en el que yacía un viejo sillón.

Temblaba ya Sancho, parapetado tras su amo que, espada en mano, avanzaba hacia el punto donde el sonido surgiera.

Apenas había avanzado tres pasos cuando una suerte de columna de humo gris azulado alzose desde el suelo, deteniéndose a la altura del rostro de nuestro hidalgo. Castañetearon con estrépito los dientes del escudero, abriéronse al extremo los ojos de don Quijote, quedaron por fin ambos clavados al suelo sobre el que pisaban cuando la etérea sustancia transformose en la figura de una mujer de sobrehumana belleza.

Tenía la aparición cabellos dorados como el sol, frente y cuello de alabastro, de azul profundo sus ojos y bien delineadas cejas. Lucía sobre su cuerpo esbelto y delicado una túnica de hilo de seda que hasta los pies caía, sin rozar el suelo, pues bien pareciera que flotara.

Tal fuese la galanura y la majestad de su porte que el hidalgo hincó ambas rodillas en el suelo, ignorando el crujir de sus huesos maltratados.

El susurro vino a materializarse en una voz nítida y frágil de una jovencísima doncella, asombrando aún más a nuestro caballero y deteniendo el entrechocar de los dientes de Sancho.

117

—Adalés es mi nombre —comenzó a hablar, tranquila y segura la dama—, hija del gran señor que otrora gobernara este castillo.

Mudos quedaron siervo y caballero, que no acertaban a separar su mirada de la hermosa.

Al cabo, algo repuesto el hidalgo, atreviose a preguntar a la doncella:

—Permitidme, señora, que no quisiera importunar su hermosísima presencia con insolente descaro. Antes bien, quiero, como vos, presentar a mi persona, por que sepáis a quién os habéis dirigido. Soy caballero andante y desfacedor de entuertos, de nombre Alonso, Quijano de apellido, más conocido por don Quijote de la Mancha, y este es mi escudero Sancho, rendidos ambos desde ahora para lo que ordenar gustéis. Pero decidme, señora, si la princesa Cardona ha muchos siglos vivió, ¿qué suerte de encantamiento conserva vuestra existencia en cuerpo y rostro con tal frescura?

—Espíritu soy, aunque mi rostro, mi cuerpo y aun mi voz os puedan llevar a engaño, mi buen caballero —respondió la

dama—, pero tened, si así lo deseáis, la paciencia necesaria de escuchar mi historia.

Guardaron silencio y, emocionados ambos, escucharon el relato de la doncella:

—Sabed, señores, que fui hija única y bienamada de mis nobles padres que, poseedores de gran fortuna y señoríos, en este castillo fijaron su morada. Fue mi infancia dichosa, pero a la edad de quince años vino a fraguarse mi desventura, pues vine a poner mis ojos en un príncipe morisco, de nombre Abdalah, que, huído de su reino y disfrazado de juglar, robome el corazón y la voluntad, una mañana de junio, entregándome con su amor un anillo que afirmaba haber pertenecido a su madre y al que tenía en grandísima estima.

118

Enterado mi padre, que para mí había concertado ya matrimonio con un duque al que yo ni si quiera conocía, vino a entrar en cólera, tratando al joven de grande bellaco y a mí de insulto a su linaje. Mandome encerrar en este lóbrego aposento, con apenas un pedazo de pan y una jarra de agua que diariamente él mismo me hacía llegar a través de este miserable ventanuco (y al decir esto señaló una abertura en una de las paredes). Fueron sucediéndose los días sin que las lágrimas de mi buena madre ni mis suspiros bastaran para ablandar su ánimo.

Supe que mi Abdalah fue desterrado de por vida y fui presa de la melancolía. Dejé de comer el pan, que apenas me sustentaba. Adelgacé a tal punto que, una noche, sentí deslizarse el anillo de mi dedo y rodar por el suelo de la estancia. Aguardé la luz del día para tratar de encontrarlo, mas no pude hacerlo por más que en ello me empeñara.

Pocos días después entregué mi alma, invadida por la pena de no tener conmigo la joya que había mitigado mis pesares.

Morí, pues, pero mi espíritu no quiso abandonar este aposento y en él vago sin hallar reposo ya dos largos siglos, intentando vanamente hallar el objeto que, recuperado, pudiera conducirme al eterno descanso.

Calló la dama en este punto, dejando escapar gruesas lágrimas de sus ojos, mientras posaba sobre la faz del caballero su mirada suplicante.

—Sabed, señora mía —exclamó entonces don Quijote—, que fuese yo cobarde caballero si no entregase mi honor y mis esfuerzos en la búsqueda de la joya que a vuestra alma tiene cautiva.

119

Sin dilación, púsose nuestro hidalgo a cuatro patas, indicando a su escudero que lo imitase, y entrambos comenzaron la tarea de registrar el cuarto.

Hallaron al fin una rendija entre pared y suelo, medio oculta tras un pesado arcón que hubieron de retirar con gran esfuerzo. Afirmó don Quijote sin tardanza que aquel había de ser el hueco por el que el anillo desapareciera y mandó a su escudero que trajese presto pica o clavo con que agrandar el orificio.

Salió Sancho y volvióse con una tenaza que usara para atizar el fuego las noches de invierno y que solía guardar en las alforjas del rucio.

Habiendo ensanchado un palmo la abertura, introdujo al fin don Quijote la mano por la misma, palpando en el interior.

Allá estuvo tentando nuestro buen hidalgo y, cuando ya desesperaba, el meñique de su mano derecha rozó una pequeña y fría superficie metálica.

Tomola don Quijote y, cual si de reliquia sagrada se tratase, postrándose de nuevo ante Adalés, ofreciósele como tributo a su hermosura.

Los labios de la joven dibujaron entonces una dulcísima sonrisa. Siguió a la misma un hondo suspiro, mientras su mano izquierda colocaba en la derecha el anillo a la que antaño perteneciera. Volvió luego a sonreír, en tanto su bello contorno desvanecía dejando tras sí una estela luminosa, perfumada de sándalo y jazmín.

Aspiraba Sancho el celestial aroma, y ese perfume..., ese olor a cuero rancio y polvo del camino..., y la voz tronante de su amo: «¡Sancho, Sancho!», hicieron al escudero abrir los ojos como si viese a un aparecido.

120

—¡Mi señor don Quijote!

—A fe que soy quien dices, Sancho, mas tú no pareces el mismo, que tienes la faz desencajada y mudada la color. Bien será que me llegue a las alforjas, por si en ellas quedase resto de unguento.

—¡Téngase vuestra merced! —dijo Sancho—, que no es daño sino sueño o «alcinancia» lo que me impidió dormir a pata suelta y no he menester yo de otro remedio, sino el fresco de la mañana que me avive la entendedera.

—Alucinación dirás, Sancho, y vamos presto que hora es llegada de demandar licencia al señor del castillo, a cuyas puertas, fatigados ambos sin duda, anoche quedamos dormidos.

Y, siguiendo a su amo, contentábase Sancho con estas razones: «Quién sabe si algún día me viese yo desfacedor de entuertos y libertador de doncellas. Bien pudiera ser que tal aconteciera, como diría mi señor».

Capítulo IX

De cuando don Quijote usó el
«Agua de la Concordia» para
acabar con el odio y la rabia en
la ciudad de Gerona

CEIP García Lorca
Gerona

Tutor literario
Alfredo Gómez Cerdá

Profesorado

José M.^a Boto Puigcerver
M.^a del Mar Fernández Segura
José Luis Higes Casalengua

Alumnado

Irene María Adraos Díaz
Cristina Carrasco García
Guillermo Carrasco García
María Beatriz Ciurea
Aroa Díaz Calvarro
Andrea María Dominiuk
Claudia González García
Hugo Fernández Pérez
Aroa Martín de la Fuente
Cristina Iliev Stefanova
Irene Medina García
Carla Pascual Piñero
Adrián Ponce Horcajada
Sofía Realpe Martínez
Ainhoa Rodríguez García
Julia Sánchez Ros
Lucía Zorrilla Coutado



Capítulo IX

De cuando don Quijote usó el «Agua de la Concordia» para acabar con el odio y la rabia en la ciudad de Gerona

Hallábanse don Quijote y Sancho Panza a bordo de una barcaza de pescadores frente a las costas catalanas, cerca del pueblo de Palamós. En la cubierta trajinaban hombres de la mar, rudos y malolientes, que llevaban casi un mes sin pisar tierra firme. Junto a las redes había restos de pescado esparcidos por el suelo y, tras una pequeña trampa, montones de paja, un par de cabras y algunas gallinas. Fue allí donde habían tenido que acomodarse Rocinante y el rucio. Una bandada de gaviotas los seguía de cerca.

El Caballero de la Mancha estaba convencido de que aquella barcaza era un gran galeón, con poderosos e imponentes cañones, y que los marineros eran nobles caballeros con sus sirvientes. Sancho se llevaba las manos a la cabeza sin entender cómo la gran imaginación de su señor —o la gran locura— le hacía pensar semejantes cosas.

Vio don Quijote por estribor otra barcaza de pescadores, que se alejaba de la costa. En un principio, la confundió con uno de los muchos barcos de piratas que surcaban esos mares; pero, finalmente, llegó a la conclusión de que se trataba de un navío de guerra turco.

—¡Un navío de turcos bárbaros e infieles! —exclamó blandiendo su espada—. Huyen antes de acometer la batalla, los

muy cobardes. Pueden, incluso, ser los mismos que tuvieron cautivo al manco de Lepanto, el célebre escritor, apresado hace años en estas mismas costas.

Las burlas y risas que los marineros dedicaban a don Quijote irritaban a Sancho, que siempre defendía lealmente a su amo, aunque no fuese capaz de ver las mismas cosas que el caballero andante. Así que, del disgusto, le entró hambre y sacó de sus alforjas un pedazo de queso rancio y un trozo de pan de hogaza. Iba a dar el primer bocado cuando apareció una gaviota, que le robó el pan con su afilado pico.

126

—¡Diantres! ¡Ahora sí debe de tratarse de un encantamiento! Pues, ¿no ha volado el pan que estaba en mi mano?

Don Quijote no vio nada de lo ocurrido porque estaba hablando con el patrón, Joan Malagelada, nativo de Palamós. Joan le hacía preguntas sobre sus hazañas y le seguía la corriente con algo de sorna. Ante los espantajos de su escudero, interrumpió su conversación para explicar al pobre Sancho que en ninguno de los libros de caballerías que conocía —que eran muchos— se decía nada sobre encantamientos en las costas catalanas.

—No seas corto de entendederas, amigo Sancho —le dijo—. A veces la magia es solo nuestra forma de hacer las cosas. Eres un glotón y seguro que has engullido el pan sin darte cuenta.

Iba a protestar Sancho cuando el patrón anunció que ya divisaba el puerto. En ese momento, por pura curiosidad, les preguntó por el motivo de su visita a la comarca del Bajo Ampurdán. El Caballero de la Mancha le respondió casi en un susurro, para que nadie más le oyera:

—Como bien sabe vuestra merced venimos de Barcelona y nos dirigimos a Gerona. Vamos en busca de un pozo, del que nos han dicho que brotan aguas milagrosas que sanan al

moribundo, sin tener en cuenta si su mal fue causado por enfermedad o por herida en la batalla. A mi escudero y a mí nos sería muy útil en futuras aventuras de caballería.

—¿De qué se ríe? —intervino Sancho ante las sonoras carcajadas del patrón—. Mi señor no ha dicho más que la verdad. Se lo escuchamos relatar a un grupo de valientes soldados de la Real Armada, en Barcelona.

El patrón, sonriendo con sorna, continuó dando órdenes a su tripulación para que descargase el pescado de las bodegas.

Sea como fuere, se vieron desembarcando en el pequeño puerto pesquero de Palamós. Nuestro caballero andante, vestido con todos sus enseres y sujetando a Rocinante por las bridas, miraba con gallardía siempre al frente.

—¿Estás viendo, Sancho amigo, el gran recibimiento que nos han preparado? Seguro es que ya han oído hablar de mis famosas hazañas —dijo don Quijote—. Distingo incluso algún duque, bellas damas y doncellas en carruajes adornados con telas bordadas en oro y plata.

—Pero..., pero ¿no ve usted, mi amo, que son mujeres remendando redes de pescar? Yo no veo carruajes, sino viejas carretas de madera —decía Sancho frotándose los ojos.

Pasaron la noche allí y antes del amanecer salieron en compañía de un numeroso grupo de mujeres de pescadores y zagales que iban al mercado de Gerona a vender género. Don Quijote montaba orgulloso a lomos de Rocinante, con la satisfacción de ser el caballero elegido para acompañar y proteger a tan bellas damas hasta la ciudad. Y Sancho se movía cómodamente entre esas gentes, más parecidas a las de su clase de lo que su señor quería ver, charlando con ellas de esto y de aquello.

Cuando entraron en Gerona, y al llegar a la Plaza del León, las mujeres empezaron a montar los puestos. Don Quijote se

despidió con grandes reverencias y alabanzas a su hermosura. Ellas se remangaron las faldas, le enseñaron las calzas remendadas que llevaban y se rieron de las ocurrencias del hidalgo manchego.

—¡Señoras, muestren respeto a mi señor y no sean desvergonzadas! —decía Sancho.

—No se enoje, amigo Panza. Recuerde siempre que, quien no tiene vergüenza, ventaja lleva.

128 —Sí, señoras, sí. Y la vergüenza, una vez perdida, se perdió para toda la vida —mascullaba el escudero.

—*Adeusiau*, pareja, *adeusiau* —decían las mozas y señoras agitando las manos.

A lomos de Rocinante y el rucio, se dirigieron hacia el puente de piedra, por el que se atraviesa el Oñar. Desde allí se veía una hilera interminable de casas que daban directamente al río. Al otro lado, estaba la Rambla, donde había gran actividad comercial. A indicaciones de don Quijote, preguntó Sancho al tendero de un puesto de flores cómo llegar al pozo.

—Es un lugar muy peligroso ese que buscáis. Está en el Call Jueu, donde viven los judíos conversos. Dile a tu señor que esos marranos pueden tener el agua envenenada. —Así le respondió el tendero, mientras le señalaba la parte alta de la ciudad.

Y pasó la mañana y pasó la tarde también. Sancho iba refunfuñando, pues llevaban horas dando vueltas, desorientados por aquellas callejuelas estrechas.

—Mi amo, ¡nos hemos perdido! Tengo hambre, sueño y del cansancio no siento las piernas. Y creo que el rucio piensa lo mismo. Hemos pasado por la iglesia de San Félix cinco veces por lo menos. Y para colmo no se ve un alma por estas calles.

Ante las quejas de Sancho, y puesto que se les echó la noche encima, decidió don Quijote buscar cobijo. Fue entonces que,

llegando a una plaza, vieron un candil encendido junto a una puerta. Y en la pared de piedra un cartel que el amo leyó a su escudero: «La Posada de la Lleona».

—Deja de quejarte, amigo Sancho, pues ya tenemos posada —dijole don Quijote.

—Mi señor, está muy oscuro ese sitio —respondióle Sancho en un murmullo.

Llamaron a la puerta y se asomó una mujer de carnes generosas y rostro rechoncho, que debía de ser la posadera, y dirigiéndose al que parecía mandar en esa pintoresca pareja, le dijo que si buscaban un lugar donde pasar la noche lo acababan de encontrar.

129

Cuando Sancho se acercaba al establo para dejar a Rocinante y al rucio, vio alzarse en mitad de la oscuridad, una figura altísima que quería saltar sobre él. Corrió aterrado hacia su señor, que aún andaba conversando con la posadera las condiciones de su estancia. Entonces reparó don Quijote en la misteriosa figura.

—¡Atrás, diabólico ser! Si osáis mover un pie o una pata os atravesaré con mi espada —gritó poniéndose en guardia y mostrando gran valentía al proteger con su cuerpo a su escudero.

Y así, a trompicones, lanzando amenazas el uno y temblando de miedo el otro, entraron en la posada. La posadera, llamada Montse la de la Lleona, enseguida se dio cuenta de la falta de cordura de aquel par. Tendría que andarse con ojo para que no se marchasen sin pagar.

Allí pasaron la noche y repusieron fuerzas. A la mañana siguiente desayunaron *pà amb tomàquet*, fuet, butifarra y otros embutidos de la tierra. Así se olvidó Sancho del susto con el que durmió. Algún bocado probó don Quijote, aunque ensismado en sus planes caballerescos.

Estaba preparando Sancho a los animales cuando reparó en una columna de piedra en la que se encaramaba una especie de leona también de piedra. Fue tan grande la alegría que sintió al ver que no había animales del diablo ni brujería, como había pensado durante la noche, que se subió a una carreta que estaba situada a los pies de la estatua y le besó las posaderas. Y quiso la suerte que al bajar, se encontrara una moneda de plata. Lo celebró con tal algarabía que las gentes que allí estaban lo imitaron, por ver si encontraban también monedas y mejoraba su ventura.

130

Y desde entonces, todos los paisanos de la ciudad y también los forasteros le besan el culo a la leona en busca de buena suerte. Y así viene ocurriendo desde hace siglos.

Mientras todo eso sucedía, don Quijote se despidió con delicadeza de la señora de la casa, que le daba indicaciones:

—Debe buscar el *carrer* de la Força. No queda lejos. —Y le señalaba con el dedo en una dirección.

Don Quijote y Sancho se adentraron en un barrio de callejuelas muy estrechas y oscuras, con casas cerradas, con rejas en las bocacalles y con gentes que no querían responderles.

—Buenos días, gentil señor. Buenos días, hermosa dama..., ¿sabrían decirnos dónde se halla la casa del pozo milagroso? —preguntaba con educación nuestro caballero.

Pero aquellos con los que se cruzaban huían atemorizados ante los forasteros. Entrada la tarde, se les acercó una criatura de tez pálida, con ropas humildes pero limpias y un pañuelo en el pelo. A don Quijote le pareció un ángel llegado del cielo.

—Mozuela garbosa —le dijo el hidalgo—, ¿sabrías decirnos algo sobre un pozo y un agua milagrosa que andamos buscando?

—Lo conozco, señores —respondió la niña amablemente—. Estáis buscando la casa de Isaac El Ciego. Allí vive uno de sus

descendientes, llamado también Isaac. Estáis muy cerca. En la siguiente calle a la derecha encontraréis el callejón más estrecho de Gerona. Habréis llegado.

Entonces la muchacha, que se presentó como Narcisa, hija de Pere, les contó que estaban en el antiguo barrio judío, donde vivían los cristianos conversos, y que era conocida en toda la comarca la leyenda que cuenta que el agua de uno de los pozos tiene propiedades para la curación, y que se fraguó en el año 1386, cuando enfermó de rabia un perro del infante don Juan, duque de Gerona y conde de Cervera, príncipe heredero de la Corona de Aragón. Uno de sus sirvientes lo llevó a beber del agua de Isaac, rabino judío, y el animal se curó milagrosamente.

131

Se encontraron pronto en ese pequeño callejón don Quijote y Sancho. Y llamaron a la puerta. Por la mirilla se escuchó decir:

—¿Qué se les ofrece?

—Buenas tardes os dé Dios —habló Sancho—. Sin duda tendréis noticia de las andanzas de mi señor, don Quijote de la Mancha, caballero que siempre ayuda a los desfavorecidos y desventurados. Buscamos la casa de Isaac El Ciego.

Se mantenía don Quijote a la espera de una respuesta cuando el portón se abrió. Amo y señor entraron a un patio pequeño y oscuro con un pozo pegado a una pared cubierta de madreselva. Un hombre delgado y alto los observaba con curiosidad. Sin duda Isaac, descendiente de judíos conversos, no encontró peligro alguno en la triste figura del hombre maduro que se hacía llamar caballero y al que servía un labrador gordo y bonachón.

Expuso don Quijote sus pretensiones e Isaac lo escuchó respetuosamente. Cuando hubo terminado el hidalgo de hablar, quizá movido por la ternura que le inspiraba aquel mancheño flaco y desgarbado, accedió a darle el agua del pozo que le

pedía. Además les ofreció una bota de vino, alimentos y un lugar en el que descansar.

132

Don Quijote era hombre leído y conocía la situación de los conversos desde que fueron obligados a profesar el cristianismo o a abandonar sus hogares y su país, hacía un siglo. Pero nunca se había encontrado charlando con uno de sus descendientes. Isaac le contó las calamidades que la gente de su barrio pasaba. Le habló de cómo los cristianos viejos desconfiaban de ellos, los acusaban de todo tipo de desgracias, tales como la peste, las plagas o las sequías. Relató el miedo con el que vivían, pues apedreaban sus ventanas por la noche y debían encerrarse en sus casas.

—Han pasado ya muchos años —intervino pensativo don Quijote—, y esos odios y rencores deberían estar enterrados.

—Cierto es lo que decís —dijo Isaac—. Mis antepasados fueron de las primeras familias judías en llegar a estas tierras en el año 898. Pero la convivencia se ha ido haciendo muy difícil. Somos gente laboriosa, con oficios necesarios para la prosperidad y amamos esta ciudad.

—¡Ay, madre mía! —decía Sancho por lo bajito—. Conozco yo esa cara de mi amo y ya lo veo venir. Que lo que iba a ser recoger un pellejo de agua y seguir nuestro viaje se va a convertir en una de las desastrosas desventuras de las que siempre salimos malparados.

Llovió esa noche en Gerona. Sus calles y edificios de piedra brillaban a la luz del sol. El caballero de la triste figura semejaba una aparición a los pies de los noventa escalones de la catedral. El edificio se alzaba cerca del mismo barrio que años atrás fue judío.

—Pero, mi señor, ¿qué hacéis? ¡Bajad de Rocinante y subid esos escalones a pie o acabaréis rodando! Buen corazón que-

branta buena ventura... —trataba de convencer Sancho a su señor.

—Tendré cuidado. No temas, amigo Sancho, y confía en mí. La razón y las fuerzas del bien me acompañan. He de verter este pellejo de agua en la pila de agua bendita. Esta noche he tenido una revelación: el milagro del agua no es sanar, sino acabar con el odio y la rabia entre las personas.

Sancho no discutió más con don Quijote y lo siguió de cerca. Temía que de un momento a otro rodaran escaleras abajo amo y caballo. Jadeaba y le parecían eternos los escalones que llevaban a la catedral. Entonces resbaló Rocinante y cayó patas arriba. Don Quijote dio con sus huesos en el suelo. Sancho le ayudó a recomponerse y a volver a montar.

—Calma, que estoy bien —decía don Quijote cegado por la necesidad que tenía de hacer justicia.

—Pero, mi señor, ¡le sangra la cabeza!

—Observa bien, Sancho. Alguna fuerza maligna está alzando la catedral hacia el cielo. Diría que son mil los escalones que subimos y que aún se multiplican sin cesar —gritaba don Quijote.

El Caballero de la Mancha no dudó en continuar con su hazaña a pesar de la brujería, y volvió a montar a Rocinante, subiendo con mucha dificultad los escalones de la catedral de Gerona. Las puertas de la fachada principal estaban abiertas y al trote se coló en el mismísimo recinto santo.

Monjas, frailes, curas y feligreses, espantados, comenzaron a dar saltos y a correr. Algunos de ellos, los más jóvenes, lo hicieron detrás de don Quijote, que proclamaba así:

—«El Agua de la Concordia» ha de ser depositada en lugar santo y yo he de cumplir tal cometido. Nada podrá impedirlo, pues la fortuna ha querido encargarme tal hazaña. Nadie

odiará a nadie en esta comarca —seguía proclamando don Quijote, pisoteando a lomos de Rocinante las lápidas de obispos relevantes.

Sancho trataba de escapar por donde podía. Toda la gente que se hallaba en el recinto sacro los perseguía. Don Quijote alcanzó al fin la pila de agua bendita y vertió el agua que Isaac le había dado. Nada más hacerlo, le dieron alcance y le sacaron a golpes y empujones de allí. Pero aún se le escuchaba decir:

134 —¡Todo cristiano que se santigüe quedará libre de odio! ¡Mi honorable cometido en Gerona ha sido revelado y cumplido!

Al pobre Sancho le dieron también lo suyo, pues lo pillaron las monjas escabulléndose por el claustro. A escobazos y empujones lo sacaron del lugar.

Unas horas después, don Quijote y Sancho se encontraba en las afueras de la ciudad. El escudero molido a palos y con un ojo morado. El hidalgo iba con un brazo en cabestrillo y varias costillas rotas. Sin embargo, no es fácil describir la satisfacción que sentía el manchego. Así, maltrecho y apaleado, montado de nuevo en el pobre Rocinante, se giró a decirle a su fiel escudero:

—Ha querido la providencia que nuestra misión fuese usar el agua y no poseerla. Ya está el problema resuelto. Pues «cambiar el mundo, amigo Sancho, no es locura ni utopía, sino justicia».

Capítulo X

Que trata de cómo don Quijote
y Sancho deciden pasar la
noche en el castillo de Loarre
y acaban ayudando a una
doncella enamorada

CEIP Luis Vives
Huesca

Tutora literaria
Clara Cortés

Profesorado

M.^a del Carmen Gumiel Sánchez

Pardo

Dolores López Bautista

Amador Santiago Gómez

Alumnado

Álvaro Agustín Sevilla

Paula Alcalá Palacios

Luis Álvarez Sánchez

Roberto Carbonell Gargallo

Lucía Carrasco García

Aroa Delgado Ruiz

Daniel Díaz Martín

Marcos de la Fuente Fuertes

Diego Fernández Núñez

Leire Fernández Tejerina

Alexandru Beniamin Furdiu

Rodrigo García García

Diego Gómez García

Miguel Gómez Muelas

Lidia Gómez Rodríguez

Irene González Gómez

Ana Hernán Garza

Samuel Hernández Fernández

Alejandra Herrero Romero

Nicoleta Daniela Iscu

Geneva Martínez García

Rebeca Martínez Miguel

Daniel Mateo Hergueta

Mariana Medina Álvarez

Antonio José Muñoz Molina

Alberto Orih Martínez

Jorge Pacheco Sotelo

Raúl Iulian Palasanu

María Alexandra Paraschiv

Maika Pereira Miguel

Álvaro Pizarro Luengo

Mario Pizarro Luengo

Sergio Plaza López

Ricardo Ponce Araque

Sofía Prada Zambrano

Sara Ramírez Roldán

Natalia Raya Márquez

Carlos Arturo Roa Berrio

Lucas Rodríguez Martínez

Raquel Roperó Colas

Marcos Sánchez Soria

Carla Sánchez Soria

Francisco Santos Viñas

Iván Torres Triperero

Claudia Serrano Iriepa

Ainara Suárez Sancho

Cheick-Oumar Tounkara

Nicolás Vázquez Montalvo

Silvana Vedia Galiano

Daniel Vozmediano Garrido



Capítulo X

Que trata de cómo don Quijote y Sancho deciden pasar la noche en el castillo de Loarre y acaban ayudando a una doncella enamorada

Don Quijote de la Mancha iba con su fiel escudero por un tranquilo bosque. Estaba anocheciendo, por lo que decidieron buscar cobijo donde resguardarse antes de que la luz del sol hubiera desaparecido por completo.

139

En medio del camino hallaron un castillo. Al no encontrar mejor sitio, resolvieron adentrarse en aquellas murallas de piedra; una vez dentro, Sancho Panza se arrepintió de la decisión que habían tomado y animó a su amo a marcharse de allí.

—¿Vuestra merced no tiene miedo de quedarse en este solitario término? Mire que hace frío y esta fortaleza me da muy mala espina.

Y nada más terminar estas palabras nuestro amigo, sonó un trueno tan estentóreo que hasta Rocinante parecía decidido a largarse de aquel lugar.

—No, mi noble escudero; hemos luchado contra gigantes y leones, hemos vencido al terrible Fierabrás y hemos combatido contra los ejércitos de Alifanfarón y Pentapolín, ¿cómo habría de darte recelo una fortificación tan inofensiva?

—Mire usted que esta noche hay luna llena y aprovechan los malandrines para cometer fechorías. Si aquí vinieran, no veo manera de defendernos de ellos.

—Ánimo, Sancho, que no habrá taimado que ose hacernos ningún mal.

140

Sancho no tuvo más remedio que obedecer a su amo y entrar en aquel tenebroso castillo. Al abrir la puerta, descubrieron una empinada escalera que parecía llegar hasta el mismísimo cielo. Descendieron de su cabalgadura y acercaron a Rocinante y al rucio para hacerlos ascender por los peldaños de en medio, que eran tan altos y erguidos que los dos animales rehuían subir por allí. Tanta resistencia opusieron que hasta el mismo Quijote y su ayudante hubieron de empujarlos desde las nalgas, en lo que empleaban tanto ahínco que, a pesar de que se resistían a trepar por esas piedras rectangulares, terminaron llegando a la cima, llenos de sudor y fatiga. Una vez arriba no sabían a qué dirección dirigirse, pues se prolongaban otros peldaños a izquierda y derecha.

Finalmente, encontraron una caballeriza donde pasarían la noche las bestias. Don Quijote, agotado por el viaje y el esfuerzo de la subida, se fue a dormir a una sala próxima; pero Sancho no podía cerrar el ojo sin antes saciar su estómago, por lo que decidió volver a las cuadras para coger las escasas viandas que se escondían en las alforjas de su amo.

De repente, Sancho vio una sombra insólita reflejada en la pared y escuchó unos ruidos extraños parecidos a un llanto, motivo por el cual se asomó al habitáculo de donde procedían los gemidos, pero no vio nada.

Al tiempo, los animales empezaron a relinchar. Sancho, asustado, volvió a la morada donde descansaba su amo, con el propósito de despertarle, y a continuación dijo:

—Mi amo, vayámonos deste castillo. He sentido como si alguien más estuviera aquí.

Don Quijote, sobresaltado, le contestó:

—¿Cómo dices? Este castillo está abandonado; no hay nadie que pueda perturbar nuestros sueños.

A lo que Sancho alegó que, de la misma manera que ellos se habían adentrado en ese lugar, pudieran haber accedido los maleantes.

Don Quijote, turbado, le quiso abrir los ojos a su fiel escudero y le acompañó para comprobar que no había nadie; pero, de camino al punto de donde procedían los supuestos gemidos, nuestro caballero también notó algo extraño, que, observando más detenidamente, comprobó que se trataba de un murciélago intentando escapar de un rojo vellorí donde se había quedado asido.

141

Al reconocer tal hecho, y después de ayudar a huir al susodicho bicho, nuestros amigos, tan cansados, volvieron a la sala que habían elegido para pasar la noche; pero a Sancho, nuevamente, le resultaba complejo conciliar el sueño, por lo que decidió ir a investigar más a fondo para ver si podía proteger a su amo.

Mientras caminaba, con una estaca en la mano y mucho miedo en el cuerpo, poco a poco fue escuchando cada vez más y más fuertes los ruidos que ya antes había sentido; llegó así a una pequeña morada donde se encontraban un montón de pliegos, en alguno de los cuales quedaba escrito el nombre doña Violante de Luna, y, entonces, le vinieron a la cabeza las palabras que en más de una ocasión le había dicho su señor: «Recuerda, Sancho, no sabes tú que no es valentía la temeridad», resolviendo, por esto, ir en busca de su amo; pero, de repente, encontró unas señales que indicaban hacia una pared, y resultó que esta era un pasadizo secreto que conducía hasta otra sala, a la que entró estremecido. La puerta cerró de golpe; de nuevo allí, oyó un estrepitoso ruido que procedía en esta

ocasión del exterior, y Sancho decidió salir presto de aquel lugar, pero, al abrir la cancela, el extraño ser se coló en la habitación y, nada más este hecho ocurrir, nuestro amigo, rápidamente, se escondió dentro de un bargueño que había próximo. Mirando por la cerradura de este, descubrió a una criatura que se asemejaba a una figura de mujer que se desplazaba sin tocar suelo alguno. La dama iba cubierta de ropajes blancos que recordaban un vestido de novia rasgado; adornaba su semblante un velo con flores completamente marchitas y la faz de su rostro mostraba el rastro de amargas lágrimas.

Sancho, fijándose en sus movimientos, contempló que su cuerpo permitía ver a través de él. Apenado y asustado por igual, le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por ella, por lo que, con todas sus fuerzas y el mazo que aún asía, salió del bargueño y le preguntó:

—¿Qué extraño ser sois vos?

A lo que la figura blanca respondió:

—Yo soy Violante de Luna. Intento encontrar mi cuerpo, por eso cada noche de luna llena salgo en su búsqueda.

La mujer le habló de su historia y Sancho escuchó atento. Atraído por los fuertes ruidos que había percibido en la morada, don Quijote fue a divisar lo que allí ocurría, y un poco despistado y adormilado, vino a llegar al mismo sitio donde se encontraba Sancho. Al vislumbrar a la criatura pestañeó dos veces para asegurarse de que lo que estaba viendo era real, en creyendo que se hallaba delante de la mismísima Dulcinea.

Nuestro caballero andante dijo:

—Dulcinea mía, yo estaba esperando este momento, el día de nuestra boda.

Tras lo ocurrido, doña Violante de Luna huyó asustada y, para entonces, nuestro caballero se dio cuenta de que no se

trataba de su amada, sino de una doncella desconocida. Sancho, notando a su amo tan desconcertado, le explicó todo lo que él había visto y oído, y don Quijote quiso saber de ello.

—Mire, señor mío, se trata de un espectro que quiere encontrar su cuerpo para dejar de sufrir. Su nombre es doña Violante de Luna. También me contó que desea estar con su amado, su primo Antón de Luna, y es requisito para ello unir cuerpo y alma en un solo ser.

—No habrá desdichado en la tierra que, a sabiendas yo de su desventura, no reciba mi favor. Y, aunque queda dicho que casamientos de parientes tienen mil inconvenientes, haremos de ayudarla a hallar lo que desea.

—Pues que así sea.

Después de que nuestros dos aventureros hubieran tomado tal acuerdo, emprendieron su búsqueda. Don Quijote propuso a su escudero repartirse la tarea, pero Sancho, con más miedo que apetencia, aunque no hubo ingerido alimento alguno todavía, decidió recordarle a su amo una sentencia que alguna vez le había oído decir:

—Mire, amo, que el trabajo en equipo divide los esfuerzos y multiplica los resultados.

—Mi escudero, en cada rincón del castillo puede aparecer lo que buscamos; es mejor que nos separemos.

Cuando Sancho se dio la vuelta, y mientras le argumentaba por qué tenían que marchar juntos, don Quijote huyó presto y su amigo, al girar en su busca, observó que su amo había desaparecido. Sancho no tuvo más remedio que emprender la tarea él solo, y con mucha osadía decidió pasar a una sala muy oscura y tenebrosa.

Don Quijote, mientras tanto, había resuelto continuar su rastreo a lo largo de estrechos y fríos callejones. Andando,

andando, hubo de encontrar una estancia que reconoció como la cripta de Santa Quiteria. Se adentró en ella, pero no halló nada, por lo que decidió volver al encuentro de su escudero. Como quiera que las baldosas eran viejas y descolocadas, tropezó con una dellas, torciéndosele el morrión que se había puesto para protegerse de los maleantes, si estuviera en su destino descubrirlos.

144

Tan grande fue el desequilibrio, y tan fuerte resultó la caída que le siguió, que empezaron a dolerle todos los huesos. Entonces, sin darse cuenta, en el intento de erguirse de nuevo, cayó en una pequeña trampilla que había en el suelo; de repente se encontraba en una sala que se asemejaba a una celda. Don Quijote se extrañó de ver aquel insólito aposento, pero se dio cuenta de que al final de la habitación había una escalera, desde la que ascendió, llegando hasta un aljibe.

Don Quijote oyó unos ruidos muy escalofrantes que salían de susodicho pozo y asomose a él. Aterrorizado, retrocedió bruscamente, chocando contra Sancho, lo que le propició un susto descomunal.

El fiel escudero exclamó:

—¡Ay, mi amo! ¡Cuántas ganas tenía de verle! Estaba aterrado.

—Sancho, si caminas solo alcanzarás pronto el destino, pero, si te propones llegar lejos, conviene que no lo hagas en soledad. Será mejor que continuemos juntos nuestra ventura.

Los dos se acercaron osadamente al pozo para comprobar qué era aquello que emitía tan estridente ruido. De repente, una rana verde y gorda pegó un brinco desde el agua, que resultó tan grande que nuestros amigos chocaron y cayeron al suelo.

Desde esa posición observaron que la rana llevaba en su lomo un trozo de tela blanca. Nuestros dos amigos se levantaron

y se asomaron para conocer el origen de tal hallazgo. Sus ojos se abrieron como platos al descubrir una figura blanca en el fondo, debajo del agua; al poco, quedaron boquiabiertos porque creyeron estar delante de lo que andaban investigando. Finalmente, Sancho decidió poner en su boca la sospecha que rondaba por sus cabezas.

—Mi amo, es el cuerpo que andábamos buscando para ofrecérselo a doña Violante de Luna, con el objeto de que pueda descansar en paz.

—Vayamos al encuentro del extraño ser para que ambos se unan para siempre.

Al girar, nuestros personajes vislumbraron el reflejo del espectro, que se encontraba asomado al balcón, y gritaron fuertemente.

—Doña Violante, hemos hallado vuestro cuerpo. Por fin podréis descansar y volver con vuestro amado.

El semblante del extraño ser pareció iluminarse con el brillo de la luna llena, que, aunque iba despuntando ya el sol tímidamente, aún permanecía tan blanca y grande cual perla de cristal. Descendió a la altura de donde encontrábanse don Quijote y Sancho y, en un breve espacio de tiempo, ambos dos, cuerpo y alma, se fusionaron en uno solo y desapareció.

Sancho quedó boquiabierto y su amo así le platicó:

—Amigo Sancho, ya te he dicho en reiteradas ocasiones que como no estás experimentado en las cosas del mundo, todo lo que tiene algo de dificultad te parece imposible, pero he aquí que hemos conseguido hacer la buena obra del día.

—Tiene razón vuestra merced, que aunque haya sido durante la noche, nos ha amanecido bien obrando.

—Así es, y hemos de emprender de nuevo nuestra marcha, que nos esperan cinco largas temporadas hasta llegar a Oviedo.

—¿Y no habremos de parar un poco a saciar el hambre y la sed?

—Recuerda, Sancho, que es bueno comer poco y cenar menos, y que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

A lo que Sancho, lleno de hambruna y desfallecimiento, no tuvo más remedio que acceder.

Recogidos el rocín y el asno, emprendieron de nuevo su ruta con el ánimo y la esperanza de encontrar descanso y des-
pensa en su siguiente parada.

Capítulo XI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en los alrededores de la ciudad de Oviedo y de cómo vivieron la aventura de la princesa encarcelada

CC Gredos
Oviedo

Tutor literario
Alfredo Gómez Cerdá

Profesorado

Laura Calzón Bardera
María Corraliza Gámez
Mercedes Domínguez Núñez
Jesús Juanas Naharro
Inmaculada Sancho Bravo

Jaime de Lucas Yuste
Fabio del Saz Ortigado
María Delicado Escudero
Sergio Díaz Gil
Samuel Diestro Belinchón
Álvaro Elvira Porras
Jorge Fernández Fernández
María Fernández Rodríguez
Jorge García Gutiérrez
Javier García López
Paula García Rodríguez
Enma García Yela
Carla Garrido Arroyo
Aarón Gil Santos
Daniel Gómez Toledano Martínez
Carmen González Esparcia
Lidia González Fernández
José Antonio González Pliego
David González Sánchez
Alicia Guardeno Gómez
Alejandra Gutiérrez Guerrero
Rubén Gutiérrez Rodríguez
Jorge Guzmán Moreno
Irene Hernández Altet
Alba Hernández Olmedo
Mario Ibáñez García
Anna-Alexandra Inglis Reguero
Mario Íñiguez Morales
Pablo Jack Gallego
Laura Jaro Carrasco
Gonzalo Jiménez Martín
Jorge Juanas Calleja
Daniel Linares Martín
Alfonso López Fernández
Jimena López Pascual
Darío Luna Nuño

Alumnado

Gabriel Agudo Faustino
Manuel Alcaide Ferrer
Leonor Aldea Lara
Paula Alonso Villar
Hugo Asenjo Lajusticia
Pablo Asuar Colás
Sergio Baeza Raposo
Diego Ballesteros Blázquez
Guillermo Barchino Jiménez
Máximo Belmontes Rosado
Lucía Bolívar Salas
Álvaro Bravo Ballesteros
Verónica Cáceres Marras
Alba Carrasco Álvarez
Luis Miguel Casanova Téllez
Jimena Casas Aranda
Nuria Castro la Orden
Marcos Castro Rubio
Mario Ceballos García
Alberto Cerezo Jiménez
Antonio de Juan Chistol
Mario de la Fuente García
Héctor de la Torre Olmedilla
Marta de la Vega Guizy

Sofía Mancha Alonso
Javier Martín Arriola
Laura Martínez Guerra
Jorge Martínez López
África Martínez Pérez
María Medina Valle
Gabriela Molina García
Judith Montesinos González
Marta Morales Comendador
Yoel Morata Martínez
Natalia Moratilla Ramírez de
Verger
Jorge Moreno Llorente
Diana Moreno López
Eva Moreno López
Raquel Moreno Villena
Lucas Morera Gutiérrez
Rocío Muñoz del Olmo
Victoria Muñoz Martínez
Nuria Nadador Moncayo
Adrián Navarro Alonso
Aitor Núñez Guerra
Celia Octavio García Altares
Sae Yeon Oh
Gabriela Ortega Díez
Alba Paños Rosado
Hugo Papiol Vila
Ignacio Pareja Collantes
Rodrigo Pariente Alcón
Ariadna Pascual León
Álvaro Pérez Holguín
Sergio Pérez Marín
Lucía Prieto Carpio
Marta Ramos González
Adrián Ranera Platero
Irene Ratia López-Para

Rodrigo Recio de Blas
Daniel Rivera Tova
Diego Robleño Vicente
Alfonso Rodríguez García
Raúl Rodríguez Villalvilla
Alejandro Rodríguez Villaraco
Rodrigo Ruiz López
Celia Sánchez Fernández
Alejandro Sánchez Guelbenzu
Hugo Sánchez Guelbenzu
Carlos Sánchez Martínez
Alicia Sánchez Rubio
Sofía Seco Ciazynski
Sara Melisa Soto Núñez
Matías Tejela Manzano
Héctor Thomas Pérez
Iris Tissandier Orero
Carla Toledo Pérez
Pablo Torija Ruiz
Adriana Torres González
Corina Torres López
Javier Vázquez Macedo
Santiago Vergas Castro
Aitana Vilariño Humada
Marco Antonio Vivas Fraile



Capítulo XI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en los alrededores de la ciudad de Oviedo y de cómo vivieron la aventura de la princesa encarcelada

Don Quijote y su fiel escudero Sancho se dispusieron a emprender camino a la ciudad de Oviedo, en Asturias, en busca de una princesa que estaba encerrada en un castillo, según les habían contado unos mercaderes leoneses.

A mitad de camino, vieron unas cáscaras de huevo de gran tamaño.

—¡Monstruos antediluvianos sueltos! —exclamó don Quijote al examinarlas—. ¡Podrían atacar a la princesa, que no puede ser otra que mi amada Dulcinea!

—Señor, creo que es el hambre la que nos hace ver gigantes esas cáscaras de huevo de gallina —respondió Sancho.

—Te digo, Sancho, que son cáscaras especiales. No son cáscaras cualesquiera.

Don Quijote cogió su gran espada y cruzó el bosque hasta llegar a un camino. Por la noche vieron una venta y decidieron quedarse allí a dormir. Durante la cena, don Quijote vio cera de una vela roja por el suelo y pensó que era sangre de la princesa, su amada Dulcinea, que habría pasado por allí.

—¡Ha secuestrado a la princesa! —echó la culpa al ventero—. ¡La tiene raptada aquí! ¡Devuélvame la, malandrín!

—¿Qué princesa? —El ventero estaba desconcertado.

—La que tiene encerrada en esta venta.

—Compruebe vuestra merced si está o no esa princesa aquí.

—Ahora mismo. —Y don Quijote registró sin éxito el interior de la venta.

—Acaba de comprobar que la princesa no está, lo ha visto con sus propios ojos. —El ventero se encogió de hombros.

—Perdone mi desconfianza, pero soy un caballero y debo velar por las damas indefensas...

—Vayámonos de aquí, señor —intervino Sancho—. No me gusta este lugar.

152

Don Quijote y Sancho siguieron su camino. Al día siguiente llegaron al monasterio de Santa María del Naranco, donde buscaron un sitio para dormir durante cinco días.

Pero no encontraron sitio y tuvieron que dormir al raso, al cobijo de los árboles. Al lado tenían una casa donde había gente cenando un delicioso manjar, cuyo aroma les llegaba.

Muy cautelosos se acercaron, ya que no sabían con qué se podían encontrar. Don Quijote, muerto de hambre, les preguntó:

—¿Podrían darnos vuestras mercedes un poco de su deliciosa comida?

—Estamos tirados en el bosque sin comida ni cobijo —apostilló Sancho.

Les respondió un hombre llamado Rufino:

—Os daré un poco de mi comida y os encontraré cobijo, pero prohibido decírselo al amo.

—¿Quién es el amo?

—El amo es el rey de este terruño, que tiene encerrada a la princesa cerca de San Miguel de Lillo, porque ella se quiere casar con Rodrigo, que es mi hermano.

—Sancho, iremos a San Miguel de Lillo a salvar a nuestra princesa Dulcinea —dijo don Quijote al oír aquella historia.

—Eso haremos, mi señor —afirmó Sancho.

Pasaron la noche en el lugar que Rufino les había indicado y a la mañana siguiente emprendieron de nuevo camino.

Por el camino, el burro de Sancho tropezó y el escudero se estampó contra un árbol.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó don Quijote.

—Sí, estoy bien. El rucio se tropezó porque vio una cucaracha y yo salí volando y fui a dar de bruces contra este árbol.

—Prosigamos camino entonces, amigo Sancho.

—Pero tendremos que descansar un rato, porque el rucio se encuentra un poco mareado del golpetazo.

—Nos detendremos unos minutos y seguiremos el camino una vez hayamos descansado.

Continuaron la marcha y, en llegando a San Miguel de Lillo, Quijote y Sancho se durmieron sobre el caballo y el burro. Los animales los llevaron un buen trecho y, cuando se despertaron, se encontraron delante de la fachada principal de un castillo que se encontraba en las inmediaciones. Llamaron a la puerta.

—¿Quién llama? —se escuchó una voz.

—El enamorado de la princesa Dulcinea, que está encerrada por el rey.

—¡Eso es mentira! Para su información, esa tal Dulcinea de la que habla, no vive aquí y ni siquiera ha venido por este lugar.

—Entonces, ¿de quién se trata? ¿Puede salir?

El rey de aquel terruño abrió la puerta mientras echaba unas risitas malignas.

—Me estoy orinando —dijo don Quijote cruzando las piernas.

—Alíviase vuestra merced detrás de esa tapia, aunque creo que todo es una excusa para ver si tengo a la princesa.

—No, no, tengo verdadera necesidad.

—Pues le acompaño, no le dejaré solo.

—Necesito intimidad —protestó don Quijote.

—Está bien, pero no me alejaré hasta que termine.

Después de cinco minutos reapareció don Quijote, atándose las calzas.

—Por lo que ha tardado ha debido de hacer aguas mayores. Ja, ja, ja...

Don Quijote le echaba un mal de ojo cuando de repente oyó el grito de una mujer joven.

154

—¿Qué ha sido eso? ¡Déjeme ver! —Y salió corriendo hacia donde había escuchado el grito.

—¿Adónde cree que va? —lo detuvo el rey, cerrando la puerta del castillo.

—¡A por vos, princesa!

Don Quijote y Sancho se quedaron por allí aquella noche y, cuando amaneció, llamaron a la puerta, pero nadie la abría. Entonces don Quijote encontró una ventana sin rejas y se coló por ella. Tras media hora de búsqueda encontró al rey, que se estaba aseando con una jofaina llena de agua.

—¡Qué hace aquí! —gritó el rey al verlo.

Don Quijote huyó hacia la ventana por donde había entrado y, mientras salía, vio a la princesa, que estaba encerrada en una celda con barrotes.

—¡Volveré para salvaros! —le gritó.

—Gracias, pero llevo aquí tres años, tendría que haberse dado cuenta antes —respondió la princesa—. Ya he perdido toda esperanza.

Sancho llegó y preguntó qué había pasado.

—He visto a la princesa —le explicó don Quijote—. No nos podemos alejar de aquí.

—¿Pero seguro que es la sin par Dulcinea?

—No es ella, Sancho, pero de igual manera pienso librarla de su cárcel.

Tramaron un plan, que ejecutarían por la noche, aprovechando la oscuridad y que todos estarían durmiendo.

Esta vez entraron los dos por la ventana. No vieron a nadie. Localizaron la celda de la princesa, que continuaba encerrada entre barrotes, e intentaron localizar las llaves de la puerta.

Por más vueltas que daban no veían a nadie, ni al rey ni a ninguno de sus guardias, ni siquiera a ninguna persona de servicio. El castillo estaba totalmente desierto, aquello era un misterio absoluto.

Volvieron a la celda de la princesa a ver si encontraban alguna pista de las llaves. Hablaron otra vez con ella y le dijeron lo que ocurría en el castillo. Entonces ella les contó que, al entrar por la ventana sin rejas, habían desatado un hechizo que había hecho desaparecer al resto de personas. Pero ese hechizo solo duraría veinticuatro horas, y quedaban solo seis para que terminase.

Si no encontraban las llaves pronto, estarían perdidos, porque los encarcelarían también y no podrían salir de allí nunca. Así que volvieron a recorrer el castillo varias veces buscando y buscando. El tiempo pasaba y el hechizo estaba a punto de terminar.

Se pusieron a pensar dónde podría tener el rey escondidas las llaves y llegaron a la conclusión de que el sitio más seguro serían sus aposentos, así que allí se dirigieron.

Empezaron a rebuscar en todos los cajones y armarios que veían, pero no había forma. Se dieron cuenta de que debajo de su cama había un baúl muy pequeño, clavado al cabecero, que no habían visto antes. Lo abrieron y... ¡allí estaban! Habían

encontrado por fin las llaves. Fueron corriendo a la celda de la princesa y la liberaron. Al hechizo le quedaban treinta minutos para terminar. Tenían que marcharse lo antes posible.

Salieron los tres del castillo por la ventana sin rejas y buscaron al rucio y a Rocinante, que estaban atados a un árbol, y a toda la velocidad que les permitían las cabalgaduras se internaron por un bosque. Lejanas, se escuchaban voces que provenían del castillo. ¡Pero lo habían conseguido!

156

Después de una jornada de viaje llegaron por fin a la aldea de Rufino, que no se lo podía creer y daba saltos de alegría. Los recibió con los brazos abiertos, les dio de comer –Sancho ya no podía más e iba a desfallecer– y los dejó descansar. Al día siguiente celebraron una gran fiesta en la que la princesa pudo casarse finalmente con su amado Rodrigo.

Gracias a toda esa alegría, don Quijote recuperó la cordura y, al cabo de una semana, junto a su fiel escudero Sancho, partió en busca de nuevas aventuras.

Capítulo XII

Que trata de las aventuras que le ocurrieron a don Quijote y a su escudero Sancho en su estancia en la comarca del Bierzo y en el castillo de los templarios de la ciudad de Ponferrada

CEIP Iplacea
Ponferrada (León)

Tutora literaria
Marinella Terzi

Profesorado

Blanca Monzón Morcillo
José Luis Urbano Sánchez

Alumnado

Lucía Bascuñana Muñoz
Libio Adrián Basurto Calero
Xiomara Nathalie Buitrago
Paula Casanova Peral
Lucía Andrea Delgadillo Miranda
Paula García Sánchez
Gabriel Gyorgyi
Elena Hervías Abril
Pablo Hidalgo García
Gabriela Alejandra Martínez
Rosales
Ana María Mendy
Maeba Nagría Buiza
Nerea Quiñones Fernández
Esther Quiñones Real
Yanira Rodríguez Redondo
Paula Rojas Alba
Leyre Sánchez Martín
Shaila Sánchez López
Álvaro Sevilla Villoslada
Isis Tello Fernández
Irene Vaquero Sánchez
Miriam Villafranca Rozad



Capítulo XII

Que trata de las aventuras que le ocurrieron a don Quijote y a su escudero Sancho en su estancia en la comarca del Bierzo y en el castillo de los templarios de la ciudad de Ponferrada

Las primeras luces de la mañana aparecían cuando nuestros famosos aventureros don Quijote y Sancho se acercaban a la ciudad milenaria de Ponferrada. A lo lejos se vislumbraba la silueta de un castillo de aspecto fantasmagórico. Era costumbre de nuestro caballero don Quijote, antes de llegar a un nuevo pueblo o ciudad, ilustrar al ignorante Sancho contándole alguna historia o leyenda acerca de los parajes que visitaban.

—Te hago saber, amigo Sancho, que la ciudad que vamos a visitar guarda muchos recuerdos y muchos secretos en sus largos años de historia: el castillo templario está situado en una colina para vigilar a los caminantes que cruzaban el río Sil en peregrinación hacia el camino de Santiago de Compostela. La villa tiene un puente de hierro sobre el río del que toma el nombre de «Pons Ferrata».

»Aquí vivieron los celtas, los romanos y los visigodos. En el castillo se instalaron los caballeros templarios, que eran unos monjes que luchaban con las espadas como si fueran soldados, y que habían combatido en las famosas cruzadas contra los infieles a la fe de Cristo que ocuparon las tierras sagradas de Jerusalén. A su regreso de las cruzadas se cree que trajeron algunos tesoros, como el Arca de la Alianza, el cáliz de Cristo, llamado Santo Grial, y la mesa del rey Salomón. Se les llamaba

cruzados por la gran cruz roja que llevaban en el pecho de su túnica de soldado.

»Los templarios tenían mucho poder, riquezas y algún tesoro escondido, por eso, un rey francés llamado Felipe IV los acusó de haber cometido herejías para quedarse con todas sus riquezas y mandó quemarlos a todos en la hoguera. El castillo tiene encerrados muchos símbolos, como sus doce torres, que simbolizan a los doce apóstoles, y además cuenta una leyenda que el último gran maestre de la orden de los templarios, llamado Jacques de Molay, antes de morir quemado, lanzó una maldición sobre el rey francés y contra el papa Clemente V, los cuales murieron al poco tiempo. Por eso se dice que el fantasma del caballero templario sigue viviendo en el castillo para vigilar que nadie se pueda llevar los tesoros escondidos en él.

162

—Entonces, señor don Quijote, ¿nos podemos encontrar con el fantasma del caballero templario en el castillo?

—¡No seas necio, Sancho! El fantasma solo ataca a quien quiera robar sus tesoros. Nosotros no tenemos nada que temer.

—No sabe vuestra merced el peso que me quita de encima, pues ya sabe usted lo miedoso que yo soy y el respeto que tengo a los magos y sobre todo a los fantasmas. Y otra pregunta le quiero hacer, mi señor don Quijote: ¿es verdad que los templarios tenían tantos tesoros y riquezas?

—Es cierto —respondió don Quijote— que en la comarca llamada el Bierzo se ha encontrado oro en tiempos de los romanos y todavía hoy se encuentra oro en las minas abandonadas en los famosos parajes llamados las Médulas, pero de los tesoros y reliquias que encontraron en Tierra Santa los templarios, como el Santo Grial y el Arca de la Alianza, nadie sabe nada a ciencia cierta de su paradero, por eso todo el mundo habla del gran secreto de los templarios, pero nadie que no sea

templario los ha visto nunca y si fueran templarios tampoco lo dirían, ya que ellos siempre hacen votos de guardar celosamente los secretos de la Orden del Temple.

—Así que puede ser verdad o mentira. ¿Y todavía existen caballeros templarios? —preguntó Sancho.

—Es posible, amigo Sancho, pero nadie lo sabe en verdad, porque, si existen, lo tienen bien guardado en secreto para que no los vuelvan a quemar en la hoguera.

Sancho, que admiraba a don Quijote por su gran sabiduría, debido a que leía y viajaba mucho, no paraba de dar vueltas al tesoro, a las riquezas y al famoso fantasma del castillo. Pero, como era tan curioso, le propuso a don Quijote visitar el castillo para comprobar con sus propios ojos si el secreto de los templarios era cierto. Con estos pensamientos llegaron a Ponferrada.

Gobernaban la ciudad por aquel entonces los duques de Lagonés, que vivían en un palacio cerca del castillo de Ponferrada. Él era don Luis Mariano de Monzón y Ledesma, y su esposa, doña Inmaculada de Morcillo y Galisteo. Tenían una encantadora hija llamada doña Blanca Dulcerina de Danzas-melodías, de mejillas sonrosadas, largos cabellos rubios y rizados, y piel tan clara como su nombre.

Doña Blanca era un poco desobediente además de curiosa y atrevida; por otro lado, le encantaba salir del palacio en secreto para que sus padres no se enterasen, pero como se iba por caminos poco transitados y veredas escondidas, siempre regresaba con los carruajes averiados de transitar por esas calles empedradas y por caminos llenos de barro y baches. También, como casi todo el mundo, había leído las aventuras de don Quijote en los primeros libros y conocía su valentía y su atrevimiento. Ella había sido advertida por sus padres de los

peligros del castillo templario y, por lo tanto, tenía prohibida la entrada.

Un día de primavera doña Blanca estaba asomada a la ventana de su palacio cuando vislumbró la curiosa silueta de nuestros personajes Sancho y Quijote. Bajó corriendo las escaleras hasta la puerta del palacio y, al ver que eran ellos, no dudó un instante en acercarse y arrodillarse a los pies del caballero para suplicar que la ayudara a conseguir su mayor deseo.

164

—De aquí no me levantaré hasta que me muera, si vuestra merced no me concede mi máspreciado deseo —dijo doña Blanca suplicando a don Quijote.

—Pues no haré eso que me pedís, bella dama, si no os ponéis en pie ahora mismo —respondió el caballero de la triste figura—. Levantaos y hablad.

—Hace mucho tiempo que os espero, caballero don Quijote, ya que sois el único que me puede ayudar a encontrar el libro secreto del castillo templario en el que se puede ver el mapa del lugar en donde están escondidos los valiosos tesoros. El problema está en que el fantasma del castillo hará lo imposible para que no lo encontremos.

—No os preocupéis, bella dama, que mi escudero y yo os ayudaremos en lo que nos solicitáis, pero antes debemos encontrar una posada y un establo para nuestros queridos Rocinante y al rucio.

Doña Blanca les comentó que podrían alojarse en el palacio de sus padres, pero les pidió por favor que no les contaran nada de entrar en el castillo, ya que sus padres no querían que ella lo hiciera por los peligros que contaba la leyenda del fantasma del maestre templario.

Sancho se adelantó y dijo:

—No os preocupéis, señora mía, que mi señor don Quijote está acostumbrado a pelear con fantasmas, hechiceros, brujos y magos, sobre todo con el famoso mago Frestón, que siempre le convierte molinos en gigantes o ejércitos en rebaños de ovejas.

Dicho esto, se acercaron al palacio y fueron recibidos con gran alegría por los duques y, después de cenar, se pasaron buena parte de la velada relatando sus famosas aventuras escritas en sus anteriores libros.

Cuando los duques se fueron a descansar, doña Blanca convenció a don Quijote y Sancho para que visitaran el castillo sin que se enterasen sus padres. Se marcharon de noche entrando de forma clandestina por un pasadizo secreto que solo ella conocía. Cuando iban andando por el pasillo principal en dirección al gran comedor, comenzaron a escuchar unos ruidos muy extraños y espeluznantes que venían del lado oeste. En ese momento don Quijote desenvainó su espada y, seguido de Sancho y doña Blanca, se pusieron a investigar sobre aquel sonido misterioso, que acabó llevándolos hasta la biblioteca. Una vez dentro, el sonido era cada vez más fuerte, los libros empezaron a caerse de las estanterías cuando:

—Señor don Quijote, este es el fantasma del castillo del que le he hablado antes. Cada vez que intento leer un libro, el fantasma los arroja al suelo impidiendo que pueda leerlos —señaló doña Blanca.

—No os preocupéis, mi dama, que Sancho y yo resolveremos el misterio. Lo primero que debemos averiguar es la manera de vencer al fantasma —contestó don Quijote.

—Mi señor, si me permite interrumpirle, hace un tiempo en un pueblo de Castilla, una anciana me contó historias acerca de fantasmas y espíritus que habitan la tierra. Ellos quedan atrapados debido a que alguna maldición los ata a este mundo.

Lo que debemos investigar es la causa por la que el fantasma de este castillo ha quedado atrapado —comentó Sancho.

—Mi padre me contó —interrumpió doña Blanca— que antes de que yo naciera aquí vivían los caballeros de la Orden del Temple. Sin embargo, conforme iban muriendo les era más difícil esconder el secreto del paradero de sus tesoros. Por lo que decidieron escribirlo en un libro utilizando un código que solo los miembros de la orden supieran leer. Ese es el libro que yo ando buscando desde que mi padre me contó la historia —dijo doña Blanca.

166

—Bien, dejadme que yo hable con el fantasma, pues tengo mucha experiencia y dotes para ello —dijo don Quijote—. Buenas noches, mi nombre es don Quijote de la Mancha. Sentimos irrumpir en su castillo, mas no tenemos otra intención que la de ayudarle. ¿A quién tengo el placer de dirigirme? —preguntó don Quijote.

De repente, los libros dejaron de caer al suelo y un silencio sepulcral invadió la estancia. El fantasma se asombró, pues nunca nadie se había dirigido a él con tanto respeto y humildad. Y con una voz grave y pausada contestó:

—Saludos, mi nombre es Adán Mercurio, último guardián de la Orden del Temple. Llevo más de cuatro siglos custodiando este castillo y no me iré nunca de aquí pues he de cumplir con mi palabra —dijo el fantasma.

—Mis respetos, señor Mercurio. Le presento a mi fiel amigo Sancho Panza y a la dama doña Blanca Dulcerina de Danzasmelodías —dijo don Quijote.

—A ella la conozco, todas las noches desde hace unos diez años viene a robar mis libros —dijo el fantasma.

—Perdone, señor Mercurio, en ningún momento tuve intención de robarle nada. Yo vine y sigo viniendo a leer sus

libros ansiosa por ampliar mi conocimiento e intrigada por el misterio del libro de la Orden —se disculpó doña Blanca.

—Ese, ese es el gran problema —dijo el fantasma—. Todos piensan que pueden venir a llevarse nuestro secreto, pero jamás revelaré dónde se encuentra el libro. Por aquí han pasado caballeros, duques, plebeyos y hasta reyes, en busca de fama y fortuna. Pues estáis todos equivocados. Nuestro secreto es mucho más que eso, es historia, y no dejaré que nadie nos la arrebate haciendo un mal uso de ello —farfulló el fantasma.

—Nada más lejos de la verdad —respondió doña Blanca—, mi mayor deseo es que todos los tesoros y riquezas sigan perteneciendo a sus verdaderos dueños, pero me gustaría poder verlos con mis propios ojos o tocarlos con mis manos y prometo guardar el secreto hasta mi último aliento de vida.

—Para poder verlos hay que ser caballero además de jurar por su honor no desvelar el secreto templario. De esa manera esa persona ocupará mi puesto de guardián del secreto y podré liberarme de este maleficio que me tiene atrapado en el castillo —aclaró el fantasma.

Al oír estas palabras, don Quijote interrumpió al fantasma:

—Señor Mercurio, yo he sido nombrado caballero y juro por mi honor y por mi dama Dulcinea guardar el secreto templario. Sin embargo, no puedo quedarme para siempre en el castillo pues tengo muchas aventuras aún por vivir, damas que salvar y caballeros con los que luchar. Yo le propongo que doña Blanca ocupe su lugar hasta que crezca y tenga que buscar un nuevo guardián del tesoro.

El fantasma se maravilló al ver la generosidad y la nobleza del caballero don Quijote haciendo que reflexionara y respondió con estas palabras:

—Nunca vi tanta nobleza y generosidad en el corazón de una persona, por lo tanto os concederé la gracia de poder ver el gran tesoro de los templarios, pero alguien tendrá que ocupar mi lugar. La única condición es que guardéis el secreto, ya que sois caballero, pero Sancho y doña Blanca no son caballeros y no pueden ser conocedores del tesoro. Sin embargo, llevo ya tantos años en el castillo que conozco perfectamente a doña Blanca. La he visto crecer, vivir y sentir como nadie. Es una buena persona, leal y fiel a su familia y amigos. Por lo que dejaré que ella conozca el tesoro. Pero Sancho tendrá que quedarse al margen y borraré su memoria —contestó el fantasma.

Sancho y doña Blanca aceptaron las condiciones del fantasma y don Quijote quedó encantado con el trato.

Al llegar la medianoche, el fantasma los llevó a una mazmorra en el sótano del castillo y al fondo, en un muro de piedra en el que se veía la letra griega *tau*, pronunció unas palabras en latín que no se entendieron muy bien, algo así como *Apertura Sésamus Severus Máximus Horribilis*, y el muro se abrió dejando ver un viejo arcón lleno de polvo y sin cerradura alguna. Se acercaron y, al abrir la tapa, encontraron un viejo libro. El fantasma le dijo a don Quijote y a doña Blanca que podían cogerlo y abrir sus páginas. Ellos obedecieron, abrieron el libro por la mitad y comenzaron a pasar hojas viendo que estaban en blanco. El fantasma señaló con el dedo que mirasen la primera página y el título del libro. Don Quijote le hizo caso y leyó:

El gran tesoro de la Orden de los Templarios. Ese era el título y en la primera página ponía: «Bienvenidos al gran secreto del tesoro de los templarios. En este libro no encontrarás ningún mapa ni ninguna llave de ningún cofre escondido en alguna playa de un lugar recóndito. El gran tesoro de los templarios es la lealtad, la amistad, el honor, el sacrificio y la obediencia que

todos los caballeros se comprometen a cumplir para cuidar de los débiles, deprimidos, perseguidos y para evitar las injusticias ante los codiciosos, avariciosos y malas personas que hay en el mundo que solo desean oro, riquezas y joyas sin importarles los demás. La riqueza se encuentra en el corazón, cuanto mejor persona eres, más grande tienes el corazón y, como dice una famosa canción: “La riqueza está en el interior de cada persona”. Por lo tanto, hay ricos de corazón y pobres de corazón. Cada uno de nosotros tenemos un libro con nuestro nombre y apellidos y en él se van escribiendo nuestras aventuras, que es nuestra vida y que depende de cada uno de nosotros. De cómo vivamos depende cómo termina nuestro libro de la vida».

Nuestros personajes se miraron entre ellos y, menos Sancho, que esperaba encontrar cofres llenos de joyas y alhajas, movieron la cabeza como dando la razón al fantasma de que lo que ponía en el libro era la mayor y gran verdad en esta ocasión.

Después de volver a guardar el libro en el cofre, el fantasma sopló unos polvos mágicos hacia nuestros personajes y a estos les entró un sueño profundo.

A la mañana siguiente don Quijote y Sancho se despertaron en casa de los duques como si no hubiera pasado nada, pero mientras Sancho no recordaba nada, don Quijote recordaba todo lo que había pasado, pero su juramento le impedía hablar de ello.

Por otro lado, la doncella doña Blanca se despertó muy cansada y fue corriendo a la biblioteca a comprobar si había sido un sueño o era verdad todo lo que había pasado. Al llegar comenzó a hablar al fantasma, pero este ya no estaba. Su maleficio se había resuelto y doña Blanca pasó a ocupar su puesto de guardiana del tesoro con unas ganas enormes de leer todos y cada

uno de los libros de la biblioteca, escribir y viajar, siguiendo los consejos de un gran escritor: «Quien lee mucho y viaja mucho, sabe mucho y conoce mucho».

Después de almorzar, se despidieron agradecidos de la hospitalidad de los duques de Lagonés y de su encantadora hija. Se pusieron en camino buscando otra aventura y, cuando salían de la villa de Ponferrada, Sancho le dijo a don Quijote:

170 —¡Con lo bonito que es este pueblo y ese castillo y no hemos tenido ninguna aventura en él, ni que ayudar a nadie, ni salvar a ninguna dama en apuros, ni descubrir ningún enigma, ni nada de nada!

—Es cierto, amigo Sancho —respondió don Quijote con una pequeña sonrisa en sus labios—, que a veces nos suceden grandes aventuras y el malvado mago Frestón nos convierte las hazañas en desgracias y acabamos molidos a palos entre molinos y rebaños.

Al responder a Sancho, don Quijote no estaba seguro de si lo que él recordaba había sucedido en realidad o era una burla del famoso mago que le gastaba bromas pesadas para mofarse de él, por lo tanto comenzó a dudar de que hubieran conocido al fantasma y del cofre y del libro y de todo lo demás. Total, no sería la primera vez que les hubiera pasado esto.

Mientras se alejaban del lugar, don Quijote volvió la vista para contemplar el castillo por última vez y le pareció ver un destello, como si alguien le despidiera con la mano, pero como estaba tan lejos y don Quijote no veía muy bien, volvió la vista hacia delante y pensó que pudiera haber sido verdad o no.

Capítulo XIII

Las aventuras y desventuras
de don Quijote y Sancho por
tierras de Castilla y León

CC Colegio Alborada
León

Tutora literaria
Clara Cortés

Profesorado

Rocío Giménez Alonso
Álvaro Onrrubias Castronuño
Lourdes Patiño Martínez

Alumnado

Jorge Álvarez Ortega
Beatriz Arias Cabello
Paula Bardina Pérez
Ángela Barón López
Pilar Becerra Ordóñez
Beatriz Bello Mur
Inés Bollo Hernández
Isabel Bordea Hernández
de la Huerta
Pablo Boquete Arbizu
María Calvo Megía
María Cañizares Osorio
María Carrasco Alberto
Julio Cascón Rodríguez
Nicolás Catalán Ciudad
Mariano Catalán Méndez
Eva Chaves Galván
Paula Chiva Ortega
Alejandro Clavero Fernández
Henar Cofrades Rodríguez
María Curto Rodríguez
Paloma de Tena Cruz
Carmen del Pozo Hayas
Álvaro Díez Vega
Alejandro Domínguez Moreno
Alberto Dueñas Herreros
Daniel Fernández Casals
Sonia Fernández Díez
Sofía Fernández Gutiérrez
Ricardo Fernández Ramos
Lorena García Cámara
Gonzalo García García
Alejandro García Navarro
María García Saiz
Álvaro González Cámara
Naiara Gonzalo Aldave

Leire Gorbea Garay
Cristina Hernando Veguillas
Christian Herranz Gijón
Denis Iglesias Calvo
Alejandro Lledó Alonso
Gonzalo López Jiménez
Adrián Maestro Coloma
Emilia Martín Freire
Gonzalo Martín Ovejero
Teresa Martín Ruiz
Pablo Medina Jiménez
Candela Meneses Balsalobre
Clara Merchán Jiménez
María Irene Moles Abascal
Diana Molina Clemente
Martina Monge Cerezo
Pablo Montes Ponce
Marta Mora López
María Morales Sánchez
Isabel Moreno González
Julia Nieto Alameda
Aitana Pérez Borrego
Elena Pérez Leyra
Daniel Pérez Navarro
Miguel Ángel Perlado Delgado
Fabiola Piña López
Graciela Piña López
Alejandro Pita de la Madrid
María Quintero Pérez
Pablo Recuenco Rodríguez
Máximo Revuelta Jiménez
Ángel Rincón Castalbón
Alonso Rincón Romero del
Hombrebueno
María Rodríguez Martín
Julia Rodríguez Moya

Pablo San Miguel Santana
Yaiza Sánchez García
Laura Sánchez López
Nuria Sánchez Ortega
Marta Sánchez Tembleque
Andrea Savall Ureña
Martina Sierra Pérez
Claudia Silva Rodríguez
Fabiola Suárez Mata
Marco Toribio Marín
Ángel Torres Martínez
Diego Varo Casillas
Gonzalo Vázquez Pérez
Miguel Viejo-Fluiteres Palau
Daniel Villanueva Arciniegas
Diego Vizán Peralta
Juan Yanes Pazos



Capítulo XIII

Las aventuras y desventuras de don Quijote y Sancho por tierras de Castilla y León

Hace mucho tiempo, en Bañeza, un lugar donde siempre era festivo, don Quijote de la Mancha asistió a la celebración de un carnaval al que tenía muchas ganas de ir. Al llegar, sorprendido y agradado, le pareció que todas las damas del evento eran bajo sus máscaras su amada Dulcinea y, sin pensárselo dos veces, intentó acercarse a todas y cada una de ellas para tratar de cortejarlas o, al menos, conseguir algo de conversación. Este acto molestó bastante a los maridos de aquellas damas, puesto que claramente ninguna de ellas era la mujer que don Quijote creía, y enfurecidos intentaron espantar con amenazas al hidalgo. De pronto, ante sus ojos, los hombres se transformaron en ogros terribles que nada tenían de caballeros, y don Quijote sacó su espada para luchar con todo aquel que intentara acercarse, lo que supuso un enfrentamiento con casi todos los asistentes de la fiesta. No se detuvo hasta que los soldados del rey lograron apresarle: sujeto por ambos brazos y un poco aturdido, se lo llevaron en un carro ante el rey para que lo juzgara convenientemente en el castillo de Astorga.

175

El rey, que no se creyó su relato de monstruos y damas idénticas, estaba dispuesto a juzgar el ataque contra sus gentes severamente, pero la reina intervino para que se apiadara de

él. Don Quijote, hasta ahora cabizbajo y un poco avergonzado porque estuvieran poniendo en duda su historia, levantó en ese momento la mirada hasta ella, con tal sorpresa y alegría que volvió a encontrarse a su amada Dulcinea y, emocionado, intentó saltar a abrazarla. Había estado muy cerca del perdón, pero el rey no podía permitir una situación semejante, así que mandó encarcelar a don Quijote y lo encerró en las mazmorras del palacio.

176

Sancho, que había perdido a su amigo de vista en la fiesta, consiguió encontrarle y obtener permiso para ir a visitarle en las mazmorras. Tras mucho pensar se le ocurrió la idea de que don Quijote podría ofrecerles unas disculpas que sirvieran para hacer las paces y, según él, qué mejor manera de hacerlo que con una riquísima sopa. Eso hicieron: tras ofrecérsela varias veces el rey aceptó y, cuando ya la hubo preparado, se organizó una comida. Como era habitual, el catador del rey era quien tenía que probarla primero. Sin embargo, el catador real era uno de los maridos de las damas de la fiesta en la que habían estado nuestro protagonista y Sancho y, como no le caía bien don Quijote, simuló que la sopa estaba muy salada y malísima. El rey, decidido a no tomar la sopa pero aun así teniendo en cuenta las buenas intenciones, les dijo que podían marcharse, pero les pidió que no volvieran más.

Nuestros protagonistas partieron caminando e intentando encontrar un sitio donde quedarse cuanto antes, pero los campos de Castilla eran infinitos y a los pocos días se encontraron solos, perdidos y sin haber comido desde aquella sopa. El hambre afectó severamente a las alucinaciones de don Quijote, haciendo que viera las cigüeñas que los sobrevolaban como dragones que lanzaban llamaradas de fuego sobre sus cabezas

en lugar de graznidos, así que se pasó parte del camino apuntando hacia arriba con su espada y, cuando podía, destrozando todo lo que se ponía al alcance de su mano.

Una de las cosas que destrozó fue un huerto junto al que pasaron en uno de sus momentos de más hambre. Sancho, con las tripas rugiendo, aprovechó que todo estaba revuelto por culpa de su amigo para coger unos cuantos puerros frescos y sabrosos, e intentando calmar a su compañero le ofreció uno para que llenara el estómago. Don Quijote aceptó probarlos de la mano de su amigo y cuando masticó estos ricos puerros dejó de tener alucinaciones, como si los puerros fueran mágicos y le hubieran curado casi del todo.

177

Poco después llegaron por fin a un pueblo, Valdepolo, donde encontraron una posada en la que no dudaron en quedarse para descansar. Allí don Quijote quiso acomodarse en su habitación y caer en un profundo sueño, pues estaba muy cansado después del largo camino y todas sus fantasías y luchas de los días anteriores, pero no pudo porque unos hombres se presentaron ante ellos, enfadados, y quisieron saber por qué habían hecho lo que habían hecho.

—¿Por qué habéis destrozado nuestro huerto? ¿Qué os hemos hecho nosotros?

Don Quijote y Sancho intentaron justificarse, sintiéndose algo culpables por haber destrozado el huerto que aquellos hombres habían plantado con tanto cariño.

—¡No nos vale solo una disculpa! ¡Tendréis que pagarnos, hemos perdido mucho dinero!

Don Quijote estaba dispuesto a pelearse también con ellos, aunque estuviera cansado y no tuviera razón, pero Sancho intervino y al final acabaron llegando a un acuerdo con los hombres: como no tenían dinero, para compensar a los hombres les

harían un favor, y finalmente fue acordado que irían a entregar una carta urgente a su hermano, que vivía en León. Todo el mundo más contento, los hombres se marcharon y ellos por fin pudieron descansar.

Al día siguiente, al despertar, pidieron indicaciones para llegar a León y un aldeano les informó de que, para cruzar hasta allí, tendrían que atravesar el Valle de Mena, que era un lugar conocido por sus posibles peligros y su terreno peligroso. No era algo que a don Quijote le inquietara, pero Sancho pidió por favor prudencia y tomaron una dirección algo más segura que no incluyera ningún oso u otro animal salvaje que pudiera hacerles mal.

178

Así, con ese rodeo, llegaron hasta el letrero de una localidad llamada Villamartín de don Sancho. Al verlo, Sancho Panza se emocionó y gritó: «¡Por fin un pueblo con mi nombre!», y raudos se apresuraron hacia la dirección indicada hasta que llegaron a la ciudad amurallada y el hombre gritó: «¡Abran el portón!». Los centinelas amablemente accedieron a abrir las puertas de la ciudad para que los nuevos huéspedes pudieran entrar. Sancho Panza fue corriendo a la puerta del ayuntamiento a preguntar si estaba el alcalde, ya que le quería preguntar por qué se llamaba así el pueblo, y él les contó que se debía a una leyenda de un fiel escudero que acompañó a un noble caballero en todas sus aventuras. Sancho se sintió muy orgulloso porque pensaba que se referían a él.

Al alcalde le cayeron en gracia, así que los invitó a participar en la celebración de las fiestas del pueblo y a disfrutar de sus bodegas. Encontraron un lugar donde hospedarse y se asearon antes de bajar a la plaza y visitar todos los puestos de comida y los bailes que se concentraban alrededor de la iglesia. La música y el ambiente eran muy agradables. Comieron mucho y

después don Quijote decidió que fueran a una de las bodegas a probar los vinos que ofrecían allí, lo que Sancho aceptó.

Al llegar a las bodegas solo había allí otros tres hombres, que actuaban raro y se movían como si tuvieran algo que ocultar. Sancho se acercó todo lo que pudo a ellos y escuchó qué era lo que tramaban: querían robar el vino de la bodega. Al contárselo a su compañero este se enfadó y, haciendo valer su carácter aventurero, se enfrentó a ellos tratando de detenerlos hasta que lo hizo. El alcalde les agradeció tanto su labor que les ofreció unos caballos para que pudieran continuar más cómodamente su viaje.

179

Se pusieron en marcha y en poco tiempo, casi sin darse cuenta, se encontraron a las puertas de la ciudad de León. Comieron del famoso picadillo de la ciudad, buscaron un lugar donde alojarse y, tras descansar un poco, decidieron visitar la ciudad tranquilamente antes de buscar al hermano de los hombres del huerto. Al llegar al gran castillo, que se sitúa al suroeste del reino, don Quijote se dispuso a luchar con los terribles dragones que lo custodiaban. En realidad esos dragones eran simples torres del castillo; aun así don Quijote fue a combatirlos, porque hacía mucho que se le había pasado el efecto de los puerros mágicos, pero en la lucha se tropezó y se hizo daño. Sancho se lo tuvo que llevar a una posada para que descansara y se tranquilizara, pero el pobre seguía alterado y se enfrentó a unos hombres que, como estaban borrachos, fueron directos a responderle. Parecían terriblemente dispuestos a pegarle a don Quijote unos cuantos puñetazos, pero entonces Sancho se asustó de que tanta gente fuera a dañar a su compañero y, con un grito, interrumpió la inminente pelea pidiendo por favor que pararan de luchar, que su amigo

estaba muy cansado y que en realidad ellos solo habían ido a León para entregar una carta.

180

Todos le miraron. Un poco nervioso y sintiendo la presión, Sancho aprovechó a preguntar si conocían al hermano de los hombres del huerto que habían destrozado y, para sorpresa de nuestros protagonistas, uno de los borrachos levantó la mano diciendo que era él, que esos eran sus hermanos y que hacía mucho que no los veía. Todos se quedaron muy confundidos, pero al final hicieron las paces, Sancho y don Quijote le dieron la carta al hombre y, para celebrar que habían conseguido cumplir el favor, fueron a celebrarlo a la plaza de León.

Bailaron las danzas de la tierra, pero el baile era muy complicado y don Quijote seguía herido por la pelea, así que llamaron al médico de la ciudad, que se lo llevó y le tuvo en reposo hasta que estuvo preparado para volver a viajar.

A la mañana siguiente, como ya habían cumplido con su misión, don Quijote y Sancho siguieron su camino hacia nuevas tierras para contarle a otra persona todas las hazañas vividas.

Capítulo XIV

Don Quijote y el debate
amoroso. De cómo
don Quijote se adentró
por las tierras de Valladolid y
de las malas artes de Ambrosio
en el pueblo de Uruña

CC Santa María de la Providencia
Valladolid

Tutor literario

Alfredo Gómez Cerdá

Profesorado

Fátima García Calvo

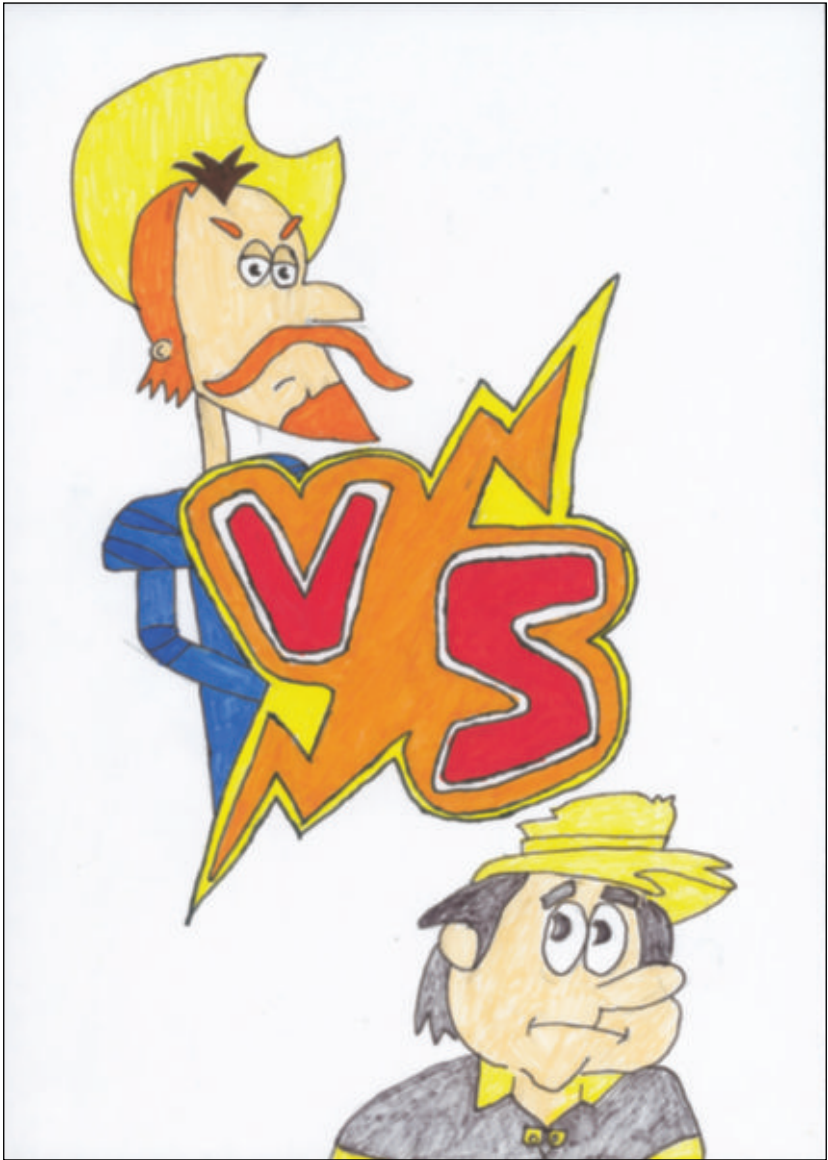
José María Lara Luque

Wendy de la Torre Alarcón

Alumnado

Natalia Ioana Bica
Noa Blanco Balsera
Paola Blázquez Martínez
Daniel Carmona Sánchez
Anna Carrasco Guillén
Pablo Carrillo Garrido
Alejandra Chirila Barato
Gabriela Delgado Cadima
María Díaz Escamilla
Yani Du
Belén Fernández Moyano
Daniela Fernández Ramírez
Carlota Galán Delgado
Alejandro García Palomo
Lucía Gómez Delgado
Lucía Gold Ayingono
Melisa Heredia del Río
Sheyla Kolombo Mejía
Miguel López Padrino
Raúl Martín Martín
Daniela Martín Millán
Lucas Martín Pablos
Ismael Martín Pedrero
Darío Martínez López
Lucía Mateo Picado
Iker Méndez Ramírez
Carmen Merino Criado
Melina Daniela Mesa Moyano
Nuria Morales Serrano
Julia Moreno Melero
Jaime Moyano Ruiz
Daniela Montenegro Romero
Laura Pastor García
Raúl Pérez Abad
Álex Pérez Aranda
Mario Pérez Aranda

Izan Pérez López
Miguel Picazo Bollullo
Jaime Rodríguez Garrido
Juan Rodríguez López
Nerea Rodríguez Muñoz
Rodrigo Sánchez Fidalgo
Nerea Sánchez Hormeño
Adrián Villajos Alberto
Aurora Villarejo del Río



Capítulo XIV

Don Quijote y el debate amoroso. De cómo don Quijote se adentró por las tierras de Valladolid y de las malas artes de Ambrosio en el pueblo de Uruña

Don Quijote y Sancho Panza llevaban varias jornadas de camino, pues era su intención llegar hasta la ciudad de Valladolid. Aquellos días de verano el sol caía de plano sobre la meseta castellana, lo que los obligaba a descansar a menudo y a guarecerse bajo una sombra.

Decidieron pasar por distintas poblaciones, lugares y monumentos para conocer la historia de aquel hermoso lugar.

El camino era duro y se cansaban pronto de tanto caminar. Querían parar, pero no encontraban sitios para ello. Todo aquello parecía un camino sin fin y extremadamente largo.

Divisaron a lo lejos un castillo de piedra, enorme, sobre una gran loma estrecha y alargada que le proporcionaba forma de buque. Se trataba del castillo de Peñafiel. Inmenso, con una gran torre en el centro. Era de un color muy bonito y tenía pinta de estar deshabitado. Precioso por fuera y seguramente igual por dentro.

—No entraremos en ese castillo, Sancho —dijo don Quijote—. Algo me dice que puede haber fantasmas en su interior.

Se pusieron otra vez en marcha y, caminando y caminando, bajo un sol de justicia, llegaron a otro castillo también

de piedra, el de la Mota, que les recordó un poco al de Peñafiel. Era más pequeño y tenía las torres más altas y hermosas. Además, con los rayos del sol adquiría un color magnífico.

—Tampoco entraremos, Sancho, creo que aquí puede haber duendes con malos encantamientos.

Decidieron seguir su camino, pues ya tenían muchas ganas de llegar a otro lugar y ver un hermoso pueblo.

186

Andando y sin saber el rumbo, llegaron a una llanura que parecía no tener fin. Sobre un cerro que se alzaba divisaron una fortificación.

—Sólidas murallas parecen —dijo don Quijote—. Quienes vivan dentro de ellas estarán protegidos de todo ataque.

Entraron por una de las puertas de la gran muralla. Cuando la atravesaron descubrieron un pequeño pueblo muy hermoso. Se llamaba Uruña.

Como llevaban muchos días de camino, estaban agotados y hambrientos, necesitaban algo de comer y un buen vinito. Buscaron varias posadas para descansar y entraron en una que se llamaba La Francisquita del Pueblo. Parecía una buena posada y había mucha gente. Era acogedora y tranquila, aunque estaba bastante sucia y descuidada.

Dentro de la posada los esperaba una gran sorpresa. Ambrosio, el gran pretendiente de Dulcinea, se encontraba allí. Él sabía lo mucho que don Quijote estaba enamorado de ella y, al verlo, se enfadó.

Como don Quijote y Sancho Panza estaban comiendo y bebiendo más de la cuenta, Ambrosio aprovechó para vengarse.

—Hola, buenas noches —se acercó a él—. Me gustaría preguntarle su nombre y también si usted y yo nos conocemos.

—Soy el simpar don Quijote —respondió el hidalgo manchego un poco ido—. Y mis hazañas son famosas en el mundo entero. Y a fe mía que a usted no le conozco de nada. Y ahora no me distraiga más, que estoy pensando en Dulcinea del Toboso, la mujer que da sentido a mi existencia, y por cuyo amor suspiro a todas horas.

Ambrosio se impresionó de la pasión que mostraba don Quijote y, desde ese momento, empezó a pensar en un plan para conseguir que a Dulcinea le dejase de gustar aquel hombre, del que reconocía que era un aventurero muy importante de aquella época. Intentó idear un plan. Algunos se le pasaban por la cabeza. Le parecía demasiado extremo quitárselo de enmedio. Lo mejor sería provocar un enfrentamiento, pero él se mantendría al margen. Para conseguirlo, se le ocurrió que Sancho Panza podría ser implicado en el tema.

—Perdone vuestra merced, pero me gustaría contarle una cosa —le dijo Ambrosio a don Quijote—. Soy amigo de Dulcinea y no he podido dejar de fijarme en que su escudero la visita continuamente. Ella me ha contado que desea ser su pretendiente.

Don Quijote se quedó sorprendido ante aquella insinuación y dijo:

—Creo no haber entendido bien sus palabras. —El hidalgo manchego lo achacó al vino de mala calidad que había tomado.

—Sí, ella no sabe a quién escoger, si al caballero famoso o a su escudero —continuó Ambrosio—. Me preguntó si podría realizar unas pequeñas pruebas a los dos. El que las superase sería el mejor. Podríamos hacerlas mañana en un pequeño recinto que conozco aquí, en Urueña. Al alba podríamos encontrarnos junto a la puerta de la muralla.

Don Quijote miró a Sancho Panza y se fue a una habitación de la posada. Durmió poco, pero lo suficiente para estar listo. Al amanecer, tomaron un pequeño almuerzo y se fueron a la puerta. Allí esperaron a Ambrosio. Él llegó radiante y con más motivación que nunca de encontrarse con ellos. Los condujo hasta un lugar por el que no pasaba nadie y se decidió a explicarles en qué consistía aquel embrollo.

—Ha llegado el momento de quitarse de encima a los escuderos traidores —le dijo a don Quijote para encizañar más.

188

Clavó en el suelo unos cuantos palos y los prendió fuego. Don Quijote estaba muy enfadado con Sancho Panza y no le dirigió la mirada en ningún momento, aunque su corazón le decía que Sancho no le podía traicionar de esa manera, sabiendo lo que para él significaba Dulcinea. Por otra parte, su cabeza estaba un poco confusa y liada.

Ese momento de su vida era el más aterrador y confuso. Sabía que si no continuaba perdería a Dulcinea, pero tampoco quería hacer daño a Sancho, su más fiel escudero.

Decidieron seguir adelante, pero Sancho Panza lo paró todo de una vez, con gran resolución.

—¡No continuemos con esta mentira! —gritó—. ¡Nada de lo que ha dicho este hombre es cierto! Es él, Ambrosio, el pretendiente de Dulcinea. Él quiere arrebataros el amor de esa mujer. Mi señor don Quijote, yo solo soy su amigo y su fiel escudero.

Don Quijote reaccionó y, dirigiéndose a Ambrosio con su espada desenvainada, le dijo:

—¡Bellaco, malandrín! ¡Me mentisteis! Sancho solo quería ser mi amigo y vos me queríais liar. No os lo voy a permitir. Dulcinea será por siempre mía y vos no os vais a poner en mi camino. ¡A por él, Sancho, mi amigo!

Ambrosio salió corriendo de Urueña lleno de espanto y, según los lugareños, jamás vieron correr a alguien de aquella manera.

Al mediodía, don Quijote y Sancho salieron de la amurallada Urueña en busca de nuevas aventuras.

Capítulo XV

Que trata de lo acontecido
a don Quijote en Segovia
y cómo vivieron la aventura
del Alcázar

CEIP Manuel Azaña
Segovia

Tutora literaria
Ana Alcolea

Profesorado

Pilar Juárez Moreno

Alumnado

Hafsa Baissa

Valeria Cano Fernández

Lydia Jiménez Carrasco

Jesús Ramos Silva

Dina Tahiri

Dallington Osas Omoragbon

Williams



Capítulo XV

Que trata de lo acontecido a don Quijote en Segovia y cómo vivieron la aventura del Alcázar

Don Quijote y Sancho Panza llegaron a Segovia y, viendo el acueducto tan bonito, se sentaron en un banco para admirarlo.

195

Dijo Sancho Panza:

—¡Qué bonito es el acueducto!

Don Quijote respondió:

—Sí, tienes razón. ¿Por qué no nos vamos a reposar a alguna posada y nos tomamos unos vasos de vino?

—Vale, vámonos —respondió Sancho.

Llegando a la posada y habiendo comido, Sancho no pudo resistirse al olorillo de los cochinillos asados y se puso a comer, mientras, don Quijote se fue a la letrina, situada en el patio de la posada. Cuando volvió a entrar en el salón, Sancho ya se había comido cinco cochinillos y tres ponches segovianos. Don Quijote se hubiera tomado también un trozo de ese delicioso y tierno cochinillo si no hubieran tenido que salir corriendo de la posada para esconderse perseguidos por el posadero, ya que, como es normal en los libros de caballería, los caballeros andantes nunca poseen dinero para pagar sus gastos. Razón por la cual don Quijote llevaba siempre su bolsa vacía y no era capaz de entender que tuviera que pagar todo aquello que se había zampado su escudero.

Así fue como don Quijote y Sancho Panza acabaron escondiéndose en el Alcázar de Segovia, creyéndose nuestro protagonista perseguido por una doncella vieja y bigotuda.

En el Alcázar, tras atravesar el patio exterior, se introdujeron en la torre del homenaje. Allí encontraron unas escaleras de caracol que tardaron mucho en subir porque tenían más de cien escalones. Nada más subir, agotados, encontraron una habitación que creyeron que era el solar (la habitación principal del castillo). La habitación poseía un gran lecho en el cual se quedaron dormidos los dos juntos.

196

Llegado un momento Sancho se giró y tiró a don Quijote de la cama.

—¡Yo no sé por qué me acuesto contigo! —resopló don Quijote. Pero Sancho no contestó porque se había bebido tantos vasos de vino con los cochinitos que se quedó dormido como un tronco.

No pudiéndose volver a dormir don Quijote, abrió un armario y en él encontró una sábana y le pareció que olía a perfume de rosas. Creyó que era de su amada Dulcinea. En realidad no era más que unaapestosa sábana sucia que, de tan mal que olía, despertó a Sancho.

—¡Señor, ¿qué hace usted sacando de viejos armarios trapos sucios?!

—¡Qué dices, bellaco! ¿No ves que se trata de una de las exquisitas prendas de mi amada Dulcinea? Seguramente se encuentra presa dentro de este castillo.

—¡Señor!, déjese de tonterías y vamos a buscar otro aposento que huela mejor.

Así, llegaron a otra habitación en la cual hallaron a dos abuelas, Esmeralda y Águeda. Ambas estaban durmiendo y se despertaron sobresaltadas al ver que dos extraños abrían la

puerta de su habitación. Viendo que tenían invitados, decidieron atenderlos y como observaron a don Quijote tan delgado y tan pálido pensaron en darle de comer. Bajaron al almacén a por natillas con galletas.

—Muchísimas gracias, Esmeralda y Águeda. Que Dios os lo pague y que disfrutéis de la vida —dijo Sancho.

Pero al poco tiempo, ellos se quedaron parados, ya que advirtieron que las galletas estaban rancias y las natillas enmohecidas.

Las dos abuelas eran dos brujas. Encerraron a don Quijote y Sancho en la jaula de sus dos monos, Pepe y Manolo. Mientras ellos se encontraban enjaulados, los monos se reían de ellos. Las brujas se volvieron a dormir. Y don Quijote y Sancho Panza aprovecharon para escaparse. Los monos despertaron a las brujas que persiguieron a nuestros protagonistas por las escaleras de caracol. Como eran tantas las escaleras las brujas desistieron y se volvieron a sus aposentos.

Con tanto ajetreo y tanto bajar escaleras la tripa de Sancho empezó a hacer ruiditos.

—¡Córcholis, tengo hambre! —dijo Sancho.

Cuando se terminó la escalera se pusieron a buscar la cocina del castillo y, tras dar unas cuantas vueltas, llegaron a la bodega. Allí se encontraron con barriles de cerveza y un gran número de jamones colgados del techo. Sancho se puso a comer jamón y a beber cerveza como un loco. Don Quijote decidió comer poco, pues como había leído en los libros de caballerías que los caballeros, a veces, solían hacer ayuno, prefirió no excederse y dejar que su escudero se satisficiera en libertad.

—Come, come, amigo Sancho, y sacia tu apetito que todavía no sabemos cuántas aventuras más tendremos que lidiar en este castillo antes de encontrar a mi amada Dulcinea.

Cuando terminaron de comer y beber, tras tanta emoción, se encontraron muy cansados y se quedaron dormidos de nuevo en un rincón.

—¡Alto, quién anda ahí! —se oyó de repente. Se trataba de un mozo que había bajado a la bodega a por un saco de harina y trabajaba en la cocina del castillo. Don Quijote y Sancho se despertaron sobresaltados.

198

—No sabía que era su castillo, no queremos problemas, señor, ya nos vamos, pero no sin que antes libere usted a la doncella Dulcinea. He encontrado en un aposento prendas de mi señora que me aseguran que la tiene usted aquí presa sin razón alguna —dijo don Quijote.

Pedro, que así se llamaba el joven, no entendía nada de lo que aquel estafalario hombre le decía.

—¡De aquí no se va nadie! ¡Se han comido casi medio jamón y lo que quedaba de ese barril de cerveza, que no es poco! Mi ama me va a pedir explicaciones y va a ser a mí a quien regañe si no le demuestro que han sido ustedes los causantes de tanta pérdida.

—Perdone usted a mi amo, don Quijote no se encuentra bien —dijo Sancho a Pedro tratándole de decir que no andaba muy bien de sesera—. No se preocupe, encontraremos la manera de explicarle a su ama lo sucedido y reparar lo perdido. No se enfade.

—¡Deja de disculparte ante este bellaco, amigo Sancho! ¿No ves que no quiere liberar a Dulcinea? Está confabulado con esas brujas que encontramos antes.

—Señor, se equivoca, se trata solo de un simple mozo de cocina. Su Dulcinea no se encuentra en este castillo y lo que usted creía ropajes suyos solo se trataba de una sábana vieja y apestosa. Será mejor arreglar este entuerto de forma pacífica con estas gentes y salir lo antes posible de aquí.

—¡No seas necio, Sancho! ¿No ves que nos tratan de engañar? Seguramente lo que tú creías cerveza es un brebaje mágico para anular tu sesera. Yo, como estoy protegido por la pata de conejo del gran mago Tristasol, he escapado a los efectos de tal bebida.

—Don Quijote, que se está equivocando, que en ese barril solo había cerveza.

Pedro, que era un chico avisado, enseguida se dio cuenta del estado del viejo caballero y decidió seguirle la corriente.

—De aquí no se va nadie sin hacer un duelo de pulso, si ganáis os vais; si no ganáis..., trabajaréis para mí para toda la vida.

—Trato hecho —dijo don Quijote—. ¿Quién de los dos hace el duelo?

—Lo haréis los dos juntos contra mí.

Cuando se encontraban preparados para empezar el torneo de pulsos, Pedro sacó del bolsillo un pequeño frasco lleno de agua y se lo echó por encima a nuestros amigos. Don Quijote creyó que se trataba de otra pócima mágica y se levantó enfadado de la mesa.

—¡Bribón! ¡¿Qué nos has echado?!

—Señor, se trata de una pócima mágica para que me obedzcáis. Ahora mismo me vais a acompañar a la cocina y hablaréis con mi ama para explicarle que el jamón y la cerveza os lo habéis tomado vosotros. No soy el señor de este castillo, sino el gran mago Zarzaparrilo y ahora me acompañaréis de buen grado.

Don Quijote, sintiéndose poseído por los efectos de la falsa pócima, obedeció.

—Amigo Sancho, este mago es más poderoso de lo que yo me imaginaba, tendremos que seguirle por el bien de mi señora Dulcinea.

Sancho, muerto de miedo, pues no sabía cómo iban a pagar todo lo que se habían comido, obedeció resignado viéndose una vez más apaleado.

Cuando subieron de la bodega, acababa de llegar una comitiva de señores que venían de cazar y andaban por allí con sus perros. Como los perros no conocían a los extraños personajes que acompañaban a Pedro, salieron corriendo tras ellos y uno enganchó a Sancho por las posaderas rompiéndole los pantalones.

200

En la cocina encontraron a la vieja cocinera sentada en su mecedora, se llamaba Laurenciana. Pedro le explicó todo lo sucedido. La anciana mujer, al ver a Sancho Panza con los pantalones rotos, maltrecho y lleno de moratones, decidió apiadarse de ellos y le pidió que le diera los pantalones para remendarlos.

—Ya veremos cómo arreglamos el problema del jamón. Pero debe saber usted, señor don Quijote, que aquí no tenemos presa a ninguna mujer. Las únicas mujeres que hay aquí son las tías de mi señor, dedicadas a las artes oscuras y a domesticar animales exóticos. Y les aconsejo que no las vuelvan a molestar —dijo Laurenciana.

Don Quijote, difícil de convencer, seguía en sus trece por más que la cocinera le dijese. Llegado un momento apareció en la cocina el marido de la anciana y don Quijote lo confundió con el rey del castillo. Por más que insistiera el pobre hombre en convencer a don Quijote de que solo era un simple criado, no hubo manera. Finalmente a Pedro, que era muy listo, se le ocurrió engañar a don Quijote de nuevo con «otro sortilegio».

Como Laurenciana andaba preparando en el caldero unas sabrosas sopas de ajo para los señores que acababan de llegar de la cacería, hicieron creer a don Quijote que era el caldero mágico de Pedro y que en él podrían ver dónde se encontraba

presa realmente su querida Dulcinea. Arrimándose a las sopas y conteniendo las risas, Pedro echó de un frasquito unos polvitos mágicos que no eran otra cosa que un puñado de sal.

—Colorín, colorán, muéstrame a Dulcinea, dime dónde está —dijo Pedro solemnemente aguantándose la risa.

Como todos fingieron ver en el caldero lo que Pedro relataba, don Quijote tuvo que creérselo, pues él solo veía trozos de huesos y de jamón. Le terminó de convencer la idea de que, quizá, viéndose todavía bajo los efectos de la pócima anterior no era capaz de ver los de la nueva.

201

Y así fue cómo, a la mañana siguiente, nuestros dos amigos partieron en busca de Dulcinea por tierras segovianas rumbo al castillo de Pedraza, donde Pedro aseguraba haber visto presa a Dulcinea.

Y aquí acaba todo lo acontecido en el Alcázar de Segovia.

Capítulo XVI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en el castillo de Manzanares El Real, y cómo vivieron la aventura del rescate de unas doncellas y el encuentro del dragón ChinLu

CEIP Cardenal Cisneros
Manzanares El Real (Madrid)

Tutora literaria
Ana Alcolea

Profesorado

Vanesa Carrillo Muñoz

Víctor Manuel de Diego Rojas

Alumnado

Soledad Aranda Manuel

Aarón Arias Sánchez

Alejandro Bejarano Pardo

Madalina Georgeana Ciocan-Tiu

Laura Fernández Rico

Álvaro Fraguas de Diego

Alejandro Gómez Imaz Pizarro

Amara González García

Raimundo Lechón Alonso

Rafael Makaryk Nweke

Carolina Martínez Tabernero

Héctor Peña Sánchez

Lydia Sánchez Díez

Ángela Valverde Casado

Andrés Vancea

Álvaro Yebra Paños



Capítulo XVI

Que trata de lo acontecido a don Quijote en el castillo de Manzanares El Real, y cómo vivieron la aventura del rescate de unas doncellas y el encuentro del dragón ChinLu

Don Quijote y Sancho Panza estaban andando por las calles de Alcalá, cuando una paloma se estrelló contra la ventana de una casa.

207

—¡Mire usted, señor, una paloma y parece dañada!, ¿podrá vos rescatarla?

—¡Claro, Sancho, todo aquello que esté en apuros recibirá la ayuda de este humilde caballero! —contestó don Quijote cogiendo la paloma entre sus manos.

—¡Observad, señor! Tiene algo en su pata.

—¡Oh, Sancho, se trata de un pergamino!

—Vamos a abrirlo, mi señor, y salgamos de dudas.

Don Quijote comenzó a desenrollar aquel pequeño papel dejando ver una serie de garabatos sin sentido.

—¡Pobre paloma, se le habrá enganchado al posarse en la plaza! Seguro que algún niño lo dejó tirado por ahí —añadió Sancho Panza al ver los dibujos.

—¡Pero qué dices, mentecato! ¿No ves que se trata de una carta de auxilio solicitando mi ayuda? Procederé a leértela, ya que tu incultura te hace no comprender su importancia:

Mi muy admirado caballero y señor don Quijote de la Mancha, flor de la más excelsa caballería:

Necesito vuestra ayuda. Mis hijas han sido secuestradas. Id por Torrelaguna y allí encontraréis a un apuesto muchacho que os guiará hasta mis dominios, el castillo de Manzanares El Real.

Queda a vuestros pies con todo el respeto hacia vuestra persona, Bernardino de Mendoza.

—Mi señor, ¿estáis seguro de que dice eso? —preguntaba Sancho Panza muy sorprendido.

208

—¡Pues claro! Esta paloma ha realizado su cometido con éxito trayendo consigo este importante mensaje. ¡Vuela, palomita, y vuelve a tu hogar! Yo me ocupo de esta gran aventura que me has encomendado y libraré a esas doncellas de esos maleantes —decía don Quijote mientras echaba al aire al pobre animal, todavía algo aturdido del golpe.

—¡Deprisa, Sancho, no debemos perder un minuto, partamos inmediatamente! Trae ya a Rocinante, un corcel como él siempre debe estar preparado para todas las singulares y extraordinarias aventuras que se nos presenten.

—De acuerdo, mi señor don Quijote, no tardo, voy a los establos y traeré también a mi rucio que hasta Torrelaguna queda trecho todavía, que conozco el camino.

Don Quijote y Sancho Panza emprendieron el viaje y comenzaron a andar hasta quedar casi exhaustos. Entonces, vieron un árbol muy grande a lo lejos y decidieron parar allí para descansar un poco. De repente, sobrevoló una sombra sobre sus cabezas.

—¿Has visto, Sancho? Un dragón nos acecha, eso significa que estamos cerca de los malhechores y, por tanto, de conseguir nuestro propósito.

—¿Estáis seguro, mi señor? Mirad que antes me pareció escuchar una cigüeña, que en Alcalá hay muchas con nidos en todos los lugares más importantes: iglesias, torres...

—¡Es un dragón! Conozco muy bien el crotoreo de una cigüeña y ese sonido era un gran rugido y no el repiqueteo de unos picos al saludarse. ¡Pongámonos de nuevo en camino!

Al rato llegaron a Torrelaguna sin ninguna dificultad. Allí se acercaron a un grupo de jovenzuelos que estaban jugando en medio de la plaza, ya que buscaban a un muchacho, como decía la carta.

—Tú debes de ser el responsable de indicarnos el camino para proseguir nuestra aventura. El ilustre Bernardino de Mendoza te habrá dejado encomendada esa importante misión. ¿Cómo te llamas? —dijo don Quijote a uno de los muchachos que se habían parado para ver a estas extrañas personas.

—Soy Francisco Jiménez de Cisneros, y... ¿quién sois vos? —contestó el más serio mientras el resto no podía parar de reír.

Don Quijote tenía razón con decir que aquel muchacho tenía una misión importante, aunque no la que él creía, ya que el cardenal Cisneros sería un ilustre de España. Incluso andando el tiempo habría un colegio y un instituto en Alcalá de Henares con su nombre, donde los zagales y zagalas del lugar irían a estudiar y aprender.

—Mendoza, supongo que se refieren al castillo de Manzanares El Real. Deben continuar hasta la sierra de Guadarrama, está situado en la orilla del embalse de Santillana, pueden seguir el curso del río, pero tengan cuidado porque hay muchos peligros por el camino.

—Mi señor, ¿se ha dado cuenta de que debemos cruzar el río? Un poco más adelante me parece ver una vieja barca. Quizá por ahí sea un buen sitio.

—No es una barca, amigo mío, es el dragón que nos sigue de cerca. Nos aproximaremos y me enfrentaré a él. Otra hazaña que será recordada, querido Sancho.

210 Don Quijote corrió muy decidido empuñando su espada para enfrentarse a su feroz enemigo. De repente, se paró delante de la barca y comenzó a hablar con ella. Metros atrás estaba Sancho Panza observando todo pensando que seguramente su señor se había percatado del error que estaba cometiendo. Poco a poco, se acercaba con los animales sin decir nada.

—¡Sancho, acércate, no temas! Te presento al buen dragón ChinLu, nos estaba acompañando desde los cielos para ayudarnos si teníamos alguna dificultad y al ver que necesitamos cruzar el río, se ofrece para que nos montemos sobre su lomo y así pasar al otro lado. ¡Ojalá todos los dragones tuvieran su gran corazón!

—Pe... pero, si es una barc... —comenzó a murmurar Sancho, y viendo que era inútil insistir en la realidad, se calló y subió sin añadir más.

—Muchas gracias, ChinLu, por tu ayuda, nunca te olvidaremos, y si necesitas ayuda avísanos y vendremos sin dudarlo. ¡Tu buena acción será conocida por todo el mundo!

—Tenemos delante La Pedriza, debemos tener cuidado, mi señor, puede haber ladrones en estos lares. —Sancho Panza guiaba el camino—. Allí se ve El Yelmo, seguro que encontraremos algún lugar donde pasar la noche a salvo.

Caballero y escudero siguieron andando hasta que a lo lejos divisaron una cueva donde cobijarse.

—Pasemos ahí la noche, mi señor, el frío puede ser intenso y el caballo y el asno necesitan también descanso.

Se adentraron en la cueva y comenzaron a dar gritos por si alguien estuviera dentro, o bien algún animal se refugiara en su interior, pero al no obtener respuesta hicieron una hoguera para calentarse. Con el silencio de la noche y el baile chispeante de las llamas, don Quijote y Sancho Panza quedaron dormidos enseguida. Al alba, don Quijote se despertó sobresaltado porque había tenido un sueño muy extraño en el que aparecían fantasmas que se escondían por todas partes y se llevaban sus pertenencias. Se levantó buscando a Sancho y, ¡sorpresa!, no estaba. Rápidamente comenzó a llamarlo cuando se escuchó su voz en el interior.

211

—Mi señor, me levanté y faltaban nuestras cosas. Alguien se ha llevado las alforjas y los animales y lo único que he encontrado es una herradura de Rocinante que sigue hacia el interior de la cueva y al fondo parece que hay luz.

—Han debido de ser los fantasmas de mi sueño que nos han querido hacer una trastada. Sigamos, pues, por donde dices, porque esto parece un pasadizo secreto.

Al otro lado pudieron divisar un enorme castillo de piedra y se dirigieron hacia él. Sin darse cuenta estaban llegando a su destino. Al entrar vieron unas armaduras apoyadas en los muros, debían ir en silencio porque no querían alertar a los guardias ni sobresaltar a los habitantes del lugar. Pero don Quijote vio un ratón en un casco, intentó pisarlo y se le quedó el pie enganchado, se cayó y empujó el resto de las armaduras que quedaron esparramadas por el suelo produciendo un gran estruendo. Se levantó como pudo y se adentraron hasta llegar a un pozo.

—Mi señor, tenga vuestra merced cuidado que por lo menos hay siete metros de caída.

Don Quijote, al que los años y la armadura hacían a veces muy torpe, fue a asomarse, se resbaló y por poco cae de nuevo, así que decidió alejarse como le había aconsejado Sancho. Comenzaron a investigar por el castillo. Primero entraron en una sala llena de tapices y ambos se pararon delante de uno que realmente les llamó la atención. Se trataba de un precioso paisaje en el que había muchas flores y casas. Don Quijote parecía paralizado y era como si el tapiz le atrapara y quisiera adentrarse en él, nada le importaba en ese momento. Iba a tocarlo cuando, de repente, Sancho le zarandeó lo suficiente como para que volviera en sí, y así, después de frotarse los ojos, le dijo:

212

—Sancho, sigamos nuestro camino, por un momento este tapiz me ha hecho recordar mi hogar y ya son muchos días alejados de casa.

—Sí, mi señor, cuanto antes vayamos, antes terminamos.

Después llegaron a otra sala donde había muchos retratos. Otra vez don Quijote se quedó parado delante de uno en el que aparecía una dama.

—¡Mira, Sancho, qué bella es mi señora Dulcinea! ¡No puedo parar de mirarla!

—Vámonos, mi señor don Quijote, que creo que la nostalgia se vuelve a apoderar de vuestra merced y ve cosas donde no las hay.

Ambos iban perdidos de un lado a otro, cuando, de repente, se toparon con un hombre.

—Buenas tardes, usted debe ser don Bernardino de Mendoza. Le estábamos buscando, como no hemos visto a nadie, decidimos echar un vistazo. Espero que no le importe.

—¿Cómo? ¿Quién? —decía sorprendido el hombre.

—Recibimos vuestra carta de auxilio y hemos venido para recuperar a vuestras hijas. No os preocupéis de nada, mi escudero y yo nos ocuparemos de todo desde ahora.

En ese momento, el hombre recordó que ya los había visto antes. Eran los dos hombres dormidos en la cueva a quienes les habían robado la noche anterior. Lo mejor que podía hacer era seguirles la corriente para evitar sospechas y así que no le descubrieran, ni a él ni a sus compinches que estaban también escondidos allí.

—Disculpad que no les haya recibido nadie como se merecen unos caballeros tan valientes. Al oír ruidos me acerqué a ver si se había colado algún ladronzuelo. Pero acompañadme, que debéis estar cansados y hambrientos tras vuestro largo viaje.

Los tres continuaron hasta entrar en un gran salón con una enorme mesa en el centro y unas delicadas alfombras. El ladrón llamó a sus compañeros y les pidió que trajeran un gran festín para sus invitados, cosa que les extrañó hasta que explicó lo que pasaba. Enseguida sacaron las viandas que habían encontrado en las alforjas.

—¡Qué manjares más exquisitos, don Bernardino! —exclamaba don Quijote.

«Yo diría que esta comida me resulta familiar», pensaba Sancho Panza mientras comía.

—Los acompañamos a sus aposentos donde puedan descansar, mañana será un nuevo día —decía el ladrón siguiendo la trama.

Ambos estaban agotados y, al ver la cama, don Quijote se dirigió a ella para tumbarse, pero Sancho le frenó.

—Mi señor, creo que esta cama es de madera, por lo que échese sobre ella con cuidado.

—¡Bobadas! —replicó don Quijote—. Esta es la cama más mullida del territorio, solo hay que observar su buena apariencia.

Y en cuanto nuestro hidalgo se tiró... ¡PUM! De repente, apareció mucho humo y don Quijote dijo:

—¡Diablos, Sancho, tenías razón! Esta cama está más dura que la rodilla de una cabra.

—Si ya os advertí, a veces las apariencias engañan, mi señor.

214 A la mañana siguiente se despertaron descansados y don Quijote se asomó a la ventana.

—¡Mira, Sancho, qué detalle ha tenido don Bernardino! Ha encontrado a Rocinante y al rucio y los han traído hasta nosotros. ¡Ahí los tienes, en el patio de armas!

Sancho Panza cada vez sospechaba más que todo era muy raro y decidió ir hacia las almenas para poder investigar y buscar por otros lugares diferentes.

Mientras don Quijote subía las escaleras de caracol, iba relatando sus hazañas y recordando episodios como cuando luchó contra los gigantes, de forma que iba distraído hasta que tropezó en un escalón y se cayó, por lo que Sancho Panza le dijo:

—¡Qué os advertí, mi señor! No se pueden hacer dos cosas a la vez: o se sube o se habla; por lo menos vos—. Mientras pensaba: «¡Cuándo aprenderá la lección este hombre!».

Al fin, en las almenas del castillo, don Quijote podía disfrutar de las vistas del lugar, hacia el embalse y las casas que rodeaban el castillo, así como de La Pedriza, pudiendo distinguir incluso el camino por el que habían llegado. En ese mismo instante, Sancho se puso muy nervioso porque estaba viendo a uno de los malhechores. Justo delante del pozo había un mozo

gritando auxilio mientras otro hombre intentaba arrojarlo dentro.

—Mi señor, parece que oigo voces de auxilio que proceden de allí. Bajemos a ayudar.

—Tranquilo, mi leal escudero, será el bufón de la corte, aun así bajemos.

Cuando llegaron, vieron como los ladrones tiraban al pozo a un campesino.

—¡Sancho, tenemos que socorrerle!

Don Quijote se acercaba espada en mano dando voces cuando sonaron las campanas de la iglesia. En ese momento las cigüeñas volaban sobre el castillo.

—¡Vamos, ChinLu! ¡Sigue adelante, atrapa a esos maleantes! ¡Otra hazaña para recordar!

—¿Estás bien, muchacho? —preguntaba Sancho Panza mientras le sacaba del pozo al tiempo que huían los pícaros.

—Sí, muchas gracias, señores. Pero mi madre y hermana... ¿dónde están? Tengo que encontrarlas. Estos ladrones se las llevaron a la fuerza y yo salí en su busca y aquí les perdí la pista. De repente, me atacaron por detrás y bueno... al pozo que me echaron.

—No te preocupes, encontraremos enseguida a las bellas damas, pongámonos los tres a buscar —le tranquilizaba don Quijote.

Subían, bajaban, abrían todas las salas por las que pasaban. Cuando, de repente, se escucharon unas voces de mujer tras la puerta de una habitación cerrada con llave. Entonces, sin pensarlo, don Quijote cogió carrerilla y se chocó contra la puerta dejándola abierta y saliendo él despedido hacia su interior. Las damas se encontraban en una habitación con elegantes y preciosos vestidos, junto al oratorio, con cantidad de libros y escalones

para rezar. Al principio se asustaron al ver a un caballero con la armadura destartada, pero enseguida vieron al muchacho, hermano e hijo de las mujeres, y se tranquilizaron.

Así termina esta aventura con éxito para el famoso hidalgo don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho Panza, y con mucha satisfacción de haber logrado rescatar a las damas, partieron a los caminos a enfrentarse a otros peligros y a salvar a hombres y mujeres en apuros. Empezaba a esconderse el sol cuando se alejaron del castillo de Manzanares El Real.

Capítulo XVII

Que trata de lo acontecido
a don Quijote en Toledo
y cómo vivieron la aventura
del castillo con el mago

CEIP Ntra. Sra. del Val
Toledo

Tutora literaria
Concha López Narváez

Profesorado

Isabel Moreno Fernández

Alumnado

Darío Aladren Porrero
Darío Borrego Benito
Lola Boyero López
Guillermo Busto Oviedo
Iker Carmeno Novillo
Gabriel Catrina Bogdan
Patricia Ioana Circov Boncut
Lara Cojedor Soriano
Jorge de Miguel Cortizas
Daniela García González
Cristina Ioana Groza
Diego Hernández Rino
Bruno Ibáñez García
Lidia Ibáñez García
Aitana Jiménez Herranz
Julia Cecilia Leone
Gabriela Martínez Galván
Diego Moreno Carballo
Sandra Moreno Fernández
Ángela Moreno Martín
Marta Moratalla Rodríguez
Lola Rabanal Serrano
Pablo Razola Obiang
Martina Sánchez García
Vicente Sergio Salas
Nerea Silva Popa Dumitrascu
Paula Torres Pérez
Rocío Valero Hernández
Gael Valverde Villaroya



Capítulo XVII

Que trata de lo acontecido a don Quijote en Toledo y cómo vivieron la aventura del castillo con el mago

Desde un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, venían el hidalgo don Quijote con su fiel escudero Sancho Panza, los dos a lomos de sus animales, entrando a las vastas tierras de Toledo.

221

Se sentían hambrientos y exhaustos. Pasado un rato, se pararon a beber en el río, mientras Sancho pensaba en el gran bocadillo que se iba a comer en el mercado del castillo. A Sancho le rugían las tripas y dijo:

—Si es que así no se puede andar, tenemos que comer algo, señor, es importante, ya sabéis lo que dice el dicho: «Barriga vacía, no tiene alegría».

—Vale, Sancho, cuando llegemos nos comeremos unos bocadillos.

Retomaron su camino hacia la aventura y vieron a lo lejos la bonita ciudad de Toledo. Les gustó mucho su alcázar y su castillo, que dominaba la ciudad. También pudieron admirar el reflejo de las siluetas de las cúpulas, los campanarios y toda la ciudad sobre el bellissimo y caudaloso río que la bordeaba. Ya pasado el puente de Alcántara, que unía la ciudad con las afueras, empezaron a subir hacia la posada para dejar sus animales e ir directamente al castillo a comprar un poco de comida en el mercado. La posada era un pequeño edificio con aspecto viejo, rodeado

de una valla con algunas maderas caídas; tenía bastantes ventanas en la fachada, algunas rotas. Estaba situada en una de las callejuelas de cerca de la calle Mayor. Don Quijote quería entrar a la habitación para dejar sus alforjas, pero, por culpa del hambre que Sancho tenía, se tuvo que esperar. Lo que no sabía era que esa espera iba a durar mucho más de lo que creía...

Después empezaron a subir rápidamente por la calle Mayor, que era ancha, y con los adoquines bien colocados. Había grandes casas con escudos de cada familia y muchas tiendas de vino y aceite. Estaba llena de nobles –bien vestidos– comprando cada cosa que veían. Una vez llegaron al castillo, se encontraron con un gran cartel en el que don Quijote leyó en voz alta que se ofrecía una recompensa a quien encontrase al malvado brujo que invocaba al diablo. Sancho sintió miedo y aceleró el paso. Don Quijote le dijo:

222

—Anda, amigo, no te canses ahora, la comida nos espera justo ahí y podrás dar gusto a tu estómago—. Así que siguieron su camino hacia el mercado.

Nada más entrar compró rápidamente el pan para irse a dormir, ya que estaban agotados. Al salir volvieron a bajar por la calle Mayor.

Pasado un rato, se despistaron y empezaron a ir de callejuela en callejuela. De repente en un callejón estrecho y tortuoso, se oyó un grito: «¡Agua va!». Y a Sancho le cayó encima un líquido amarillo sospechoso. Él no se creía la mala suerte que tenía, dado que no traía ningún atuendo más para cambiarse. Después de una hora perdidos, al volver una esquina, no vieron un enorme agujero y... ¡se cayeron en una especie de pozo gigante!

Cuando se recuperaron del susto, se encontraron que realmente estaban en una cueva. El suelo estaba inundado, tenía estalactitas y también había arcos romanos, aunque todo estaba

un poco oscuro. Al fondo a la derecha vieron unas escaleras que subieron con muchas dudas. Sancho ya se había comido las dos barras de pan que habían comprado, pero don Quijote ni pensaba en comida. Las escaleras con forma de caracol llevaban a una puerta mohosa y entreabierta por la que se accedía a un pasadizo con antorchas a cada metro, estaba muy húmeda y cada palabra que decían retumbaba.

Ese pasadizo llevaba a un gran sótano que parecía de una casa, pero cuando continuaron subiendo ya casi mareados, se dieron cuenta de que estaban nada más y nada menos que... ¡en el castillo! Al entrar, estuvieron un buen rato yendo por los amplios pasillos llenos de cuadros de reyes, escudos y muchas espadas. Pero, para mala suerte de Sancho, don Quijote vio una armadura y se alzó contra ella con la intención de defender a su fiel escudero, tirándola al suelo porque pensaba que era un malvado caballero, haciendo gran estruendo.

Los guardias los escucharon y acudieron al momento. Eran cinco hombres uniformados y corpulentos que los esposaron con los grilletes rápidamente. En un abrir y cerrar de ojos se vieron encarcelados en una celda pequeña, oscura, húmeda, con un suelo mugriento en el que seguramente habría pulgas y chinches. Tenía una pequeña ventana con barrotes que daba al patio de armas. No se habían dado ni cuenta de que tenían compañía. El hombre era flaco, con una enorme barba blanca y con gafas de media luna.

—¡Hola! Soy el famoso mago al que todos buscan, me llamo Norton. ¡Ahhhh!, y esta es mi rata Pinqui...

—¡AHHHH! —gritó don Quijote. Y empezó a chillar que si invocaba a los leones, que si era el diablo... Los guardias no tardaron en acudir. Con malas formas cogieron a don Quijote por los dos brazos y se lo llevaron.

Sancho se asustó mucho pensando adónde se lo iban a llevar y lo que podrían hacer a su señor.

—¡Tu amigo está muy loco! Pues en la celda oscura seguro que va a gritar mucho más, porque, al menos yo, no he visto ningún sitio con más ratas en mi vida —dijo el mago.

—¿Dónde está la celda oscura? —preguntó Sancho, asustado al oír la última frase que había dicho el mago.

—Al fondo de las mazmorras, pasadas cinco o seis puertas cerradas con candado —dijo el mago.

224 —Entonces tendremos que esperar a que nos dejen salir y no volver a este castillo nunca jamás —dijo Sancho.

El mago empezó a reírse durante un buen rato y después dijo:

—¿En serio esperas que nos saquen de aquí sin más? A mí me queman mañana y, como comprenderás, no quiero que eso llegue a suceder. Y seguramente vosotros vendréis conmigo.

—Tengo que ayudar a mi señor —dijo Sancho intentando que su voz sonase un poco convincente.

El mago se pasó al menos media hora riéndose otra vez. No daba crédito a lo poco que sabía Sancho y lo inocente que era.

—¿Crees que no he intentado escapar de aquí en estos siete días que llevo encerrado casi sin comer? Si tuviera alguna de mis pócimas, todo sería más fácil, pero me las requisaron todas nada más atraparme —dijo el mago.

—Bueno, no sé..., a lo mejor podríamos forzar la cerradura —propuso Sancho.

—Imposible, tiene más de siete candados cerrados con diferentes llaves —dijo el mago.

Sancho estuvo pensando formas de escapar.

Pasaban las horas oyéndose los gritos de don Quijote, las puertas abriéndose y cerrándose mientras el guardia salía y

entraba. Y, en ese momento, Sancho tuvo una de las mejores ideas que se le habían ocurrido nunca.

—¡Ya lo tengo! —dijo Sancho. En el momento en el que el guardia se apoye en la puerta de nuestra celda y salga a informar al rey de nuestro comportamiento, o de lo que sea, le sujetaremos las llaves, sin que lo note, y con el movimiento que él haga conseguiremos coger las llaves y él ni se dará cuenta. Sancho se sentía orgulloso de su magnífica idea.

—Buena idea —corroboró el mago.

Estuvieron esperando bastante rato y Sancho se moría de hambre. De buenas a primeras el mago dijo:

—¡Las tengo! —Mientras sujetaba un manojo con al menos veinte llaves bien grandes que había conseguido arrebatarse al guardia poniendo en práctica la idea de Sancho.

Pasó largo tiempo hasta que lograron abrir todos los candados y llegar hasta donde tenían encerrado a don Quijote.

—¡Por fin! —dijeron a coro gritando.

Tuvieron suerte, porque el guardia no había vuelto. Pero se tenían que dar prisa, pues en cualquier momento podía aparecer. Cuando ya estaban todos libres, salieron rápidamente los tres y la pequeña rata, escondida en el bolsillo del mago para que don Quijote no la viese, por la gran puerta de madera.

En el pasillo del sótano del castillo vieron al guardia, pero se escondieron detrás de un mueble de madera robusta y el guardia pasó de largo, porque todavía no se había dado cuenta de que le habían robado las llaves. Después continuaron con su fuga por los sótanos del castillo.

Al llegar a las escaleras casi se toparon con un grupo de siete u ocho guardias que iban muy rápido. Menos mal que reaccionaron rápido y se ocultaron tras unas columnas. El mago pensó que seguramente ya habrían informado de su fuga.

Nada más llegar fueron al patio de armas disfrazándose de campesinos para que no los reconociesen, a pesar de que a don Quijote no le hacía ninguna gracia. Consiguieron vino, pan y jamón. El mago les sirvió a todos una copa de vino. Al lado tenían a un noble que reconoció a don Quijote, a pesar del disfraz, y le informó de que había un torneo en el que podía participar y que el premio eran tierras de labor. Don Quijote no estaba interesado en ese premio y preguntó que si participaba y ganaba le podrían conceder, en lugar de las tierras, la mano de su amada Dulcinea. El noble le aseguró que sí.

—Sí, sí, me apunto —dijo don Quijote.

—Mi señor, vos sois demasiado bueno para los torneos del castillo... —dijo Sancho intentando convencerlo de no participar, porque sabía que le iban a tirar al suelo en la primera ronda y acabaría malherido.

—¡Oh!, Sancho, eso ya lo sé, pero Dulcinea me merece, y no a otro —dijo don Quijote.

Nadie había visto al mago desde que les sirvió la copa a todos. Al cabo de un rato, de repente, como por arte de magia, llegó.

—Don Quijote, mi nuevo amigo, no sé si debes o si no debes participar en el torneo, pero para cualquiera de las opciones te vendrá bien otra copa de vino —dijo el mago mientras se la servía.

—Gracias, mi buen amigo —contestó el caballero.

Sancho se echó a un lado y dejó de discutir, ya se había dado por vencido. Pensó que él siempre ayudaba a don Quijote y ahora iba el mago, le servía una copa de vino y él le llamaba «mi buen amigo». No daba crédito a lo que oía. Sancho, preocupado por su señor, no sabía cómo podía convencerlo para que no participase en el torneo y en ese instante se dio cuenta de que no tenía caballo.

—Mi señor, sabéis que no tenéis vuestro caballo —le dijo Sancho.

—Eso ya está solucionado —dijo el mago—. Te he conseguido uno de los mejores caballos de la ciudad. Ahora mismo te lo traigo.

—¡Ohhh! Gracias, pero después te lo devolveré. Yo prefiero a Rocinante, mi fiel caballo —dijo don Quijote.

Pasado un rato, comenzó el torneo.

—¡Don Quijote contra el noble de las tierras de Toledo, Paulís de Montemayor, familia del rey! —dijo un caballero de la corte. Don Quijote entraba en el terreno de batalla a lomos de su nuevo caballo.

—Detrás de la línea hasta que dé la señal —dijo el mismo caballero de antes.

Los dos obedecieron al momento.

—Preparados..., listos..., ¡YA! —gritó el caballero.

Los dos atacaron al mismo tiempo, pero don Quijote no calculó bien y se chocó con la lanza del otro caballero cayendo al suelo. Él intentó levantarse, pero estaba demasiado dolorido. La gente empezó a abuchear a don Quijote y a lanzarle tomates, pero en ese momento..., ¡se esfumó!

Nadie entendía lo que pasaba, había algunos que decían que el mago fugado lo había mandado al infierno. Sancho estaba perdiendo la paciencia y se dio cuenta de que tenía que haber sido el mago y fue a preguntárselo directamente.

—¿Dónde está mi señor don Quijote? —preguntó Sancho muy nervioso.

—Bueno..., era por su bien... —empezó a decir el mago.

—Dime lo que has hecho con él —dijo Sancho con cara de pocos amigos.

—¡Nooooo! Simplemente me enteré de que iban a hacerle una broma a don Quijote para reírse de él, porque un noble de

su pueblo le conocía y sabía el amor que don Quijote sentía por Dulcinea. Pero el contrincante iba a ser un noble del castillo entrenado durante años en la corte, para que nada más empezar le tirara al suelo y todos le abuchearan. Y si se negaba a participar, le iban a llamar cobarde —explicó el mago.

—¿Y? —preguntó Sancho, que no entendía nada de lo que pasaba.

—Pues que le puse una pócima de las mías en el vino para que, si lo tiraban o lo herían con la lanza, se fuese directamente a vuestra posada —dijo el mago.

228

Sancho le dejó con la palabra en la boca y salió corriendo hacia la posada.

Llegó agotado y sudoroso, abrió la puerta y vio a su amo echado en la cama durmiendo. Cuando se despertó dijo:

—¡Oh, Sancho, amigo, qué sueño más raro he tenido!

—No ha sido un sueño, señor, ha sido otra de nuestras aventuras, que va usted a matarme a sustos.

No volvieron a saber nada del mago. Ellos, al día siguiente, emprendieron camino hacia Ciudad Real, donde los esperaban nuevas aventuras y desventuras.

Capítulo XVIII

De lo que le sucedió a don
Quijote con los vendimiadores
para salvar a la reina Ricarda V

CEIP Dulcinea
Ciudad Real

Tutor literario
Ricardo Gómez

Profesorado

Antonia Cruzado Padilla

Marta Lillo Fernández

M.^a Jesús Sáez Manzanedo

Alumnado

Mariangel Aurora Abreu Gutiérrez	Enrique Rodríguez Alonso
María Eugenia Argudo Carrasco	Nieves Rodríguez Matellán
Leo Carmona Colome	Ernesto Romero de Ávila Sousa
Aitor Castro Fuentes	Lucía Rosendo Menéndez
Krasimir Kirilov Chakarov	Marcos Ruiz Embid
Iker Checa Prieto	Paula Saldaña Torroba
Karla Cuevas Bonilla	Sergio Sánchez Alonso
David de Fitero Teijeira	Ignacio Sánchez Alonso
Marta de la Fuente Fernández	Adrián Sanz Campoy
Ian Doncel García	Yaiza Soriano Balaguer
David Domínguez Sánchez	María Uceda Cano
Alba Fernández García	Coral Valle Polo
Álex Fernández Rodríguez	
Jaime Fresnillo Pollan	
Iván García Nieto	
Marta Garrido Fuentes	
Julio Gil Herranz	
Miguel González Carneiro	
María González Carneiro	
Hugo de Inés Ruiz	
Paula Iriarte López	
Izan Izquierdo Ruiz	
Paula Jiménez Harkous	
Laura María Korczynska	
Leyre López Marchal	
Carlos Luna Sarmiento	
Irene Maroto Mengual	
Daniel Martín Lozano	
Miguel Megías Molina	
Mario Megías Molina	
Daniel Miño del Castillo	
Samuel Moreno Martínez	
Dragos Constantin Pantea	
Miguel Quer Martínez	
Julia Quer Martínez	
Naiara Ríos Santiago	



Capítulo XVIII

De lo que le sucedió a don Quijote con los vendimiadores para salvar a la reina Ricarda V

Una calurosa mañana de septiembre, don Quijote y Sancho almorzaban unos sabrosos duelos y quebrantos en una conocida venta de Ciudad Real. Al rato, entró por la puerta un caballero armado con un escudo resplandeciente como el sol. El caballero se quitó su yelmo y se aseguró de que le escuchasen para comunicar una grave noticia en voz alta:

—Habitantes de Ciudad Real, por desgracia, vengo a comunicarles una grave noticia. La reina Ricarda V se halla gravemente enferma a pocas leguas de distancia, en el castillo de Peñarroya de Argamasilla de Alba.

Don Quijote se quedó atónito y... ¡Sancho casi se atraganta con los duelos y quebrantos! Con reposo y serenidad, don Quijote se dirigió al caballero:

—¿Qué le sucede a la reina Ricarda V? ¿Es cierto que tan grave se encuentra?

—Sí, mi señor don Quijote, tan grave está —dijo el caballero con lágrimas en los ojos—. Nuestra reina Ricarda V le pidió a una bruja de un pueblo cercano un tónico para estar más bella. Sin embargo, el tónico no le ha hecho efecto y, lo que es peor, ¡le ha hecho enfermar gravemente! La reina ahora ha venido al castillo de Peñarroya para ver si se recupera con un cambio de aires manchegos.

—No se preocupe, valeroso caballero, seguro que algo podemos hacer mi escudero y yo por la reina Ricarda V. El castillo de Peñarroya está cerca de aquí. Iremos a visitarla. ¡No podemos dejar a una hermosa reina en peligro! —dijo don Quijote para tranquilizar al caballero que acudió a la venta.

El caballero se fue y, cuando se comieron los duelos y quebrantos, don Quijote le dijo a Sancho:

234 —Sancho, prepara las alforjas, que iremos a Argamasilla de Alba, al castillo de Peñarroya, para visitar a la bella reina Ricarda V.

—Bueno, eso de bella... Los rumores que corren y las malas lenguas aseguran que la reina Ricarda es de todo menos bella, precisamente —dijo Sancho riéndose.

—¡Sancho, no digas sandeces! ¡Todas las reinas y damas de La Mancha son de gran belleza! Y si no me crees, acuérdate de mi señora Dulcinea. Por favor, llena las alforjas de víveres, que no sabemos las aventuras que nos deparará el destino ahora.

Las siete de la tarde serían, con luz escasa, cuando don Quijote y Sancho llegaron al castillo de Peñarroya. La reina Ricarda V ya había sido avisada de su visita y los esperaba en sus aposentos junto con sus damas de compañía.

—¿Cómo se encuentra, mi majestad y hermosa reina? —preguntó don Quijote a la reina.

—Mire cómo estoy, mi ilustre caballero don Quijote; no me puedo mover de esta cama. Mi ambición por ser la mujer más bella de La Mancha me llevó a creer en los tónicos de belleza de una bruja, y miradme ahora... ¡El tónico lo único que me ha hecho es ponerme enferma! —le explicó a don Quijote y Sancho con una voz temblorosa.

Sancho se quedó pensativo y al ver a la reina se dio cuenta de que los comentarios que la gente decía sobre que no era muy agraciada eran ciertos. Sancho, como buen comedor y bebedor, se acordó de un delicioso mosto que probó hacía años y se le ocurrió una idea brillante que comunicó a la reina:

—Mi querida reina Ricarda, recuerdo que cuando era joven bebí el mejor mosto de mi vida en Villanueva de los Infantes. Dicen que sus uvas tienen poderes curativos. Tal vez si su majestad bebe el mosto..., ¡se curará en un santiamén! ¡Además, ahora es septiembre, es el mes de las uvas, de los vendimiadores y del rico mosto!

—¿A qué estamos esperando? Mi señor don Quijote..., ¿podríais traerme un poco de mosto de Villanueva de los Infantes para curar mi enfermedad? Os recompensaré bien... —propuso la reina a don Quijote y Sancho.

—Sus deseos son órdenes para mí, majestad. En un par de días volveremos con una gran cantidad de mosto de Villanueva de los Infantes —respondió don Quijote.

—Sois mis caballeros favoritos —dijo la reina Ricarda.

La reina preparó un delicioso banquete para don Quijote y Sancho, los cuales pasaron la noche en el castillo. Al alba, y con los halagos de la reina, don Quijote y Sancho se pusieron en marcha hacia Villanueva de los Infantes.

Al rato de emprender su viaje, don Quijote y Sancho se encontraron con un pastor muy agobiado.

—¡Socorro, mi oveja está en peligro, está a punto de traer al mundo corderetes! —exclamaba el pastor todo sofocado.

—No se preocupe, buen pastor, que mi escudero Sancho y yo le ayudaremos —dijo don Quijote.

—Sí, por favor, ayudadme, que se mueren los corderitos —dijo el pastor.

—¡Sancho, deja de comer esa hogaza de pan y ayúdanos a rescatar a los corderetes, por el amor hermoso! —le exigió don Quijote a Sancho Panza.

—Venga, ovejita, empuja... Los corderetes saldrán enseñuida —murmuraba el pastor a su oveja.

A los pocos minutos, y con la ayuda de don Quijote y Sancho, la oveja dio a luz a dos regordetes corderitos que llegaron al mundo sanos y salvos. Sancho y Quijote le contaron al pastor lo que le había ocurrido a la reina Ricarda V, y también que se dirigían a Villanueva de los Infantes a por mosto, ya que sus uvas tenían poderes curativos que podrían salvar a la reina. El pastor se quedó pensativo y le dijo a don Quijote y Sancho:

—Tal vez tengáis razón. No sé dónde lo he escuchado, pero dicen que las uvas de Villanueva de los Infantes tienen poderes curativos... Como muestra de agradecimiento por rescatar a mi oveja y a mis corderetes, os guiaré a Villanueva de los Infantes.

—Será un honor. ¡En marcha los tres! —dijo don Quijote.

Tomaron el camino a Villanueva de los Infantes cabalgando sobre Rocinante y el rucio y, al tercer día, llegaron a dicho pueblo. Nada más llegar a Villanueva de los Infantes, don Quijote y Sancho se encontraron una cuadrilla de vendimiadores. Don Quijote explicó a los vendimiadores las razones que les habían llevado a visitar tan bonito y pintoresco pueblo:

—Queridos vendimiadores, dado que es septiembre hemos acudido a vuestro hermoso pueblo para recoger sus uvas curativas. ¡Necesitamos hacer mosto para salvar a la reina Ricarda V!

—Habéis acudido al sitio indicado. Será un verdadero placer salvar a la reina con nuestras uvas —dijo una vendimiadora llamada Enriqueta.

—Comenzaremos la recogida de uvas y elaboraremos el mosto ahora mismo. Pero antes de nada... Seguro que habéis tenido un largo viaje... ¡Prepararemos unas migas y unas gachas y, en cuanto almorcemos, nos pondremos manos a la obra! —comentó otro vendimiador al que llamaban Abelardo.

—¡Esa idea me gusta! Los duelos con pan son menos —dijo Sancho.

Durante el almuerzo, los vendimiadores explicaron a don Quijote, a Sancho y al pastor las diferentes leyendas que los habitantes de Villanueva de los Infantes contaban para explicar los poderes curativos de sus uvas. Cuando terminaron de comer, Oscarino, el vendimiador más anciano de la cuadrilla, dio las órdenes para elaborar el mosto:

—Nosotros, los vendimiadores, recogeremos las uvas... Sancho Panza, tú tendrás que echar las uvas en la espuerta. Así que..., ¡date vidilla y no te escondas entremedias para comer! ¿De acuerdo? Por último, vuestro amigo el pastor y mi señor don Quijote tendrán que meterse en la espuerta y pisar las uvas para elaborar el mosto... Si nos ponemos ya manos a la obra, antes que se ponga el sol, habremos acabado. ¡A trabajar!

A las cinco de la tarde..., con el sol de septiembre, don Quijote no podía más. Estaba agotado.

—Dios mío, Sancho..., me tiemblan las piernas de tanto pisar las uvas... ¡Todo sea por salvar a la hermosa reina Ricarda V! —dijo don Quijote con un hilo de voz.

Cuando los vendimiadores escucharon la palabra «hermosa», echaron a reír a carcajadas. Era bien sabido en todos los lugares que la reina Ricarda era de todo menos guapa.

Las siete de la tarde serían cuando los vendimiadores, don Quijote y Sancho acabaron de recoger las uvas y elaborar

el mosto. Había sido un duro día de trabajo, pero todos lo habían pasado genial. Don Quijote y Sancho cargaron el mosto sobre Rocinante y el rucio. Antes de partir otra vez al castillo de Peñarroya para entregarle el mosto a la reina Ricarda, Sancho llenó sus alforjas con chorizos, morcillas y lomo de orza que le habían regalado los vendimiadores. En el momento de partir, la vendimiadora Enriqueta se dirigió a don Quijote y Sancho en nombre de todos los vendimiadores:

238

—Mi señor don Quijote, sería un auténtico honor poder acompañarle al castillo de Peñarroya en Argamasilla de Alba para entregarle el mosto a la reina Ricarda V.

—De acuerdo. Pues entonces iremos todos juntos. Mi escudero Sancho, nuestro amigo el pastor y vosotros, queridos vendimiadores de Villanueva de los Infantes —respondió don Quijote.

Tomaron todos juntos el camino hacia el castillo de Peñarroya, cuando don Quijote se encontró melancólico por su amada Dulcinea y decidió preguntarles a los vendimiadores y al pastor si la conocían:

—¿Alguien conoce a mi amada Dulcinea? Su belleza es bien conocida por todos los lugares de La Mancha.

—Ahora que la mencionas, hay un colegio llamado «Dulcinea» en la región de Alcalá de Henares —dijo el pastor.

—Sí, es cierto... Yo también he escuchado algo... Creo que en ese colegio estudian los niños que están escribiendo este capítulo —comentó la vendimiadora Enriqueta.

Don Quijote echaba mucho de menos a su querida Dulcinea y pensó que, después de salvar a la reina Ricarda V, recorrería toda La Mancha en su busca.

Al día siguiente, con la luz del alba, llegaron todos al castillo de Peñarroya en Argamasilla de Alba. La reina Ricarda V

esperaba ansiosa el regreso de don Quijote y Sancho. La reina se quedó sorprendida al ver a los vendimiadores y los recibió a todos con un delicioso banquete de comida. Después de comer, la reina mandó llamar a sus aposentos a don Quijote y Sancho.

—Mi querida reina Ricarda, tenga este mosto, elaborado con mis propios pies y con uvas de Villanueva de los Infantes —dijo don Quijote.

La reina Ricarda V no lo pensó mucho. Le quitó de las manos el mosto a don Quijote y se lo bebió de un trago. De repente, apareció una nube morada y al cabo de unos minutos la reina empezó a sentirse mejor. Se levantó de la cama y se encontró como nueva. Don Quijote y Sancho se quedaron catatónicos... El mosto no solo había curado a la reina, sino que le había quitado bastantes años de encima y ahora era la reina más bella de todas. Inmediatamente, la reina hizo llamar también a los vendimiadores y al pastor. Estaba feliz y quería obsequiarles con regalos como muestra de agradecimiento.

—En primer lugar, a mis queridos vendimiadores les quiero regalar algunas de mis extensiones de tierras, para que también puedan plantar las uvas de Villanueva de los Infantes que tan feliz me han hecho. A mi querido pastor, le hago entrega de este par de ovejas de mi primo, el marqués Eugenio. Con ellas le aseguro que podrá elaborar el queso más delicioso del mundo. Por último, a mis fieles y leales caballeros don Quijote y Sancho, les hago entrega de este maravilloso billete, con el que podrán comer y beber gratis por todas las ventas de La Mancha —dijo la reina con una sonrisa en los labios.

—En nombre de todos, mil gracias, mi bella reina Ricarda V. Es un honor recibir estos regalos como muestra de agrade-

cimiento. Dios le dé muchos años para disfrutar de la salud y belleza que le han otorgado las uvas de Villanueva de los Infantes —respondió don Quijote.

Al ponerse el sol, todos salieron del castillo. Don Quijote y Sancho se despidieron del pastor y de los vendimiadores. No sabían si se volverían a ver, pero ahora todos estaban muy felices con los regalos de la reina Ricarda. Cuando los vendimiadores y el pastor se fueron, don Quijote le propuso un plan a Sancho que este no pudo rechazar:

240

—Mi querido amigo Sancho..., ¿qué tal si volvemos a Ciudad Real y probamos los duelos y quebrantos, migas y gachas de todas sus ventas?

—Me parece un plan perfecto... ¡Madre mía, se me hace la boca agua! ¡Nos vamos a poner morados con este billete! —dijo Sancho todo emocionado.

Finalmente, don Quijote y Sancho volvieron a Ciudad Real. Querían usar el billete de la Reina para disfrutar de los manjares de La Mancha en todas sus ventas. Especialmente, querían probar los torreznos de una de las ventas de moda en Ciudad Real llamada Cervantes. Por el camino, hasta llegar a Ciudad Real, hablaron sobre esa venta llamada Cervantes. Don Quijote y Sancho no sabían quién era ese tal Cervantes, a pesar de que les sonaba mucho su nombre.

Capítulo XIX

De los aparatosos sucesos
que el ingenioso hidalgo don
Quijote de la Mancha sufrió
en Córdoba junto a su leal
escudero Sancho Panza

CEIP Infanta Catalina
Córdoba

Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

Norma Marina Cantalejo Sastre

Daniel García de Mateos Muñoz

Alumnado

Fátima Zouhra Akachhit Akachhit Jorge Villa Sabogal
Edurne Alonso Delgado Ioana Anelis Vizulea
Rodrigo Alonso Fernández
Gabriela Amorós de la Fuente
Duae Asouik
Matías Daniel Balc
Enya Benito Arapiles
Nerea Botia Venegas
Fahd Boudhim
David Cuenca Valenzuela
Ahmed Doukkali
Leire Fernández Latorre
Verónica García Hernández
Ismael García Pastor
Alba González Peralta
Adrian Petru Grecu
Noemí Hervás Gismero
Ajab Jihan
Ismael Jiménez González
Juan Jiménez López
Denis Loharces Leganés
Sergio Mota Blázquez
Ethan Muñoz Almeda
Rocío Pavón Cebrián
Elizabeth Peña Onís
Sara Peña Onís
Ana María Cristina Pirvulescu
Elsa Remacha Sánchez
Carmen Rivero Letón
Soraya Rodríguez Cortés
Raúl Ruiz Férez
Laura Ruiz Venegas
Alonso Torres Jiménez
Fernando Torres Jiménez
Youssef Touil
Álvaro Venegas Martín



Capítulo XIX

De los aparatosos sucesos que el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha sufrió en Córdoba junto a su leal escudero Sancho Panza

Tras las hazañas vividas por el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho Panza en Ciudad Real, avistaron la Torre de Calahorra tras un largo caminar a las orillas del río Guadalquivir.

245

A la llegada a Córdoba, hambrientos, sedientos y cansados del largo viaje, decidieron almorzar y catar la comida más típica de la cálida ciudad, ya que eran gentes de buen yantar.

—Vuestra merced, muero de hambre, ¿podríamos parar a almorzar en esa pensión bajo la Torre? —comentó Sancho.

—De acuerdo, mi leal escudero —respondió el hidalgo con interés por conocer a los lugareños.

A la luz del sol y a los pies de la Torre, una hermosa dama cordobesa regaba los claveles y geranios de la fachada de la pensión. La antigua pared sujetaba macetas con millones de flores de diversos colores que embellecían el frente junto a la puerta.

—A la paz de Dios, hermosa dama, venimos hambrientos de este largo trayecto, ¿tiene dos platos para estos dos buenos hombres? —preguntó Sancho apenado.

—Por supuesto, les veo muy cansados. Entren, entren en esta humilde morada, les serviré un buen estofado tradicional por estas tierras —respondió la bella dama recogiendo su mandil.

—Se lo agradecemos, ¿podrías también alimentar a Rocinante y al rucio? —preguntó don Quijote.

—¡Pero si no venís acompañados con nadie más, vuestra merced! —exclamó la dama intrigada.

—Bella dama, he aquí a Rocinante y al rucio, nuestros fieles animales que vienen tan hambrientos como nosotros de este largo camino que emprendimos hace ya largo tiempo —exclamó Sancho tocándose su hermosa panza.

246

—Pasad a mi humilde hogar, pues, para probar mi exquisito estofado, que veo que a vuestro fiel escudero le ruge la panza.

Salieron de la posada satisfechos, con la barriga completamente llena, y fueron en busca de un lugar donde descansar y reponer fuerzas.

Avistaron a lo lejos unas torres misteriosas que llamaron su atención por su belleza y decidieron encaminarse hacia ellas.

Don Quijote pensó que allí unos ogros tenían presa a su amada Dulcinea y, sin pensárselo dos veces, salió como un relámpago blandiendo su larga lanza en busca de su amada.

A Sancho se le pasó de golpe su deseo de tener un dulce sueño y gritó:

—Mi señor, mi señor, ¿pues no veis que no son ogros, que son feligreses y que no hay dama alguna encerrada?

—¡No seas necio, mi escudero! Eso parecerá a tus ojos pero... ¡esos ogros tienen a mi amada capturada en esa majestuosa torre y voy a entrar a liberarla! —exclamó el hidalgo.

Don Quijote entró con fuerza y esperanzado de encontrar a su dulce y bella amada Dulcinea del Toboso. Sancho Panza intentó detener y convencer a su merced de que era una de sus quimeras, que allí no había soldado alguno, sino solo unas bellas y esbeltas columnas bien trazadas. Pero don Quijote siguió en sus trece y..., al entrar, lo primero que el hidalgo realizó fue atacar

con ímpetu a quien él pensaba que eran furiosos soldados que custodiaban toda la mezquita donde se hallaba Dulcinea. Centenares de soldados muy bien alineados entorpecían la carrera.

—¡Pero, vuestra merced, no son soldados, son solo unas majestuosas columnas! ¡No tienen a su amada! —exclamó Sancho intentando frenarle, pues sabía que su amo no se encontraba en sus cabales.

—¡No te creo!, si no, ¿qué hacen aquí esos soldados? —preguntó mirando hacia atrás a Sancho.

—¡¡¡Cuidado!!!

Rocinante, asustado por las columnas, frenó bruscamente haciendo volar al hidalgo por los aires y con tan mala suerte que topó contra una de ellas haciéndole sangrar la nariz. Tal fue el golpe que don Quijote pensó que había perdido la batalla y, dirigiéndose a las columnas, espetó:

—Aquí no acaba la lid, en cuanto me reponga de estas heridas de guerra volveré a daros vuestro merecido.

«Dios nos proteja de esta nueva aventura que emprende mi señor», pensó Sancho mientras recogía a su amo maltrecho y buscaba un lugar donde descansar. Encontró una buena sombra en el patio de los naranjos y allí se encaminó con su amo.

Don Quijote se quedó plácidamente dormido y, mientras dormía, siguió con su cruzada: las naranjas que le caían de los árboles imaginaba que eran piedras que le tiraban unas brujas malvadas para enviarle un hechizo a fin de que no encontrara a su bella amada.

Tal fue la pelea que en sueños libró don Quijote, que al despertarse estaba sudoroso y delirante. Fue por ello que entabló los últimos lances de la cruel contienda contra un naranjo pensando que era la malvada bruja. Don Quijote embistió con tal fuerza contra el árbol que este se partió con un gran estruendo.

Viendo Sancho que les iban a echar, gritó a su amo:

—¡Vuestra merced, vuestra merced, vámonos, que no le han dado vela en este entierro y no debe meterse en camisa de once varas!

248

Comenzaron a caminar por las preciosas calles de Córdoba observando todos sus detalles. Pasajes y callejuelas estrechas con maravillosos geranios y claveles, que acompañaban las paredes e invadían la ciudad. Muros blancos con toques de colores alegres: alberos y cianes. Puertas de colores vivos bajo arcos con rejas negras. Farolillos cúbicos con un pequeño tejado en las esquinas de todas las callejuelas. Y fuentes de piedra y puro ladrillo aparecían en cada patio.

Puertas entreabiertas con lugareños curiosos los miraban extrañados, sin confianza. Hasta que una amable señora con señales en su cara del sol y del paso del tiempo, de corta estatura y blanca cabellera se decidió a preguntarles qué les ocurría al ver las heridas del hidalgo.

—Jóvenes caballeros, ¿qué les ha sucedido? Sobre todo a usted —refiriéndose a don Quijote.

—Hemos tenido una larga aventura, estamos muy cansados de esta holgada andadura —contestó Sancho.

—Yo les puedo dar cobijo en mi hogar, sanar a su hidalgo y un currusco de pan.

Don Quijote y Sancho Panza, satisfechos con el ofrecimiento que les propusieron, aceptaron la propuesta y entraron a la casa. Don Quijote, que iba maltrecho, se reavivó al oír un dulce sonido de guitarra acompañado de una suave voz femenina y un taconeo.

—Oye, Sancho, que yo tenía razón, que aquí se oye la delicada voz de mi amada Dulcinea. Corramos en su búsqueda —dijo don Quijote con la poca voz que le quedaba.

—Cuidado, mi señor, seamos prudentes, que ya venimos de recibir una buena paliza por la misma causa. Que vale más medir y remedir, que cortar y arrepentir. Veamos quién es primero antes de actuar —dijo el fiel escudero.

Pero don Quijote, sin hacer caso de las sabias palabras de su amigo, salió corriendo hacia la bella dama, gritando:

—¡Mi amada Dulcinea, ven a mis brazos!

Rosalía, la nieta de la casa, se quedó tan sorprendida al ver que un hombre flaco, desaliñado y maltrecho se dirigía hacia ella en esos términos que agarró la guitarra de su abuelo y se la estampó en toda la cabeza. La abuela, viendo que atacaban a su hermosa nieta, agarró la sartén que tenía preparada para hacer la comida y le propinó un fuerte golpe en las costillas. El abuelo estaba tan disgustado de haber perdido su guitarra que agarró la silla en la que estaba sentado y propinó un sonoro golpe en la escuálida tripa de don Quijote.

Ante esta situación, el fiel escudero recogió al maltrecho hidalgo y arrastrándole como pudo le subió a su caballo Rocinante. Y así fue cómo terminó la aventura de don Quijote y Sancho Panza en esta bella ciudad en la que habían llenado bien la panza, pero en la que habían recibido una buena tunda de palos. Partieron hacia otras tierras en busca de nuevas aventuras para saciar la sed y el ansia de justicia del enjuto caballero de la triste figura.

Capítulo XX

De lo que les aconteció a don Quijote de la Mancha y su fiel escudero en la ciudad de Málaga y de cómo una rana acabó siendo la causa de su cautiverio y su marcha

CC San Felipe Neri
Málaga

Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

M.^a Isabel Fernández Sanz

Alumnado

Alejandro Alcaraz Martínez
Mia Caioli
Fátima Bohe Casa Vivas
Inés Castelbón Carlavilla
Cynthia Cerezo Muñoz
Iván Correal García Sampedro
Ricardo de León Sánchez
Paula Díaz Delgado
Eduard Mihai Dobranschi
Irene Galeano Frutos
María Silvia Giurgiu Mitea
Aiyana Verónica Gómez Martínez
Sara León Núñez
Diego Martín Torregrosa
Diego Martínez Abellán
Hugo Mozas Yerga
Claudia Romero García
María Ruiz Cosme
Eduardo Sancho Barrio
María Santacruz Olmeda
Rodrigo Sempere Gómez
M.^a Inmaculada Susanna Castells
Alejandra Torregrosa Rojas
Alejandro Zamorano Fernández



Capítulo XX

De lo que les aconteció a don Quijote de la Mancha y su fiel escudero en la ciudad de Málaga y de cómo una rana acabó siendo la causa de su cautiverio y su marcha

Después de su última aventura en la sultana Córdoba, emprendieron el largo camino hasta la ciudad de Málaga.

255

—¿Ves, mi fiel escudero, ese magnífico castillo que en lo alto de aquel cerro se divisa? Es la fortaleza del rey moro que dominó la ciudad a la que nos dirigimos y, que según tengo aprendido de los libros que sobre el infiel leí, no ha de envidiar en belleza a la fortaleza de otras ciudades de esta misma tierra.

—Mi señor, poco veo con esta sed que ya hace leguas me seca, que mis tragaderas están resquebrajadas, como las tierras baldías de nuestra Mancha en época de sequía. Ni veo castillo, ni mi sesera recuerda a qué lugar nos dirigimos.

—Si hubieses llenado la bota de agua, en lugar de hacerlo de vino, mayor despeje tendrías y recordarías que vamos a entrar en la Malaka de los romanos, gran puerto de mar. La ciudad que cedió la torre de su catedral para que nuestro reino se extendiera a tierras, allende los mares.

—Tiene razón, señor, pero bien es sabido de todos que el agua estropea el pellejo y el vino lo conserva, y tengo tanto cariño a esta bota que lo último que querría sería que se pudiese por no saberla conservar.

Caballero y escudero iban tan absortos en su conversación que no se percibieron de que tres mozos, con ganas de divertirse,

y a los que el atuendo de nuestros dos protagonistas había llamado la atención, andaban viendo la forma en la que podrían burlarse de ellos.

Dado el esmero con que vieron que Sancho cuidaba su bota, le sorprendieron por detrás y consiguieron arrebatarla y salir corriendo.

Cuando Sancho notó el tirón y vio como los mozos huían con supreciado pellejo, gritó llamando a su amo, que iba un poco más adelante, y azuzó su jumento mientras le decía:

256

—Señor, mi señor, nos acaban de robar el tesoro más preciado.

—Ah, malandrines, no creáis que os vais a salir con la vuestra..., os perseguiremos hasta recuperar lo que nos pertenece.

Y dicho esto espoleó al pobre Rocinante que salió corriendo como un rayo detrás de los pilluelos. Y fue entrando ya en la ciudad, y en una calleja muy cercana a la playa, donde dieron con ellos. Estos, al ver a don Quijote enarbolar la lanza, como si con un ejército hubiese topado, dando alaridos y tratándoles de malandrines, tiraron el botín de su desdicha al suelo y salieron por pies aterrorizados, pensando que o así lo hacían o cara les podría costar la broma.

Tan agotados y sudorosos acabaron después de la carrera que decidieron dirigirse a la playa con ánimo de refrescarse y descansar. Allí nuestro caballero, desprendiéndose de su armadura, se acercó a la orilla adentrándose en el agua hasta no más arriba de la rodilla. De pronto, sin esperarlo, una ola vino con fuerza y le tiró de espaldas.

—¡Oh! Creo que Neptuno, el propio dios de los mares, se ha enfadado por haber entrado en su casa, pero no me amedrentará. Sancho, acércame la lanza presuroso, que va a saber quién es don Quijote de la Mancha.

Dicho esto, comenzó a avanzar mar adentro, cuando sintió que algo le rodeaba el tobillo y un dolor intenso, como de cientos de agujas clavadas, le traspasó la piel y le atenazó la pierna.

Al mirar al lugar de donde provenía tal dolor vio un ser extraño, gelatinoso y transparente que abrazaba su pierna con sus tentáculos.

—¡Oh, Neptuno! ¿Así que osas enviarme un monstruo de las profundidades para que acabe conmigo? Pues que sepas que un caballero andante no se arredra ante ningún ser, sea terrestre o marino, y que en cuanto mi escudero me dé mi lanza, puedes temblar porque me adentraré en tu mundo y ensartaré a todo animal que vea aunque tengan que pagar justos por pecadores.

Sancho corrió hacia la orilla y, enganchando la medusa con un palo que encontró, logró liberar a don Quijote de sus agujones.

También se acercó el ventero de una venta cercana que, al ver las condiciones en las que había quedado el tobillo de nuestro caballero, les recomendó que visitaran al morisco Alí, famoso por sus bálsamos y ungüentos, que todo lo curaban, y que vivía en una cueva al pie mismo de la Alcazaba.

Una vez vuelta a poner la armadura y a lomos de Rocinante, marcharon camino de la dirección que Paco el ventero les había dado. No se cansó Sancho, en todo el trayecto, de hacerle los cargos de que debería de dejar su imaginación un poco más quieta, porque, según sus palabras: «A mi señor se le hacen los dedos huéspedes y ve lo que hay y lo que no».

La cueva era pequeña, excavada en la propia montaña, a la falda misma del castillo árabe. Alí, el morisco, estaba recogiendo hierbas cerca de la entrada. Semejante pareja le pareció curiosa, pero le visitaba tanta gente extraña, que acudían

animados por la fama de sus bálsamos, que no les dio demasiada importancia. Sancho le contó lo que le había acontecido a su amo, y este inmediatamente le dio un unguento rojo que le calmó la desazón al instante.

258

El propio Alí les enseñó el camino de subida a la Alcazaba, donde ya les esperaba el alcaide de la misma, don Pedro Carmona, pues todo el mundo sabía de sus andanzas y estaba avisado del comendador de Córdoba, para que les diese alojamiento. En verdad, tenía gran curiosidad por conocer a esa extraña pareja de la que había leído sus aventuras y de la que, desde Despeñaperros hasta la punta de Tarifa, todo el mundo hablaba.

Aun antes de despedirse del morisco Alí, don Quijote le instó a que le confesase, de buena fe, y con la promesa de que no revelaría su secreto, si había sido él mismo quien había matado el dragón del cual había obtenido la sangre con la que le había curado la herida del monstruo.

Después de pedir disculpas Sancho, y hacer un gesto de complicidad a Alí, emprendieron el camino de subida al castillo que este les había indicado.

Caía el sol, rojo como el fuego, en el horizonte, cuando ambos atravesaron la puerta principal del magnífico castillo árabe, al que llaman Alcazaba, y que está situado en monte Gibralfaro. Pasaron la puerta de columnas, subieron con sus rocines la rampa con peldaños y bajo el mismo Arco del Cristo les aguardaba don Pedro Carmona, alcaide de la fortaleza.

—Bienvenidos a nuestro humilde castillo. Ya ardíamos en deseos de conocer a tan ilustres señores, a los que su fama precede y de los cuales se habla por todo lo largo y ancho de nuestra Andalucía. Es un honor para nosotros que en vuestro recorrido por nuestra querida tierra hayáis elegido para pernoctar la que

fue residencia del último rey moro de Málaga, y he dispuesto para vuestro descanso la misma habitación e incluso el mismo lecho donde pasó su última noche el infiel.

—Agradecemos sobremanera su cálida acogida y no ha de preocuparse nuestro alcaide que tanto mi escudero como yo mismo hemos de librar a este lugar de cualquier maleficio que algún mago haya echado sobre él.

Mientras se dirigían a su aposento nuestro caballero contemplaba asombrado todos los rincones del castillo por los que iba pasando, y Sancho, que tan bien le conocía, presentía que la imaginación de su señor amenazaba ya con abrir la puerta a su mundo de magos, doncellas, personajes fantásticos y malandrines.

La cena, presidida por el alcaide y su esposa, doña María de Antequera, fue, según Sancho, de las de recordar por mucho tiempo, acompañada de las historias del lugar que el alcaide iba contando y que encendían la imaginación de nuestro caballero.

Después de la copiosa cena y de un paseo por los jardines, que conservaban aún el embrujo moro, caballero y escudero fueron acompañados hasta sus aposentos, despidiéndose el alcaide y señora de ellos y deseándoles una reparadora noche de descanso.

—Oh, mi fiel escudero, cuánto daría yo por poder disfrutar de este olor de azahar y dama de noche acompañado de mi bella Dulcinea.

—Señor, no empiece ya a darme quebraderos de cabeza, ponga la suya en la almohada y repose, que el día ha sido duro y la jornada de mañana no promete ser mejor.

Sancho, aletargado por el vino, entró en un profundo sueño. No así don Quijote; apenas había puesto su cansado cuerpo

sobre el lecho, cuando le despertó el fognazo de la llama que por su boca lanzaba un dragón.

—¡Bestia feroz, tardaste mucho tiempo en aparecer, pero escaso será el que tardes en morir, te clavaré la lanza y partiré tu malvado corazón!

Ante semejante escándalo, Sancho se tiró de la cama y pudo detener a su señor en el mismo instante en el que se dirigía a la chimenea.

260

—Mire, mi señor, que no es tal bestia, sino una chimenea que han tenido a bien de encender para que no pasemos frío, pero si esto ha de alterar la sesera de mi amo, ahora mismo la apago, pues es preferible que pase frío a que muera tostado como sardina en espeto.

Dicho y hecho, apagó la chimenea y volvió a meter a su señor en la cama, confiando en que, muerto el perro, o dragón en este caso, se hubiese acabado, de verdad, la rabia. Pero el sonido de los aljibes y el olor del azahar habían impregnado la imaginación del caballero y, no hacía mucho que estaba en la cama, cuando despertó sobresaltado por el croar de una rana.

En la penumbra de la noche, iluminado solo por la luna que se asomaba con timidez entre las nubes, salió en busca de la rana, que croaba plácida en el pretil del pozo.

—Oh, lo sabía, el mago Tiriquitrán Trantrán te ha encantado, bella dama. Tú eres una princesa cristiana, pero no te preocupes que, aunque mi corazón solo late por mi bella y amada Dulcinea, este caballero andante te salvará del maleficio.

Y, dicho y hecho, saltó sobre el pobre anfibio que, desconociendo la existencia de tal mago y, por supuesto, sintiéndose amenazada más que salvada, huyó despavorida dando grandes saltos.

Tras nuestro caballero, corría el buen Sancho y, detrás, todos los moradores del castillo arrepentidos por haber dado cobijo a tan loco personaje, que en su frenética carrera cayó por una rampa de piedra y fue a dar con sus huesos en la cueva de las sirvientas cristianas.

—Mi señor, qué infortunios me hace pasar que no ha de haber una noche que pueda descansar en paz ni un día que mi cara no se ponga colorada de tal vergüenza.

Amanecía cuando pudieron liberar a nuestro protagonista de semejante cautiverio.

—Póngase la armadura, mi señor, y salgamos raudos de aquí, antes de que seamos echados con una buena patada en nuestras posaderas.

Ojerosos y con semblante demudado por la falta de reposo nocturno, alcaide, señora y sirvientes despidieron a nuestros amigos indicándoles la dirección a Granada.

—Vayamos hacia el último reducto del infiel y cambiemos el mundo, amigo Sancho, que no es locura ni utopía, sino justicia...

Y, de este modo, salieron de Málaga en dirección a Granada donde otras aventuras los esperaban.

Capítulo XXI

Cuando don Quijote y Sancho descubren Granada llegando, desde Almería, en busca de nuevas aventuras

CEIP Ernest Hemingway
Granada

Tutora literaria
María Menéndez Ponte

Profesorado

Javier Álamo Taravillo
Patricia Montes Pedruello
Alicia Calle Aguilar

Marta Criado Fernández
Lola Cruz Casalengua
Alina Davydenko
Carla de Antonio
Sánchez-Cambronero
Claudia de Jorge Blanco
Guillermo de la Cuerda Castro
Sandra de la Fuente González
Samuel de las Heras Hermoso
Adrián de Miguel Sánchez

Alumnado

Sergio Acosta Rojo
Laura Albarrán Valeros
Pablo Albarrán Valeros
Alejandro Anes Rodríguez
Ignacio Arregui Cano
Iker Arroyo Blázquez
David Benítez Espuela
Adrián Blanco Jiménez
Alberto Blázquez García
Paula Bretón Guerrero
Sergio Cabellos Peña
Paula Calvin Heras
Lucía Cambas Martín
Marcos Campos de la Torre
Álvaro Campos Izquierdo
Raúl Cano Sánchez
Nicolás Carballo García
Claudia Cárdenas Sánchez
Paula Carpintero Graña
Clara Carpintero Padrino
Unai Castillejo Odene
Melissa Castro Torralba
Sergio Couto Silva
Lucía Criado Fernández

Roberto Domínguez Galiano
Ian-Nicolás Duarte
Iker Egido Jiménez
Gonzalo Espino Gámez
Ainara Fernández Celix
Iván Fernández Fernández
Carolina Fernández Jiménez
Ainhoa Fernández Redondo
Nahia Gamón Almazán
Gema García Lendinez
David García Palomo
Rubén Geangu Encinas
David Gil Canchal
Carla Gil Ponce
Daniel Gómez Alcalde
Claudia Gómez García
Miguel Gómez García
Gonzalo Gómez Hernández
Jimena González Claudio
Diana Gordillo Mato
Sergio Gutiérrez Díaz
David Gutiérrez Martínez
Claudia Hernández González
Adrián Ibarro García
Emma Iglesias Costas
Héctor Jiménez Iglesias

Alejandro Jiménez Sanz
Cesar Labrador Castilla
Celia Lama Pescador
Gabriela Lastras Bernalte
Francisco Javier León Ordóñez
Lucía Loharces Barroso
Laura López Vasco
Leire López Villaverde
Álvaro Macías Ferrera
Adrián Madruga Albacete
Gabriela Mariani González
Erika Márquez Hidalgo
Fernando Martín Benito
Adrián Martín García
Álvaro Martínez del Campo
Lucía Menéndez Gil
Patricia Metes
Aarón Miranda Sáez
Irene Morales Díaz-Cano
Diego Moreno Hermoso
Sofía Moreno Tomás
Victoria Muja
Ángel Muñoz Bonillo
Paula Muñoz Ramos
Daniel Ortega Fernández
Jimena Pablos Pérez
Lucía Pérez Cruz
Mario Pérez Díaz
Víctor Pérez Rincón
Carolina Peris Fueyo
Lucas Prat Quinteros
Rubén Privado Ruiz
Oliver Ramírez Blázquez
Alejandro Ramos del Oso
Alba Rodríguez Rubiato
Adrián Ruz Núñez

Olivia Sainz-Maza Fernández
Paula Sánchez Horcas
Carlos Sánchez López
Rubén Sánchez Rubio
Nerea Santiago Herradón
Víctor Sanz Machicado
Gonzalo Segovia Santiago
Sergio Socas Díaz
Héctor Sotelo Sesmero
Breogan Tejada Gulin
Sofía Torres Salcedo
Julio Tova Marín
Irene Urbanos Abellán
Diego Víctor Ursu
Zaira Vas Sánchez de la Morena
Sara Vázquez Guerra
Manuel Vecino Delgado
Álvaro Verduras Ocaña
Erika Villoslada Valenzuela
Gabriel Viñas Sereno
Pablo Javier Vives Rodríguez



Capítulo XXI

Cuando don Quijote y Sancho descubren Granada llegando, desde Almería, en busca de nuevas aventuras

Después de un largo viaje a caballo desde tierras almerienses, Quijote y Sancho, por fin, avistaron a lo lejos las puertas que los darían entrada en la ciudad de Granada. Venían agotados a causa de una tormenta y un terremoto que la noche anterior les había dejado prácticamente sin dormir, pues no sabían a qué se debía semejante temblor de tierra. Y todavía al día siguiente habían tenido que atravesar montañas, riachuelos y bosques tenebrosos mientras recordaban el horror vivido.

Llevado de la emoción y del cansancio, don Quijote recordó en ese instante el sueño de la última noche. En él había imaginado Granada como una ciudad grande, con majestuosas casas y un enorme castillo, donde unos caballeros fuertes y valerosos luchaban con brillantes armaduras, espadas y escudos muy resistentes contra criaturas del infierno que habían llegado para destruir la ciudad y hacer desaparecer a las gentes del lugar. Allí también se encontraban unas hermosas doncellas que esperaban a sus valientes caballeros, aunque ninguna de ellas se podía comparar con su amada Dulcinea, mujer valiente, hermosa, con largos cabellos y ojos deslumbrantes que podían iluminar la noche más oscura y que hacían despertar en él sentimientos de fuerza, coraje, valentía y seguridad para cumplir victorioso con todas las batallas que había salido a emprender.

A lomos de su caballo Rocinante, don Quijote se llevó una decepción al observar a lo lejos que la ciudad con la que había soñado no se parecía en nada a la que estaban viendo sus ojos en ese momento.

La ciudad que tenía delante estaba derruida, sucia, agrietada y con una muchedumbre de gente que aparentemente se marchaba de Granada.

268

Decepcionado por lo que veían sus ojos e incrédulo de lo que allí sucedía, continuaron Sancho y él acercándose a la ciudad. Se cruzaron pues en su camino con un gran grupo de aldeanos que efectivamente abandonaban Granada. Sus rostros reflejaban la gran pena que sentían al tener que dejar el que había sido hasta entonces su hogar.

—Fiel Sancho, ¿por qué esta gente inocente abandona la ciudad? —le preguntó don Quijote inquieto.

—No lo sé muy bien, mi señor, pero me pareció oír en la posada de Almería que el rey estaba expulsando a grupos de aldeanos por cuestiones religiosas —respondió Sancho un poco dubitativo.

—¡Cuestiones religiosas! ¡Ja,ja,ja! ¡Sancho, por favor...! —se rio del bulo.

—¿Y qué creéis vos que es, mi señor? —replicó Sancho, expectante.

—¡Criaturas del infierno que han venido a destruir la ciudad y a expulsar a esta buena gente de sus hogares! —dijo el Quijote con bastante rotundidad.

Debido al sueño que había tenido y a su propia locura, el Quijote pensaba que la huida de las gentes se debía al ataque de criaturas del infierno que habían venido a destruir la ciudad para llevarse a las doncellas y encerrarlas en mazmorras, dejando así a sus caballeros indefensos sin sus amadas damas.

—Perdone, buen aldeano. ¿Cuál es el motivo por el que están saliendo de esta bella ciudad con tanta premura? —preguntó Sancho a un anciano aldeano para tratar de aclarar la cuestión.

—¡El rey está expulsando a todos los que no nos convertimos al cristianismo sin ningún tipo de compasión! —contestó compungido el anciano.

—Mi señor, ¿habéis oído a este humilde anciano? —replicó Sancho a don Quijote.

—¡Por supuesto que lo he oído, Sancho! ¡Pero este aldeano debe de haber confundido al rey con otra persona! Lo que tenemos que hacer es ir inmediatamente a hablar con el monarca para informar de las injurias que de él se están contando, e intentar averiguar quién ha usurpado su identidad —respondió don Quijote furioso.

—Bueno, mi señor, lo que usted diga se hará. Continuemos nuestro camino en busca del rey —contestó Sancho intentando calmarle.

Continuando su camino, los grupos de aldeanos cada vez eran más diferentes: unos estaban formados por amplias familias, otros iban cubiertos de sangre y heridas; incluso algunos de ellos eran arrastrados por camillas artesanales hechas por los propios aldeanos, para trasladar a los más enfermos, puesto que el terremoto de la noche anterior había hecho que los pobres ciudadanos pasaran de tener poco a perderlo todo, incluso la salud. En otro de los grupos se observaban muchos niños tristes, llorando apenados ante la pérdida de algún familiar cercano, y con lástima de abandonar la que hasta hoy había sido su casa.

Sancho y Quijote se adentraron en la ciudad de Granada y, debido a que la noche ya se les venía encima, decidieron buscar

una pensión para descansar, y a su vez conseguir información acerca del paradero del rey.

Durante la búsqueda de alojamiento, Sancho y Quijote observaron que no había nadie por las calles, y las pocas personas que se veían tenían dibujado el miedo en sus rostros a causa de la incierta situación en la que se encontraban. También pudieron observar que la mayoría de las casas estaban destrozadas, algunos animales correteaban sin rumbo y se escuchaban llantos, lamentos y susurros que denotaban el miedo de las gentes.

270 —¿Contemplas como yo lo que ven mis ojos, Sancho? —preguntó el Quijote.

—Sí, mi señor, esta ciudad parece abandonada y se está quedando vacía por la expulsión que ha hecho el rey —contestó Sancho.

—¡Pero qué dices, Sancho! ¡Esta situación no la habría provocado nunca el rey! El rey debe cuidar a sus habitantes y garantizarles su seguridad. ¡Esto se debe a la malévola actuación de las criaturas del infierno que han venido a destruir esta ciudad y a hacer desaparecer a sus caballeros, para que no puedan defenderla! —sentenció don Quijote con rotundidad.

—Pero mi señor...

—¡Ni peros ni peras limoneras! ¡Para eso hemos venido nosotros, Sancho, para defenderles de estas horribles criaturas! —le interrumpió don Quijote.

Don Quijote y Sancho se dispusieron entonces a encontrarse con el rey para hacerle saber lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Iban ambos ensimismados en sus historias, cuando Sancho se percató de la presencia de guardias reales en la calle principal. Por miedo a que su señor se metiera en nuevos conflictos, decidió engatusar a don Quijote para desviarse de ese camino.

—Mi señor, este camino está repleto de guardianes del infierno. Son demasiados. Si avistan nuestra presencia no conseguiremos vencerles. Será mejor tomar una vía más segura.

—Tienes razón, amigo Sancho, podemos continuar por aquel camino de allí —indicó don Quijote con convencimiento.

Y así fue cómo los dos se adentraron en el barrio de Sacromonte.

—¡Cuán maravillosas son estas callejuelas! —comentó Sancho mientras contemplaba absorto tan singular paisaje.

En ese momento, don Quijote y su fiel escudero escucharon una música que jamás habían escuchado antes.

—¿De dónde salen tan extraños sonidos? —preguntó don Quijote.

—Creo que vienen de aquella cueva, mi señor —respondió Sancho, con cierta curiosidad por acercarse a tan lúgubre lugar.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando, al entrar en la cueva, descubrieron a un conjunto de gentes cantando y bailando esa música cuyos acordes no habían escuchado jamás!

Una mujer morena y de cabello azabache se movía al son de guitarras y cajones tocados por hombres de aspecto empobrecido, pero con un semblante de alegría que no reinaba precisamente en el resto de la población de aquella ciudad.

—¿Qué es esta música inmunda que jamás había oído?, ¿qué clase de rito satánico es este? —gritó don Quijote, haciendo callar a todos los presentes en la cueva.

—¿Qué está diciendo, amigo? —irrumpió uno de los hombres—, esto no es ningún rito satánico, estamos celebrando nuestra libertad en Granada. Ningún rey podrá echarnos de nuestra tierra.

En ese instante, la mujer morena se acercó a don Quijote con aires flamencos.

—Yo soy Carmen, mujer gitana que intenta sobrevivir en esta tierra de locos.

—Mi nombre es don Quijote, hidalgo de La Mancha, dispuesto a salvar a cualquier damisela de las criaturas del infierno que reinan en este lugar.

—No necesito que nadie me salve —saltó ella—, solo queremos poder vivir en paz, sin que se nos tache de bárbaros.

—¡Ay, Dios nos asista! —exclamó nuestro hidalgo—. El rey ha sido encantado por seres infernales que intentan apoderarse de Granada. Es la única explicación posible que encuentro a este desatino. Debemos acudir a él de inmediato para combatir tan horrible situación. Y podemos hacerlo todos juntos.

—Precisamente el rey es quien nos ha hundido en esta miseria. No podemos acercarnos a él. Si de verdad deseáis combatirle, deberéis acudir solos —replicó ella.

Don Quijote y Sancho, exhaustos a causa de tan duro día, decidieron quedarse a pasar la noche en la cueva con la bendición de los muchachos.

Al día siguiente, ambos decidieron emprender su camino para encontrarse con el rey. Pero, al salir de la cueva, no habían dado ni dos pasos cuando unos guardias reales, que los habían avistado a lo lejos mientras hacían su ronda matutina, los atraparon.

Don Quijote, con gran indignación, comenzó a vociferar e intentar escapar de las garras de los guardias. Estos, perdiendo la paciencia, acabaron golpeándole en la cabeza, y el hidalgo cayó al suelo abatido.

Cuando don Quijote abrió los ojos, se encontró en un lugar extraño, oscuro y húmedo. Un olor nauseabundo impregnaba toda la estancia. El andante caballero, agitado por la nueva situación, comenzó a llamar a Sancho con desesperación.

—Estoy aquí, mi señor —contestó su fiel escudero desde el otro lado de la sala.

—¿Qué es este lugar, Sancho? ¿Quién ha osado meternos aquí?

—Estamos en las mazmorras de la Alhambra, el castillo del rey, mi señor.

—¡Esto es inaudito! ¡Exijo audiencia con el rey ahora mismo! ¡Guardias, guardias!

Un guardia tosco y seboso apareció al final de los lúgubres pasillos, con tal parsimonia que a don Quijote le volvió a entrar la desesperación por querer salir.

—¿Qué os pasa, singular hombrecillo? —preguntó el guardia con desgana.

—¿Qué hago aquí? Yo soy un caballero. Este trato es inaceptable. ¡Exijo ver al rey inmediatamente!

—El rey está sumamente ocupado como para tratar con un chiflado como vos y vuestro lacayo.

—¿Osáis tacharme de chiflado, seboso gordinflón? ¡Lo pagaréis muy caro cuando salga de aquí!

Y en esas estaban, cuando apareció por el pasillo una hilera de guardias con lujosa indumentaria y lanzas brillantes y afiladas. Tras ellos apareció un hombre con gran presencia y aires de grandeza.

—¡Es el rey, mi señor! —indicó Sancho con admiración.

—Conque vosotros sois los individuos de los que tanto hablan —dijo el rey, dirigiéndose a Sancho y a don Quijote.

Sancho, ensimismado ante la realeza, no alcanzó a decir palabra, por lo que don Quijote tomó el mando en la conversación.

—Su alteza real, cuán dichoso me siento de poder dirigirme a vos. Claro, que desde este espantoso lugar no me es posible

hablar con dignidad. Debéis saber que en esta ciudad están ocurriendo cosas inmundas. Todos los males del infierno se han desatado para destrozarse este lugar y amenazar a sus gentes. Criaturas infernales se han apoderado de vos para expulsar a judíos, moriscos y gitanos de Granada. La población está desamparada, y yo, mi señor, tengo el deber de informaros de lo que está ocurriendo, y si es necesario, con gran honor lucharé por vos para derrotarlas y devolver a Granada su esplendor. Libéreme y traeré la paz.

274

El rey, absorto ante las locuras de don Quijote, comenzó a reír a carcajadas. Dispuesto a no desenmascararse ni hacerse dueño de las expulsiones de la ciudad, decidió jugar con los nuevos huéspedes y seguirles la corriente.

—Gracias por ofrecerse, caballero. Con gran honor le dejaré que libre batalla contra las fuerzas del mal que asolan nuestra ciudad. He oído que hoy, al ponerse el sol, se reunirán en la plaza para acordar sus próximos planes. Puede ser una buena oportunidad para sorprenderlos y darles su merecido. ¿Qué le parece? Le esperará una gran recompensa si consigue derrotarlos.

—No hay oro que valga más que el honor de la victoria y la paz de esta ciudad. Lucharé con valentía y desinteresadamente por las gentes de Granada, así que no quiero recompensa.

—De acuerdo, le recordaremos por su nobleza y generosidad. Que tenga usted suerte en su empresa.

Y tras este acuerdo, el rey aceptó liberar a don Quijote y Sancho, permitiéndoles así emprender su camino hacia la batalla que habían prometido.

Llegaron el hidalgo y su escudero a la plaza con los últimos rayos del sol. Allí, entre comerciantes, mujeres, niños, mendigos y otras gentes, se encontraba una cuadrilla de guardias reales.

—¡Mira, Sancho, allí están! ¡Esas malditas criaturas! Seguro que están tramando algo indecente. Es mi momento de darles caza.

—¡Pero, mi señor, que no son diablos, sino guardias del rey! ¡No podréis contra todos ellos!

—Sancho, amigo, nunca subestimes la fuerza de un caballero con nobles intenciones. Estoy decidido a darles su merecido.

Y con estas, don Quijote inició una carrera hacia donde estaban los guardias mientras gritaba:

—¡Por Granada! ¡Por el rey! ¡Por los granadinos!

—¡Ay, por Dios...! —dijo Sancho, notablemente preocupado por la que se le venía encima a don Quijote.

Y antes de que pudiera dar alcance a los supuestos diablos, don Quijote tropezó cómicamente y se dio de bruces contra el suelo. El ruido del impacto llamó la atención de los guardias, quienes, tras soltar varias carcajadas ante semejante escena, se acercaron a él.

Don Quijote, henchido de valor y furioso por su percance, se abalanzó sobre uno de ellos mientras les lanzaba multitud de insultos:

—¡Malditos! ¡Habéis traído el caos a la ciudad! ¡Pagaréis caro por esto!

Pero, antes de que don Quijote pudiera acabar su soflama, sin previo aviso, recibió un golpe seco en la cabeza que le hizo caer al suelo súbitamente.

La luz de los primeros rayos del sol entraba por la ventana de la posada y despertó a don Quijote.

—¿Qué hago aquí, Sancho? ¿Y por qué me duele tanto la cabeza? —preguntó desconcertado don Quijote.

Sancho, sabedor de que don Quijote nunca aceptaría la verdad, se apiadó de él y le dijo:

—Mi señor, estáis recuperándoos de la intensa batalla que librateis contra las fuerzas del mal. Derrotasteis a esas horribles criaturas que assolaban la ciudad. Pero olvidemos esta aventura y pensemos cuál será nuestro próximo destino.

Y así es cómo el ingenuo don Quijote volvió a creerse victorioso, aunque no hubiera conseguido nada más que otro cómico fracaso en su historial de caballero andante.

Capítulo XXII

Que trata de la famosa
aventura del hidalgo liberando
al pueblo almeriense de una
bestia horrible que
atemorizaba a todos los
ciudadanos

CC San Ignacio de Loyola
Almería

Tutora literaria
María Menéndez Ponte

Profesorado

Luis Ignacio Bru Castro

Alumnado

Nerea Albo Vargas
Alicia Benito Vásquez
Azahara Cabezas Cabanillas
Ana Fernández Casado
Daniel García Alcántara
Miguel García Anguita
Emma Gimeno Heras
Lucía Godoy Corchero
Laura González Sarmiento
Sergio Jódar Manzano
Aitana Ledesma Ceciliano
Paula León Viñas
Paula Silvana Librale Alarcón
Beatriz Lozano Bretón
Lorena Martín Tamayo
Marcos Martínez Gumiel
Elsa Mora Rodríguez
Cristina Morales Beaumont
Sandra Pascual Carrión
Bruno Polo Lázaro
Carlos Santiago Poveda Foxhall
Sara Ramírez Robles
Rodrigo Ruano Zamorano
Diego San Millán Fierro
Daniel Sevilla Navarrete



Capítulo XXII

Que trata de la famosa aventura del hidalgo liberando al pueblo almeriense de una bestia horrible que atemorizaba a todos los ciudadanos

Se había echado la noche encima, y todavía no se divisaba Almería, una ciudad costera muy bonita a la que se encaminaban don Quijote y Sancho Panza. Habían oído que era conocida por su magnífica fortificación, una alcazaba mandada construir por los musulmanes. También les llegaron noticias de que, a lo largo de toda su costa, se encontraban playas exóticas que a menudo atraían a piratas, puesto que ahí era difícil capturarlos. Cuentan las leyendas de Almería que, en cierta ocasión, unos niños, jugando en calas misteriosas, descubrieron grandes tesoros olvidados por ellos.

Así pues, encontrar uno de esos tesoros fue desde entonces el principal atractivo de esa ciudad para Sancho, deseoso de hacer fortuna; así como para su amo, siempre sediento de aventuras, lo era atrapar a alguno de esos piratas y bucaneros en aquellas paradisíacas costas que les servían de escondite.

Pero por el momento don Quijote y Sancho Panza andaban con dificultad por una tierra que recordaba al desierto. El fuerte calor y la mucha sed hacían que sus movimientos fueran muy lentos.

Hasta que una potente luz les hizo recobrar la esperanza de estar llegando a algún lugar habitado.

—¿Qué es aquello que se ve a lo lejos de este árido desierto, mi señor? —preguntó Sancho con voz cansada.

Era la luz de un faro muy conocido entre los marineros, pues su color rojo y blanco se podía ver desde África en las noches claras y despejadas.

—¡Pardiez, amigo Sancho, que lo que aparece a mis ojos es una villa, bañada por un majestuoso mar! —contestó don Quijote maravillado por la visión que se mostraba ante sus ojos.

282

—¡Mi señor, estamos salvados! Corramos pues a beber y a comer, que mi estómago lleva tiempo protestando y mi garganta está más seca que este camino polvoriento.

—Despacio, amigo Sancho. Has de saber que en esa villa, conocida como Almería, viven bestias salvajes que atemorizan a sus habitantes. Seguro que necesitan nuestra ayuda y no que nos distraigamos comiendo y bebiendo como gente pecaminosa.

Llegando a la ciudad, encaminaron sus pasos hacia la alcazaba.

Les pareció una fortaleza espléndida. Sus cuatro torres, que se unían mediante grandes muros, la hacían parecer inexpugnable.

—Es impresionante, mi señor —dijo Sancho Panza una vez que llegaron a la fortaleza.

—Acércate a la puerta, mi escudero fiel, y anuncia que ha llegado por fin don Quijote a liberar a la ciudad de esas bestias que la atormentan.

Sancho bajó de su querido rucio, hinchó sus pulmones y gritó.

—¡Abran, abran! El hidalgo don Quijote de la Mancha ha llegado y pide ser recibido por el rey de Almería.

Se escuchó un fuerte ruido detrás de la puerta. Esta se abrió y aparecieron tras ella dos soldados llamados Ricardo y Pablo. Ricardo tenía pinta de haber salido del calabozo, mientras que Pablo, un joven con gafas, aparentaba ser muy inteligente.

Los dos soldados pidieron a don Quijote y a su escudero que los siguieran para presentarles al rey.

Pero, de repente, se escuchó gritar a don Quijote:

—¡Apartaos, echaos a un lado! Largo tiempo llevo buscando a este fiero oso y al fin lo encontré.

Y desenvainando su espada y alzando el escudo, corrió con ganas hacia una armadura situada en una de las escaleras del castillo.

—¡Deteneos, mi señor, que no se trata de ningún oso, sino de una armadura decorativa que han puesto en la escalera!

Pero don Quijote, sin escuchar a su escudero y ante el asombro de los soldados, arremetió contra la armadura que estaba adornando la escalera. Le sacudió tal espadazo que salieron por los aires los trozos de la armadura.

Uno de los brazos le dio a Ricardo un bofetón en toda la jeta; y el otro se enredó entre las piernas de Pablo, que cayó de bruces.

Sancho contemplaba atónito la escena, hasta que el yelmo, que había salido despedido hacia el techo, aterrizó sobre su cabeza de sandía y allí se quedó incrustado.

Los guías se miraban perplejos sin poder dar crédito a la escena que acababa de suceder. Nunca antes una persona había peleado con una armadura.

Sancho Panza les explicó a los guías lo que había pasado:

—Disculpen las molestias, vuestras mercedes, es que mi señor tiene alucinaciones. Una vez se pensó que unos molinos eran gigantes, así que figúrense.

Los soldados recogieron del suelo a don Quijote, que yacía exhausto, y lo llevaron a la enfermería.

Allí los recibió Atenea, una doncella con un aire extraño y misterioso. Tenía la piel blanca y unos cabellos muy rubios, algo insólito en estos parajes, donde la gente era morena de pelo y de piel oscura a causa del ardiente sol.

Después de curar a don Quijote, Atenea los condujo a una habitación y les dijo:

284

—Vuestras mercedes deberían quedarse esta noche a dormir. Don Quijote necesita reposar, pues todavía está dolorido a causa de los golpes. Y a usted, Sancho, se le ve muy cansado.

—Vuestros deseos son órdenes para mí —respondió don Quijote de inmediato.

Y como los dos estaban muy fatigados por el viaje y la emoción de la aventura, pronto se quedaron dormidos.

A media noche, oyeron unos golpes en la puerta de su habitación.

Don Quijote se sentó en la cama de un brinco, pensando que era el oso que venía a vengarse.

Pero enseguida oyeron la voz suplicante de Atenea, muerta de miedo.

—¡Don Quijote, Sancho —gritaba—, abrid la puerta, por favor, que unos piratas han entrado en el castillo y me persiguen para hacerme daño!

—¡Qué escuchan mis oídos! —exclamó don Quijote—. Es la doncella Atenea que se encuentra en peligro y necesita de mi ayuda.

—Señor, esto de los piratas me suena raro —desconfió Sancho—. Ahora me viene a la mente que, mientras esta damisela le atendía, no paraba de cruzarse miradas cómplices con los soldados y los tres se reían.

—¡Abre, desdichado! —ordenó don Quijote—. No seas tan torpe y perezoso. Los piratas merecen un castigo y yo les enseñaré a respetar a una dama.

Al abrir Sancho, fue arrollado por Atenea y Ricardo, que entraron atropelladamente y cerraron la puerta.

Ricardo se dirigió a la ventana y rompió el cristal de un puñetazo, que originó un gran estruendo al caer sobre el suelo de piedra.

—Tenemos que salir por la ventana —les dijo—. Barba Roja viene por la escalera y matará a todo el que encuentre.

Entonces Sancho Panza, sin pensarlo un minuto, cogió las sábanas de la cama y las unió hábilmente con nudos a modo de cuerda para poder descolgarse por la ventana.

Debido a su hermosa panza, Sancho se quedó atorado en el hueco y Ricardo tuvo que empujar sus redondas posaderas para facilitarle la salida. El pobre escudero sintió un vértigo terrible al verse colgando como un columpio y empezó a descender aferrado a las sábanas como si tuviera garfios en vez de dedos.

Pero, ay, cuando se dio cuenta de que las sábanas no llegaban hasta el suelo. Ahí le entró un pánico atroz. Pensó que caería unos cuantos metros en picado y se rompería hasta el último hueso.

—Aaaaaaaaaaaaaah, mi madre, que me voy a caer, que me voy a partir la crisma —gritaba muerto de miedo.

Entonces escuchó risas bajo sus pies. También Atenea y Ricardo reían a carcajadas asomados a la ventana.

—¿Por qué os reís, rufianes? Mi escudero Sancho está en verdadero peligro —los amenazó don Quijote.

—¡Peligro! —lloraba de risa Ricardo—. ¿No veis que está solo a un palmo del suelo, y el muy tonto cree que está a punto de matarse?

Al escucharlo, Sancho Panza miró hacia abajo y comprobó que era cierto. Se encontraba tan cerca del suelo que no hacía falta ni saltar para alcanzarlo.

—¡Seréis ruines y malvados! —dijo entre sollozos Sancho—. No está bien reírse de un pobre hombre que siente estar cerca de la muerte. Merecéis un buen castigo.

—No te preocupes, amigo Sancho —gritó don Quijote desde la habitación—. Yo me encargo de dar una buena lección a este par de rufianes.

286

Pero Atenea y Ricardo, viendo que don Quijote echaba mano a su espada, salieron corriendo escaleras abajo para unirse a su amigo Pablo.

Don Quijote corrió tras ellos, su pelo blanco disparado y revuelto, dispuesto a darles su escarmiento. Pero, al llegar al final de la escalera, se encontró de nuevo con la armadura, que habían colocado intencionadamente los tres amigos para reírse de él.

Ricardo, que estaba escondido, hizo un rugido imitando a un oso furioso.

—¡De nuevo te pones en mi camino, oso asesino! —gritó don Quijote—. Vas a pagar por todas tus fechorías.

Y se abalanzó sobre la armadura.

Dando espadazos a diestro y siniestro, el caballero andante consiguió que esta cayera al suelo haciendo un estruendoso ruido que se escuchó por todo el castillo. De fondo, se escuchaban las risas de Atenea, Pablo y Ricardo, que, aprovechando el desconcierto de don Quijote, lo cogieron prestos en volandas y lo llevaron a la puerta del castillo, donde lo lanzaron por los aires para expulsarlo de allí.

Sancho corrió tras ellos para evitarlo, pero no llegó a tiempo, así que los dos soldados lo sacaron también a patadas entre carcajadas y cerraron la puerta.

—Ay, mi buen señor —dijo Sancho—, qué malas personas estos tres que se han servido de nosotros para reírse a nuestra costa. Con lo buenas personas que parecían, pero ya se sabe, las apariencias engañan.

—Eso es verdad, mi fiel escudero. Pero una cosa hemos conseguido —respondió nuestro hidalgo—: acabar con el temido oso que asustaba a toda la población.

Sancho bajó la cabeza resignado a aceptar las locuras de su señor y juntos se encaminaron hacia el faro, donde pasaron la noche para al día siguiente cabalgar rumbo a la ciudad de Murcia donde continuar con sus andanzas.

Capítulo XXIII

De cuando don Quijote visitó
el castillo de Chinchilla de
Montearagón y venció a un
monstruo acuático y demostró
que el amor lo puede todo

CC San Francisco de Asís
Albacete

Tutor literario
Blue Jeans

Profesorado

M.^a José Fernández Sánchez
Pablo Prieto Larrosa
Silvia Serrano García

Alumnado

Elsa Alejandra Alfaro Palomino
Adriana Bazán Alfonso
Andrea Fernández Ramírez
Jesús García Martínez
Inés García Núñez
Pablo Gómez Fernández
Joana González González
Javier Junquera Benítez
Carlota Martínez Dólera
Martín Mayoral Marín
Adrián Moreno Cablanque
Precieux Panzu Mavungu
Natalia Plaza Espino
Alberto Rodríguez Martín
Pablo Rodríguez Martín
Lilian Sánchez Carrón
Ismael Sánchez Fernández
María Saugar Guijarro
Jorge Juan Vidal González
Honghao Wang
Xianlong Wu



Capítulo XXIII

De cuando don Quijote visitó el castillo de Chinchilla de Montearagón y venció a un monstruo acuático y demostró que el amor lo puede todo

Ya habían pasado dos largos días desde que salieron de su último destino. Habían estado caminando durante todo el día, de sol a sol y pasando las noches en la fría llanura. Y ya necesitaban descansar en un lugar bajo techo.

Durante el camino, pocas gentes se encontraron, y solo la compañía del sonido de sus vacíos estómagos, apenas alimentados con un mendrugo de pan y un trozo de queso manchego, escuchaban.

Era la tercera noche que pasaban al raso, cuando de repente, don Quijote gritó:

—¡Sancho, Sancho! Despierta.

Pero Sancho, pensando que era alguna de las locuras de su amo, siguió durmiendo.

—¡Sancho! Despierta, malandrín, escucha la voz de tu señor.

—¡Duérmase, mi señor! ¡Que aún no ha salido el lucero del alba, ni el rocío moja mis prendas! —contestó Sancho.

—¡Vamos, holgazán! ¡Sancho, Sancho!, ¿cuál será nuestro siguiente destino? ¡Estoy emocionadísimo! Presiento que hoy vamos a tener una aventura memorable. ¡Esta noche no la pasaremos así tirados en el camino, encontraremos refugio en las casas de las buenas gentes de Albacete! Tierras de cuchillos y navajas, en las que siempre hay un

huevo donde acoger a un humilde sirviente del honor y de la verdad.

—¿Ya en Albacete?, una gran villa. Cerca de allí vive mi primo, Zacarías. En Yeste. ¡Ahh!, recuerdo que su mujer hacía unos gazpachos manchegos que quitaban el sentido.

Sin más dilación, emprendieron el viaje. Don Quijote llevaba su yelmo y su armadura, estaba preparado para cualquier suceso que pudiera acontecer. Sancho cargaba su lanza y su escudo.

294 Al cabo de un rato se toparon con el famoso castillo de Chinchilla de Montearagón.

—Mirad, mi señor —dijo Sancho—, más adelante puedo ver como se alza un grandioso castillo.

—En efecto, amigo, ¡es magnífico!, sin duda este es un lugar digno para un caballero como yo. ¡Vamos, Sancho, no perdamos más tiempo!

—Veo que el castillo tiene un enorme foso.

—Es verdad, Sancho, miremos si hay algún monstruo con el que luchar. Iremos al castillo y nos presentaremos ante su señor y le ofreceremos nuestros servicios para lo que necesite. Seguro que estará encantado de que lleguemos y nos ofrecerá aposento y comida caliente.

El castillo tenía unas murallas altas y a los pies del castillo se veía un pequeño pueblo de casas blancas con tejados de color rojizo. A la entrada del pueblo se acercaron a caballo tres jinetes y al detenerse delante de ellos pudieron comprobar que se trataba de un caballero y dos soldados que le acompañaban.

El caballero les preguntó por su visita a la villa de Chinchilla:

—¡Buenos días, caballero!, ¿quién sois? ¿Y qué se le ofrece a vuestra merced por estos lugares?

—Buenos días, mi nombre es Alonso Quijano, más conocido como don Quijote de la Mancha, y este es mi escudero

Sancho Panza. Llevamos varios días por las tierras de Albalate, intentando ayudar a sus nobles gentes. Nuestro propósito es defender las injusticias.

Henos aquí porque hemos oído rumores de que en esta magnífica fortaleza suceden cosas extrañas, ruidos raros, y venimos en pos de ayudar o desvelar los misterios de este lugar.

—Muy bien, pues me parece estupendo, pero no creo que eso suceda. Yo soy don Juan Pacheco, dueño de este lugar, y a mis oídos no han llegado estas noticias. De todas formas, caballeros, sean ustedes bienvenidos. Acompáñennos hacia el interior del castillo.

Hechas las presentaciones, los cinco iniciaron el ascenso hacia la grandiosa fortaleza. Lo que vieron al subir era la majestuosidad de sus puertas y sus dos torreones.

Delante cabalgaban don Juan Pacheco con sus dos soldados. Detrás le seguían don Quijote y Sancho, que miraban con asombro lo que había a su alrededor.

—Sancho, ¿has visto qué torres más altas?, no parecen construidas por simples hombres, sino por las artes de los magos y los druidas.

—Señor, fíjese usted bien, yo creo que no hay nada de embrujos y fantasías, solo la tenacidad de los hombres y el látigo de un señor tirano, haciendo trabajar de sol a sol.

—Látigos dices; construir un castillo es un arte noble y de gran orgullo para aquel que trabaja con su mano para levantarlo.

Próximos a la puerta, ya llegando los caballeros, desde lo alto de las torres, entre las almenas, se divisaban unas grandes trompetas, y seguidamente comenzaron a tocar una fanfarria anunciando la llegada de su señor.

—Sancho, sin duda, llegamos a un lugar de grandes nobles y caballeros. Seguro que pasamos unos buenos días, y espero que nos dé tiempo a descubrir si realmente suceden aquí cosas extrañas, como nos anunciaron en el camino.

Una vez dentro, don Juan Pacheco se dirigió a uno de sus sirvientes para que acompañase a los invitados a los aposentos para que descansasen y se aseasen lo necesario.

—Rodrigo, haz el favor de acompañar a nuestros ilustres invitados a sus habitaciones.

296

—Muchas gracias, pero me siguen preocupando esos ruidos o monstruos que puede haber en el foso de su castillo.

—Como ya hemos comentado, no creo que existan tales monstruos, pero sí hay un gran cocodrilo que nos protege por si nuestros enemigos atacaran. Si vuestra merced quiere revisarlo, yo le acompañaré. Vendré a buscarle antes de cenar.

Pasado un tiempo, el suficiente para que don Quijote y Sancho se asearan y descansaran un rato, don Juan, se presentó en sus aposentos para acompañarlos al gran foso del castillo. Al llegar al foso don Quijote gritó:

—¡Saca mi lanza, Sancho, y entrégamela, derrotaré a ese monstruo acuático!

—A sus órdenes. —Y le entregó sus armas.

Don Quijote empezó a luchar contra el cocodrilo. Sancho y don Juan se quedaron asombrados por los movimientos que hacía. Acto seguido don Quijote se lanzó al agua.

—¡Don Quijote, pare, pare, que ese cocodrilo protege el castillo, no lo mate usted! —dijo Pacheco—. ¡Sancho, ayúdeme a sacarlo del agua!

Pacheco y Sancho sacaron a don Quijote del agua con mucho esfuerzo. El cocodrilo se perdió en el agua. Y don Quijote salió sofocado y victorioso.

—Ja, ja, he vencido a ese monstruo. Don Pacheco, no se preocupe por el cocodrilo, ya no se comerá a nadie. Don Pacheco, usted ya puede estar más tranquilo.

Don Juan Pacheco, que sin duda pensaba que don Quijote necesitaba un buen descanso, siguiéndole la corriente le dijo:

—Desde luego que estoy más tranquilo, no dudaba yo de su valor. Ahora debe reponer fuerzas en la cena, nos estarán esperando. Le presentaré a mis comensales de esta noche y especialmente a mi esposa y a mi hija. Ahí podrá contar esta aventura y otras que me gustaría conocer.

Acto seguido, Sancho recogió las armas y la armadura de la contienda. Mientras, se dirigieron hacia el salón principal.

Según iban andando, el castillo estaba en penumbra. Al fondo del pasillo se encontraron unas armaduras, que parecían estar vivas. Fue cuando la locura se apoderó de don Quijote.

—¡Sancho!, tráeme la espada, rápido, que ha entrado un ejército de caballeros que nos van a atacar.

Sancho, corriendo, alcanzó a su señor, llegó hasta ellos casi sin respiración, cuando le dio la espada, se dio cuenta de la realidad.

—¡Pero, señor! Que no son caballeros que vengan a atacarnos, son armaduras —dijo Sancho.

—En verdad, don Quijote —intervino Pacheco—, son armaduras completamente vacías e inofensivas. Tranquilícese, son reliquias de la familia, que mis antepasados utilizaron cuando los árabes rodeaban este castillo.

Ya tranquilo, don Quijote vio la realidad: solo eran armaduras inertes. Y por fin, continuaron hacia el salón para degustar la succulenta cena.

El gran salón lo presidía una mesa rectangular en la que ya había sentadas cuatro personas. Cuando entraron en la sala, se

pusieron en pie para poder ser presentados debidamente. Pacheco hizo los honores:

—Les presento a mi mujer, Dorotea, y a mi hija, Ximena. Sepan ustedes que mi hija se casará en menos de una semana con don Diego de Torres y, si vuestras mercedes están aquí, con gusto podrán disfrutar del banquete.

También estaban los futuros consuegros, padres de don Diego de Torres, que se encontraban preparando los festejos para la boda.

298

Todos se sentaron a la mesa y disfrutaron de las viandas. Sirvieron de primero unos palominos en escabeche, ajo pringue con piñones, acompañados de un vino de Villarrobledo.

Cenaron copiosamente, charlaron y bebieron. Don Quijote felicitó a doña Ximena por su próxima boda, pero ella no estaba muy alegre. Esto le extrañó a don Quijote y le habló de su amor por Dulcinea del Toboso que le hace levantarse todos los días. Ella miró al suelo y evitó continuar la conversación.

Una vez finalizada la cena, cada comensal se retiró a sus aposentos, había sido un día largo y todos necesitaban descansar.

Ya a media noche, don Quijote siguió sin pegar ojo, los ronquidos de Sancho, que resoplaban con fuerza, no le dejaban dormir y para colmo oyó unos extraños ruidos.

—Sancho, ¡despierta!, llevo un rato escuchando unos ruidos raros. Será otro misterio sin resolver de este castillo.

—No, mi señor, eso es el ruido de las caballerizas. ¡Duerma tranquilo, que necesitamos descansar!

Los ruidos continuaban y don Quijote, que no podía conciliar el sueño, decidió levantarse a ver lo que ocurría. Al llegar a la zona vio que Sancho tenía razón, que eran los caballos los que hacían ese ruido. Pero ese lugar no dejó de ser misterioso para él y decidió inspeccionarlo.

Anduvo por distintas zonas, pero una de ellas llamó su atención. En ella vio una especie de trampilla oculta en el suelo. Decidió ir hacia ella y, no con mucho esfuerzo, consiguió levantarla. Al otro lado de la trampilla había unas escaleras que parecían descender al mismísimo infierno.

Ni corto ni perezoso, en su afán de encontrar nuevas aventuras, comenzó a descender. Estaba oscuro, era una estancia fría y húmeda. Descendió hasta el último peldaño y se encontró con una especie de mazmorra. Había varias puertas de hierro, parecían muy pesadas, y pensó que dentro podrían contener grandes peligros.

Quijote avanzó por el pasillo. No se oía apenas nada, solo podía escuchar sus temblorosos pasos. Hasta que llegó a casi la última puerta en la que una débil voz se alzó a decir:

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?, por favor, llevo días sin comer. ¿Y Ximena? ¿Cómo está? Decidle que estoy aquí.

—Hola, ¿quién sois? ¿Y qué hacéis aquí? —preguntó don Quijote.

—Soy César de Borgia, y estoy aquí preso por querer evitar las nupcias de la dueña de mi corazón, doña Ximena. Su padre la va a casar con otro hombre que ella no quiere. Los dos estamos enamorados.

—¿Es cierto eso?, pues esto no puede quedar así. Yo también vivo por el amor de mi amada Dulcinea y vosotros dos debéis ser dichosos porque vuestro amor es puro. Mañana intercederé por vos para que os saquen de esta horrible prisión.

Y así fue como don Quijote regresó a su habitación. Sancho aún dormía. Decidió dormir lo que quedaba de noche, debía estar lo más lúcido posible para que don Juan Pacheco escuchara su petición.

Nada más aparecer los primeros rayos del sol, don Quijote despertó a Sancho y le contó todo lo que había pasado mientras él dormía.

—Sancho, debemos ayudar a esta joven pareja a que sean felices.

—No sé, mi señor, si debemos intervenir, somos solo unos invitados recién llegados y no sé si eso será lo correcto —dijo Sancho.

300 —¡Por supuesto que es lo correcto! Mi ley caballeresca así me lo hace saber.

Sin más tardar, se vistieron y se arreglaron para ir a desayunar al salón donde se encontrarían a Pacheco y todos los demás.

—¡Buenos días, mis señores! ¡Buenos días, señorita Ximena!, anoche conocí a don César de Borgia, cautivo en la mazmorra y de su amor. ¿Es cierto, mi señora, que los dos están enamorados? —preguntó don Quijote.

Ximena bajó la mirada, pero no pudo ocultar la realidad.

—¡Oh, padre, por favor, no permita separarme de los brazos de César! —dijo Ximena.

—Ya lo hemos discutido suficiente, hija. No se hable más —le contestó don Pacheco.

Las lágrimas de Ximena llenaron sus ojos, ocultos bajo sus manos. Don Quijote intervino.

—No puedo permitir la desdicha de estos dos jóvenes enamorados. Don Pacheco, pongo mi honor y todo lo que poseo para que cambiéis de idea. Pensad en la felicidad de vuestra hija. Felicidad que será compartida por ustedes y por la que siempre le estará agradecida. Pero una condena a un amor no deseado es la más grande de las desdichas.

Las palabras de Quijote emblandecieron a Pacheco. Y al ver cómo su hija sufría, no tuvo más remedio que ceder.

—Mi niña, si tanto lo deseáis, no seré yo quien os impida ser feliz. Disculpad —dijo Pacheco dirigiéndose a los padres de Diego de Torres—. La felicidad de mi hija es lo más importante, y creo que con este matrimonio concertado no hubiera sacado nada más que desdicha.

—No se preocupe usted —le contestaron—. Abandonaremos el castillo y le contaremos a nuestro hijo la noticia. Es posible que nosotros también estemos equivocados al obligarle a casarse y debe ser él el que busque su camino.

—Gracias, padre —dijo Ximena—, gracias, mi señor —dijo dirigiéndose a don Quijote.

Y así fue cómo Ximena y César consiguieron volver a estar juntos. A los pocos días se celebró un gran banquete al que don Quijote y Sancho estuvieron invitados.

Poco más podían hacer en ese lugar. Así que decidieron proseguir su fantástico camino.

—Mi señor, esta vez ha hecho un acto memorable. Estas son las hazañas que me enorgullecen de ser el siervo de don Quijote de la Mancha.

—Gracias, Sancho, y no olvides nunca que el amor todo lo vence.

Con más energía que nunca, nuestro héroe avanzó por la llanura de Albacete. De recuerdo se llevó una navaja para poder degustar las viandas que Sancho ya había empezado a comer.

Capítulo XXIV

De lo que aconteció a don Quijote y Sancho en la ciudad de Valencia y de cómo tuvieron que huir perseguidos por la justicia

CEIP Reyes Católicos
Valencia

Tutora literaria
Mónica Rodríguez

Profesorado

Eva José López Torres

José Ángel Muñoz de Morales Lara

Alumnado

Diego Aquino Salaverry

Eros Caballero Quintanilla

Paula Campos Garrido

José Ángel Gil Rodríguez

Ryad Khaj Jy

Luca Larissa

Darius Vasile Marina

Elena Mendes Ondo

David Minchev Rivas

Diana Mora López

Leonardo Gabriel Muresan

Lydia Nava Garrido

Inés Nava Garrido

Fineas Oprea

Eduardo Cristian Paduraru

Cristina Prieto Augusto

Hada Simón López



Capítulo XXIV

De lo que aconteció a don Quijote y Sancho en la ciudad de Valencia y de cómo tuvieron que huir perseguidos por la justicia

Estando en Mallorca don Quijote y Sancho Panza, y tras varios días meditando sobre qué hacer, ambos decidieron buscar nuevas aventuras rumbo a Valencia. Don Quijote, enredando entre sus pensamientos, antes de emprender el viaje, quiso contarle a Sancho Panza una historia sobre piratas turcos, quedando Sancho absorto de todo lo contado por su amo. Por la noche Sancho, mientras dormía, tuvo pesadillas al recordar lo que le había relatado su amo. Se despertó repentinamente y, despavorido, fue corriendo hasta don Quijote, narrándole todo lo que había soñado durante la noche. Tal era la angustia expuesta por Sancho que don Quijote intentó calmarle.

—Mi señor —replicó Sancho—, vuestra merced me ha revelado todo lo ocurrido con los soldados turcos con tanto detalle que ha perturbado la calma de la que antes gozaba.

—No debes preocuparte, amigo Sancho, yo te defenderé de todas las atrocidades que nos puedan ocasionar los perversos piratas turcos. Recoged vuestros enseres y dirijámonos con Rocinante y el rucio hasta el navío que nos conducirá hacia tierras valencianas.

Y ya embarcados rumbo a Valencia, conversaron ambos amigos de aventuras pasadas para amenizar la travesía, aunque

no fue fácil, ya que hallaron horizontes de lo más borrascosos, desatándose una gran tormenta que hacía que el barco se tambalease. Estuvieron durante horas muy alejados del lugar de procedencia, y, tras un arduo viaje, mantuvieron el garbo gracias a su charlatanería.

—¡Oh!, ¡qué veo! Mira, amigo Sancho, esa parece ser la ciudad a la que nos dirigimos.

Por fin, lograron llegar al destino esperado: el puerto de Valencia. Allí, a lo lejos, divisaron unas estatuas gigantes que representaban personas, pero tal era su magnitud que don Quijote creyó que era el mago Mazmork, recordando que era un mago extremadamente malicioso y ruin que perpetraba todo tipo de maldades y de procedencia turca. Por un instante, don Quijote llegó a pensar que aquel perverso mago había encerrado a un grupo de personas dentro de uno de esos muñecos gigantes, con lo que decidió romperlo, contemplando que no había nada en su interior. Tal fue el destrozo ocasionado que las personas que se encontraban allí estallaron en cólera, y descontrolados fueron corriendo a atrapar a don Quijote, con lo que el hidalgo salió huyendo como pudo de aquel entuerto.

—¡Tras él, corred sin descanso! —gritaban las personas que se hallaban en el lugar.

—Piedad, por favor, tened piedad, ha sido un error por mi parte... —explicaba don Quijote.

A pesar de sus súplicas, lograron alcanzarle y lo encerraron en el calabozo del castillo. Allí, preso y sin consuelo, repentinamente escuchó unos extraños ruidos, y pensó don Quijote que eran aquellos turcos de los que le habló a Sancho Panza.

—¡Malditos seáis! —se lamentaba don Quijote. Y es que no cesaba aquel sonido tan horrible, una y otra vez se oía aquel ruido maldito.

Pero aquel estruendo tan grande no era otra cosa que cohetes y petardos que estaban lanzando para celebrar la festividad de ese día, algo que desconocía por completo don Quijote.

Mientras tanto, Rocinante y el rucio se habían desorientado, perdiendo la pista de sus amos. Sancho Panza, confuso con todo lo ocurrido, consiguió esconderse entre la multitud para no ser descubierto, y cuando encontró el momento para escapar corrió a rescatar a su fiel amigo don Quijote. No sabía muy bien hacia dónde dirigirse, pero las habladurías de la gente del pueblo parlotando vilmente sobre un forastero que se encontraba preso en el castillo, le hicieron pensar que la persona de quien cuchicheaban no era otro que don Quijote.

—Otra vez me veo envuelto en otra aventura inesperada. ¿Qué será de nosotros? —se lamentaba Sancho Panza.

Y pensando la manera de cómo poder rescatarle, decidió esperar a ver campo abierto. Tras un buen rato, cuando observó que los soldados ya no se tenían en pie de tanto que habían bebido, decidió quitarle sigilosamente las llaves a uno de los soldados para entrar a buscar a su amo.

—Ya estoy aquí, mi señor. ¿Qué le atormenta? —preguntó Sancho.

—Sancho, escuché una detonación provocada por los turcos de los que te hablé. Querían destruirlo todo.

—Pero mi amo, ¿no será que le vuelve a jugar una mala pasada su imaginación? —le decía Sancho.

—No, era un estruendo muy real para no ser verdad.

—Mi señor, el ruido que ha oído no es otro que los petardos de las fiestas que se celebran en tan maravillosa ciudad.

Al día siguiente, los guardias se despertaron y vieron que el hombre encarcelado había desaparecido, pero era tan colosal

la resaca que presentaban que no eran capaces de reaccionar. Uno de los soldados que tenía mayor lucidez logró chillar:

—¡Preso a la fuga!

Mientras tanto, don Quijote y Sancho Panza ya estaban lejos del castillo y lograron disfrazarse con otros atuendos para no ser reconocidos por nadie del lugar.

—Señor, estoy convencido de que con estos nuevos ropajes no despertaremos sospechas. Somos unos prófugos, así que es imposible detenernos si no queremos ser alcanzados, pero no puedo más. ¿No está cansado, mi señor? —dijo Sancho.

310

—Sí que me encuentro fatigado —respondió don Quijote—, y si no me quejo de dolor, es porque no es aceptable que los caballeros andantes se quejen, aunque, quizá, debiéramos descansar un poco para que puedas recuperar fuerzas. Hagamos, pues, una parada breve.

Sancho no dejó de reír al escuchar a don Quijote, y dada su licencia para descansar, dedicó tiempo a beber de su bota y comer algo que guardaba en su zurrón, y aunque las viandas eran algo rústicas, se dijo: «A buen hambre no hay pan duro». Pero pronto oscureció, así que decidieron pasar aquella noche entre unos matorrales para no ser descubiertos. Durante la noche don Quijote no logró dormir, se resistía a creer lo dicho por Sancho, y le inundaban pensamientos sobre los malvados turcos, que según él pretendían apoderarse de la ciudad valenciana. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua, pronto quedó adormecido. Entre tanto, don Quijote aprovechó la madera de los árboles que se encontraban a su alrededor para hacerse una espada y poder emplearla en aquella nueva hazaña. De pronto, se oyó un leve ruido y vio a lo lejos moverse algo que no alcanzaba a descifrar.

—¿Qué será aquello? —se preguntaba don Quijote.

Sancho se despertó repentinamente y, viendo la agitación de su amo, le dijo:

—Señor, que digo yo que mire bien lo que hace, no sea que su imaginación otra vez le juegue una mala pasada. Parece ser el ruido de algún animal oculto y no de esos turcos que recientemente tanto le enloquecen.

—Ya te he dicho, Sancho, que lo que yo digo es verdad, y ahora verás como son los turcos los que nos persiguen de nuevo, por lo que debemos estar muy alerta y preparados para no ser derrotados cuando se acerquen.

Y diciendo esto, se puso a la vista del camino y en voz alta dijo:

—¡Gente indecente, dejad libre la ciudad de Valencia! ¡Recibiréis muerte como justo castigo de vuestras malas obras!

De repente salieron de entre los árboles y matorrales unos animalitos huyendo rápidamente del lugar.

—¿Ve, mi señor? —le explicaba Sancho—, es todo producto de su imaginación, una nueva fantasía le invade.

—¡Oh, mi fiel amigo Sancho!, ya sabes que siempre me he sentido muy preocupado por ayudar a los más desfavorecidos e intentar vencer a la gente indeseable que habita sobre la faz de la tierra. Menos mal que te tengo a ti. Tú siempre me ayudas a distinguir la realidad de la fantasía.

—Mi señor, debiéramos continuar la marcha —sugirió Sancho Panza.

—Continuemos, pues parece que ahora no hay nadie a la vista —murmuró don Quijote.

Pero, de pronto, vieron aparecer un caballo y un asno, que no eran otros que Rocinante y el rucio.

—¡Qué alegría encontraros! ¡Cuánto os hemos echado de menos! —dijeron ambos.

Se montaron y poco después oyeron como aparecían los carceleros.

—¡Corra, corra, mi señor! —decía Sancho.

—¡Huyamos hacia aquella dirección, nos llevará hasta Castellón! —exclamó don Quijote—, una nueva ciudad que otear y explorar. Allí descubriremos nuevas hazañas que efectuar, y nos libramos de esos guardianes que tan injustamente nos persiguen.

—¡A por ellos! —gritaban los centinelas.

312 Mientras tanto, don Quijote y Sancho Panza, gracias al reencuentro con sus animales, lograron alejarse rápidamente de sus perseguidores, emprendiendo una vida más sosegada en nuevas tierras castellanenses.

—Esperemos, mi señor —comentaba Sancho—, que en esta tierra encontremos estabilidad para hospedarnos en ella durante algún tiempo.

—Sí, Sancho, mi fiel escudero, no te preocupes que yo sé la manera de hacerme respetable. Sígueme el juego y todo irá bien.

—De acuerdo, de acuerdo... Usted dirá. Y qué tal mi señor si comiéramos algo, pues los duelos con pan son menos. ¿Le parece bien que nos llevemos algo a la boca? Además, ahora que se atisba un resquicio de tranquilidad, no vaya a ser que alguien quiera destruirlo, ¿ya sabe, mi señor?

—Cierto, mi amigo Sancho —opinaba don Quijote.

Y caballero y escudero se quedaron almorzando algo, aprovechando el descanso para recordar todo lo sobrevenido.

Capítulo XXV

Que trata de lo acontecido
a don Quijote en Mallorca
y de cómo vivieron la aventura
del tesoro del castillo
de Bellver

CC Lope de Vega
Mallorca

Tutor literario
Ricardo Gómez

Profesorado

M.^a Victoria González Herraiz
Consuelo Herrera Pliego
Juan Manuel Luengo Román

Pablo Alejandro Franco Osuna
Naia Gamboa Sáez
Irene García Catalán
Javier García García
Enrique Jesús García Moreda

Iván García-Uceda Yáñez
Yermak Golitsin Alonso
Noelia Gómez Martínez

Sara Gómez Vaquero
Elena González Arias

Laura González Cembellín
Adrián Guardia Espinosa

Paula Guillén Martínez
Lucía Gumiel Sánchez

Mencía Herradura Sánchez
Carlota Herrera Capilla

Marcu Iordache

Sofía Andreina Jaimes Parada

Hugo Jareño Pacheco

Laura Jareño Pacheco

Yi Na Jin

Candela Lamelas Gómez

Paula Leiva Caramés

Rodrigo López Soriano

Sara López Gónzalez

Víctor Lorente Fernández

Virginia Losada Hernández

Irene Losada Lourido

Patricia Lozano Delgado

Miguel Luque Herranz

Noelia Kayi Manzano Chan

Sofía Martín Prieto

Ariadna Martín Zaragoza

Jorge Federico Martínez Fernández

Pablo Martínez Fernández

Ángel Martínez Márquez

Alumnado

Paula Abian Aguilar

Leticia Andreasyan

Michelle Aranda Rodríguez

Antonio Bergés Otero

Álvaro Blanco Martínez

Celia Bricio Martínez

Carlos Cáceres Negrete

Abril Caselles

Fernández-Mayoralas

Lidia Celaya Ozaez

David Ciruelo Balado

Mario Ciruelos Mansilla

Sara Ciruelos Mansilla

Hugo Cuesta Zapata

Víctor del Pozo Bravo

Rodrigo Díaz-Chirón Morán

Sophie Alejandra Enrich Peraza

Aitana Fagúndez Jiménez

Alejandra Fernández Jurado

Gonzalo Fernández Llarandi

Ángela Fernández Martín

Sofía Fernández Palomares

Alejandra Fernández Vega

Sofía Ferrera Lorza

Álvaro Martínez Méndez
Héctor Mayoral Merino
Irene Melero Martín
Martina Merchán Montolio
Antonio Mérida Sánchez
Diego Millas Sánchez
Izan Moldovan Mario
Guillermo Montero Jimeno
Héctor Montero Plaza
Victoria Cristi Morales Herrero
Alejandro Moreno Carballo
Irene Moreno Moreno
Andrés Sebastián Muñoz Solórzano
Álvaro Navarro Pliego
Carmen Navidad García
Jana Ochoa Oñoro
Naia Olea Fernández
Paula Ortega Cabrera
Pablo Ortega Martínez
Paula Palenzuela Hernández
Irene Palomar Rodríguez
Victoria Alejandra Paredes Ortega
Alejandro Pastor Ordóñez
Iván Pedraza Martínez
Guillermo Peñalver Martín
Álvaro Plaza Pérez
Diego Puerta Martín
Paula Ramírez Pérez
Juan Manuel Ramírez Trujillo
Inés Redondo Santamaría
Álex Rodríguez Durantez
Álvaro Rodríguez Rodríguez
Daniel Rodríguez Valverde
Andra Rodríguez Vlad
Alberto Rojo Pérez
Daniela Rojo Cabrejas

María Romero Sánchez
Pablo Rufat Rodríguez
David Ruiz Sánchez
Ana Ruiz Serrano
Miranda Sabio Blanco
Naia Saiz López
Juan Carlos Salas Mesa
Jorge José Salguero Ruiz
Laura Sánchez Fernández
María Sanz Martínez
José Miguel Soto Rodríguez
Jorge Sotomayor Susin
Ainara Vales López
David Vela Fernández
Pablo Villalvilla Martín
Nuria Yáñez Cruz
Daniel Yebra Retuerda



Capítulo XXV

Que trata de lo acontecido a don Quijote en Mallorca y de cómo vivieron la aventura del tesoro del castillo de Bellver

En el mercadillo de Alicante, tras su última gran aventura, don Quijote y Sancho Panza estaban intentando buscar algo de comida. Y, rebuscando por las esquinas, Sancho encontró una reluciente y bonita moneda de plata. Este se puso muy alegre al saber que al fin iba a poder catar un chorizo en toda regla, y corriendo fue a avisar a don Quijote:

—¡Vuestra merced, vuestra merced! ¡He encontrado una moneda de plata, al fin podremos catar un chorizo de verdad!

—Qué suerte la nuestra, amigo Sancho —lo celebraba don Quijote. Mientras tanto, una joven con una capa de color morado los llevaba observando un rato; entonces, cuando estos ya habían decidido en qué puesto iban a comprar el chorizo, la joven se les acercó:

—Buenos días, caballeros —les dijo la joven—. Me llamo Catalina, os he visto muy alegres. ¿Qué ha ocurrido?

—Nos hemos encontrado, nada más y nada menos, que una moneda de plata —respondió don Quijote.

—Vuestra merced, no se olvide de que con ella podremos comprar nuestro más deseado y preciado chorizo —añadió ilusionado Sancho.

—¿Me dejan echarle un vistazo, con su permiso, claro? —les preguntó interesada Catalina.

—Sí, aquí tiene —le dijo don Quijote.

—¡Oh! Si es una de las muchas monedas de plata y de oro que contiene el gran tesoro de Bellver, que está en la ínsula de Mallorca —les dijo fascinada a don Quijote y Sancho.

—¿Y con todas esas monedas nos podremos comprar todos los chorizos que tanto he soñado? —le preguntó Sancho haciéndosele la boca agua.

—¡Claro que sí, joven glotón!, aunque para ello deberéis solventar dos problemas —respondió Catalina.

318 —¡Dos problemas! ¿De qué problemas se trata? —preguntó don Quijote.

—Llegar hasta la ínsula y encontrar el tesoro. Mucha gente ha perdido su vida en estos desafíos. Si queréis llegar hasta la ínsula sanos y salvos, contaréis con mi ayuda, dado que yo conozco estas turbulentas aguas como la palma de mi mano. Pero solo si compartís conmigo parte del botín. ¿Qué? ¿Aceptáis el trato? —les preguntó Catalina.

Don Quijote y Sancho Panza se miraron, y los dos asintieron con la cabeza.

—¿Por qué no una aventura más? —dijo don Quijote.

—Vale, ¡pues todos al barco! —exclamó Catalina.

Ya llevaban dos horas de travesía cuando se desató una gran tormenta. Había un fuerte oleaje que empujaba el barco mar adentro. Con el pronunciado vaivén del barco, don Quijote se desmayó. Cuando por fin Sancho Panza consiguió que don Quijote despertara, tras tirarle unos cinco cubos de agua, este se levantó y su fantasía empezó a funcionar como de costumbre. Empezó a imaginar que las grandes olas eran un ejército de monstruos marinos que querían atacar el barco.

—Vuestra merced, ¿está bien? Catalina y yo hemos pasado un mal trago —le dijo asustado Sancho Panza.

—Amigo Sancho, eso ahora no es importante; lo importante es vencer al ejército de monstruos marinos que quiere atacar el barco —respondió don Quijote.

—Señor don Quijote, yo no veo nada; se habrán ido —le dijo Sancho.

—¡Claro que están, amigo Sancho! Tu mente no está preparada para este tipo de problemas. ¡Apuntemos nuestras espadas al centro para ahuyentarlos! —dijo don Quijote convencido.

—Está bien —respondió Sancho apuntando su espada hacia el centro. En ese momento, una gran ola empujó a don Quijote hacia la parte trasera del barco. Después de ese gran golpe, don Quijote volvió a desmayarse. Cuando este despertó de su gran sueño, la tormenta había acabado.

—¿Ves, amigo Sancho? Hemos vencido al ejército —dijo don Quijote feliz.

—Vuestra merced tenía razón, los vencimos y pasaremos una tranquila noche —respondió contento Sancho Panza.

Tras salir las primeras luces del alba, don Quijote, Sancho y Catalina avistaron la bahía de Palma. Se quedaron alucinados con sus aguas cristalinas y el dulce sonido del oleaje del mar. Atracaron en el puerto y pusieron rumbo al castillo de Bellver. De camino, se confundieron en un cruce y acabaron en otra fortificación, a la que accedieron por una entrada que estaba sin vigilancia. En el pasillo los vieron y pensaron que eran ladrones, así que los metieron en las mazmorras, donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente estaban los tres muy preocupados porque pensaban que no iban a poder salir y que no encontrarían el tesoro.

Cada uno estaba en una celda, y al cabo de un rato vino uno de los carceleros golpeando los barrotes de las celdas.

De pronto, el carcelero se paró en seco delante de la celda de Sancho Panza, y este, que estaba muy asustado, se escondió debajo de la cama.

—¿Dónde está el otro preso? —preguntó el carcelero a don Quijote.

—No lo sé, ha debido escaparse —respondió don Quijote.

El carcelero, frunciendo el ceño, exclamó:

—¡Te piensas que soy idiota! —Mientras, observaba unos pies delatores bajo la cama, y ordenó—: ¡Tú! ¡Sal de ahí ahora mismo!

320

—No puedo, estoy encajado —dijo Sancho, pues una vez más su barriga le había jugado una mala pasada.

El carcelero se enfadó y abrió la puerta, y Sancho dio un salto y salió de la cama, tiró al carcelero al suelo y aprovechó para quitarle las llaves y encerrar a este, que estaba dolorido por el gran golpe. De esta forma liberó a don Quijote y Catalina y todos juntos siguieron en la búsqueda del tesoro.

—¡Mirad! —dijo Catalina—. En mi celda había un pergamino. Parece el mapa del tesoro de Bellver. Reconozco la cruz que está en el jardín. ¡Vamos por él!

Al salir por la puerta se encontraron con dos caballeros armados hasta los dientes. Catalina se escondió detrás de una columna mientras Sancho y don Quijote lucharon contra ellos. La pelea duró un rato, pero al final don Quijote y Sancho vencieron, y encerraron a los dos caballeros con el carcelero. Les quitaron las espadas y las armaduras y por fin consiguieron salir de aquel lugar.

Con alguna que otra herida poco importante, salieron de allí y al final vieron la luz del día. Avistaron un caballo y una mula que estaban atados y Sancho le dijo a don Quijote:

—Vuestra merced, podríamos cogerlos.

—Muy buena idea, amigo Sancho —respondió don Quijote. Los cogieron y, mientras iban caminando con los caballos, vieron lo que don Quijote pensó que era un cerdo. Este exclamó:

—¡A por él!

Pero Sancho, al verlo, le gritó:

—¡Don Quijote, que no es un cerdo, es un jabalí! —Don Quijote no le escuchó porque en su imaginación veía un sabroso y hermoso cerdo, del que imaginó jamones, chorizos...

Mientras Sancho no paraba de gritar:

—¡Vuestra merced, que no es un cerdo, que es un jabalí! ¡Pare, dese la vuelta!

Don Quijote no le hacía caso; su imaginación solo vislumbraba un gran cerdo sabroso al que quería cazar. De repente, el jabalí se dio la vuelta, y Sancho, al verlo, exclamó:

—¡Cuidado, que el jabalí va hacia usted!

Don Quijote no quería escuchar y, sin darle tiempo ni a pestañear, el jabalí le embistió y don Quijote salió volando por los aires, cayó al suelo y se desmayó.

Sancho lo subió a la mula y corriendo se fueron por el camino, donde vieron una posada y decidieron parar. Allí, don Quijote despertó y con los ojos abiertos como platos le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho, he vencido al cerdo. Observa a tu alrededor. Está lleno de jamones, chorizos, lomos, viandas... Esto es un paraíso. ¡Vamos a llenar la panza!

Sin pensarlo dos veces, don Quijote y Sancho empezaron a comer a dos carrillos como locos. Cogieron todo lo que había colgado en el techo y lo devoraron como lobos. Mientras, Catalina advertía:

—¡Basta, basta, que no tenemos dinero para pagarlo, aún no hemos encontrado el tesoro! —Pero don Quijote y Sancho no le hacían caso alguno.

De repente, don Quijote, con la boca llena, dijo:

—¡Tengo mucha sed!

Al fondo vislumbró unos barriles enormes, llenos de vino tinto, y su imaginación volvió a enturbiar su mente. Don Quijote no veía barriles, sino unos enormes, altos y fuertes ladrones que venían a robar toda la comida. En un instante, don Quijote saltó y, sacando su espada, empezó a defenderse con todas sus fuerzas, clavando la espada hasta el fondo repetidamente a cada barril.

322 Sancho y Catalina le miraban y gritaban:

—¡Qué está haciendo vuestra merced!

—¡Estoy matando a estos ladrones furtivos! ¡Mirad cómo brota a chorros su sangre roja!

—¡Don Quijote, que no son ladrones, que son barriles de vino y lo que brota son chorros de vino tinto! —gritaba Sancho, pero don Quijote no le escuchaba y siguió clavándoles la espada.

Al oír tal estruendo salió el posadero que, al ver tal desastre, comenzó a gritar:

—¿Qué está haciendo? ¿Qué es todo este estropicio? Todo esto lo va a pagar usted ahora mismo.

Don Quijote, al verle, le contestó:

—¡Ni hablar, rufián! —Mientras, comenzó a correr con Sancho y Catalina hacia la puerta, al tiempo que el posadero les tiraba todo aquello que encontraba: panes, quesos, chorizos...

Sancho se quedó atrás y pudo alcanzar un queso que tiró el posadero, y comenzó a pegarle unos bocados enormes, mientras corrían sin cesar.

Corrieron y corrieron y se adentraron en el bosque. Sancho paró de golpe y al echar la vista al frente exclamó:

—Señor, señor, en lo alto de la montaña se ve un castillo.

Catalina miró hacia arriba también y dijo:

—¡Es verdad, caballero don Quijote, allí arriba está el castillo que aparece en nuestro mapa!

Don Quijote, mirando a Sancho y a Catalina, contestó:

—¡Vayamos pues a por nuestro tesoro tanpreciado!

Emprendieron la marcha atravesando el bosque y subiendo la colina. La noche se les echó encima, no había luna y la luz era escasa. Al llegar al castillo vieron que la puerta estaba cerrada. Catalina le susurró a Sancho:

—¿No es aquello que se ve a lo lejos un hueco en la muralla?

323

Era cierto, y por allí pudieron entrar al castillo. En frente de ellos se encontraba la cruz que aparecía en el mapa. Era grande y blanca. Al situarse debajo de ella, don Quijote, Sancho y Catalina cayeron a un pasadizo oscuro y con unas flechas como aparecía en el mapa. Sancho prendió un candil y emprendieron el camino siguiendo las flechas.

Sancho dijo a don Quijote:

—Vuestra merced, ¿usted ve aquellas luces en lo alto del techo?

Don Quijote respondió:

—¡Ay, mi escudero ignorante! Aquello que ves son piedras preciosas. ¡Vayamos a por ellas!

Al acercarse, aquellas piedras preciosas empezaron a revolotear y a dar golpes en la cabeza de Sancho y a enredarse en el pelo de Catalina. Don Quijote enloqueció nuevamente y volvió a tener un ataque de imaginación. Empezó a gritar:

—¡Malditos espíritus de la oscuridad, caballeros oscuros que venís a por el tesoro! —Y, cogiendo su espada, empezó a golpear aquellos animales que colgaban, que en realidad eran murciélagos.

Sancho gritaba a don Quijote:

—¡Mi señor, mi señor, que solo son murciélagos, no caballeros oscuros!

A lo que don Quijote respondió:

—¡Calla, calla, cobarde, cada uno de estos caballeros se rendirá a nosotros! —Don Quijote tropezó con una piedra y cayó bruscamente al suelo, golpeándose, y Catalina corrió a ayudarle. Allí, donde posaba su cabeza, junto a una piedra, estaba el cofre de su mapa.

Catalina gritó llamando al escudero:

324 —¡Sancho, Sancho, hemos encontrado el tesoro! Ayúdame a desenterrarlo.

Sancho estaba muy nervioso y, sin darse cuenta de que don Quijote estaba inconsciente, desenterró el tesoro y lo abrieron.

De repente, don Quijote despertó y exclamó:

—¡Hemos vencido a los caballeros oscuros y nos han ofrecido el tesoro!

Sancho Panza, incrédulo de lo que oía de su señor, se echó a la espalda el cofre de dinero y salieron raudos y veloces del castillo.

Los tres volvieron al bosque y, una vez abajo, encontraron pastando a tres caballos. Catalina, don Quijote y Sancho montaron en ellos y amarraron el tesoro al caballo de Sancho. El amanecer los sorprendió y, al mirar al horizonte, Catalina exclamó:

—¡Allí está el puerto de Mallorca! Nos embarcaremos en un velero y volveremos a nuestra querida tierra de Valencia.

El camino de vuelta fue tortuoso. Las olas se agitaban empujadas. Catalina estaba muy mareada y don Quijote, que también estaba mareadísimo, comenzó de nuevo a imaginar, y no veía olas, sino que en su mente esas olas tan grandes

eran los tentáculos de un gran calamar gigante. Don Quijote, sin pensarlo, sacó su espada y empezó a golpear todas las olas con fuerza.

—¡Fuera, maldito calamar gigante, lo único que quieres es robar nuestro gran tesoro! ¡Nunca lo conseguirás!

En ese trance, una gran ola golpeó fuertemente el barco y don Quijote salió despedido y cayó a la bodega.

Catalina y Sancho recogieron a don Quijote y le cuidaron y vigilaron durante el resto del viaje. Sancho no paraba de repetir:

—¡Ay, mi señor, mi señor, usted ve monstruos, ladrones y caballeros oscuros donde solo hay olas, barriles y murciélagos! Ay, pobrecito mi señor, ¿qué podría hacer yo por usted?

Finalmente llegaron al puerto de Valencia y allí don Quijote despertó. Sancho, muy contento, le dijo:

—Mi señor, ya estamos a punto de llegar a tierra, y con este tesoro podremos catar todos los chorizos, morcillas y viandas que queramos. ¡Ya no volveremos a pasar hambre!

Todos tenían una gran sonrisa en su cara, y los bigotes de don Quijote miraban hacia arriba con una gran felicidad.

Esta historia quijotesca termina con nuestros protagonistas en una hermosa venta, donde degustaron todo tipo de chorizos, morcillas y exquisitos alimentos, que sus estómagos gratamente agradecieron y sus mentes nunca olvidaron.

Capítulo XXVI

En el que Sancho Panza y el
ingenioso hidalgo encuentran
la cánula dorada del Papa Luna

CC Minerva
Peñíscola (Castellón)

Tutor literario
Blue Jeans

Profesorado

Pablo de Moya Alba

José Carlos García Román

Alumnado

Roberto Amaro Ortiz
Christian Abreu Tejada
Erik Gabriel Badea
Milena Bogusz
Evaelina Burian
Adrián Cabezas Domínguez
Jimena Cortegoso Riefenstahl
Alejandro Cotoman
Carlos Daniel Damián
Luiz Felipe de Souza González
Héctor Fernández Ruiz
Laura García Puerta
Sofía Guskovska
Érica López Cordon
Carlos López Ruiz
Adrián López Yogueros
Laura Ludeña Almeida
Iker Llaguno Mayoral
Daniel Martínez González
Samuel Moreno Rodríguez
Edu Omoruyi
Marcos Ortega Campoamor
Claudia Ortega Guzmán
Paula Margoth Palacios Fernández
Matías Fernández Paniagua
Kauan Gabriel Pavón
Álvaro Pérez Gil
Leire Portillo Moreno
Jimena Rivas Pedrajas
Daniel Rodríguez Gail
Sofía Rodríguez Urbano
Laura Rubio Gómez
Lucía Rubio Gómez
Andreas Adrián Sarlea
Nadia Serrano Iriepa
Martina Tedeschi

Sara Valero Fernández
Lihao Ye
Denisa Patricia Zamosteanu
Laura Ioana Zanfir



Capítulo XXVI

En el que Sancho Panza y el ingenioso hidalgo encuentran la cánula dorada del Papa Luna

Desde la torre de la atalaya, a lo lejos, se veía la sombra de dos personajes. Uno regordete con un burro lleno de cacharros; a su lado un hidalgo, un hombre alto y delgado con armadura, un escudo y una pica. El caballo parecía famélico.

Los arqueros estaban haciendo guardia. El Papa Luna fue un papa que vivió en el castillo de Peñíscola, muy importante y con un gran poder. Este bonito castillo estaba al borde de un acantilado, junto al mar. Desde el mar se observaban cuatro torres de vigilancia y desde tierra otras dos. Desde lo alto de cualquiera de ellas se veía toda Peñíscola. De piedra caliza, estaba curtido en batallas, lleno de enredaderas y en sus murallas se podían apreciar algunos restos de cañonazos.

Durante esa semana, se estaba preparando una justa. Había una zona con vallas de madera y muchas banderas y estandartes de las diferentes casas que iban a combatir. Los habitantes del arrabal habían preparado un mercadillo para vender comida y cosas de artesanía, armamento, cuero y hierro para los visitantes. En el centro, una grada donde se podía ver el trono del Papa Luna, y cerca toda la alta corte. El ganador de la justa sería el nuevo vindicador. Todos los habitantes estaban nerviosos y discutiendo sobre quién creían que sería el nuevo campeón.

En esos días, por desgracia para nuestros protagonistas, se buscaba a dos forajidos cuya descripción coincidía con la de nuestros personajes. Se trataba de Barba Gris, un temible pirata que la noche anterior había intentado, sin éxito, robar en el castillo la cánula dorada y algunas viejas joyas del Papa Luna. A los arqueros les pareció ver a lo lejos a los forajidos, sobre el camino, y mandaron a dos guardias armados a apresarlos.

Don Quijote y Sancho Panza estaban hambrientos y se pararon en un almendro del camino a comer algunos frutos secos.

332

—Sancho, allí hay un castillo, vayamos a comer algo y si me lo permiten lucharé con valor en esa justa —dijo don Quijote.

—Lo de comer me parece buena idea, pero amo, esos caballeros vienen raudos y veloces hacia nosotros y no parecen muy amigables. —Don Quijote miró a lo lejos a los caballeros y se preparó para la batalla.

—Sancho, ¡prepárate para la batalla! —gritó don Quijote.

—Pero..., señor, están armados y usted solo tiene una pica y un chorizo medio mordido —gritó el pobre Sancho, sin que sirviera para nada, pues el ingenioso hidalgo ya estaba sobre su caballo galopando.

—Ni hablar, Sancho... ¡A luchar! —Don Quijote salió corriendo hacia los caballeros, pero su yelmo se quedó enganchado en una rama del almendro, así que Rocinante salió desbocado, mientras don Quijote quedó colgado de la rama sujeto solo por la cuerda de su sombrero y golpeando con su pica el almendro pensando que el pobre almendro eran los armeros que se dirigían contra él. Cuando los arrestaron, los llevaron hasta la atalaya donde estaban los arqueros que les mostraron el retrato de un pirata.

—Barba Gris, John Weak, queda usted arrestado, por piratería, por intentar robar anoche las reliquias del Papa Luna. —Sancho los miraba sorprendido.

—Pero qué dicen, si mi señor jamás ha sido pirata. —Los guardias, sin creer la versión del sensato Sancho, los llevaron presos a las mazmorras.

Al llegar a las mazmorras podía apreciarse, en el fondo, la figura de un caballero alto que entre las sombras parecía que tenía un ojo de cada color. Uno era verde y otro azul. Sancho se acercó y le preguntó temeroso al caballero:

—Señor, ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué le han arrestado? —dijo su voz temblorosa.

—Yo no soy un caballero. Soy una mujer. Me llamo Elisabeth Smith y soy mejor que muchos de esos caballeros que luchan en la justa. No me dejaban participar y me intenté colar. Le gané una apuesta a uno de los templarios que cuidan el pergamino de la cánula dorada. En la taberna le vencí y me dio su armadura, su escudo y su espada. Decidí, entonces, hacerme pasar por caballero e ir a la justa. En la justa, cuando estaba ya cerca de mi primera victoria, me caí del caballo, porque mi caballo se tropezó, y al caer mi cara quedó descubierta. El público al ver que era una mujer, se rio de mí y me tiraron tomates y patatas, y hasta un huevo duro. Además, anoche unos piratas intentaron robar la cánula dorada y el anillo del Papa Luna y se han olvidado de mí..., los guardias quiero decir.

—¿Qué reliquias? Pero ¿qué querían esos piratas? —se interesó Sancho.

—Cuenta la leyenda que hay un pergamino que es tan sagrado como prohibido. Solo pueden ojearlo los pontífices y sus más allegados o de su propia sangre. En ese papiro guardado en una cánula de oro se revelaba un enigma, de tanta transcendencia que helaba la sangre de cuantos lo leían. Hasta ahora no se ha encontrado ese pergamino.

—Señora Smith, ¿qué nos va a pasar? —preguntó, mirándola muy enamorado don Quijote.

—Esta misma noche los guillotinarán. —Sancho y don Quijote se miraron asustados. —Pero yo sé cómo escapar de estas mazmorras. Si me prometen que me ayudarán a escapar, les dejo venir conmigo.

—Por supuesto, mi bella dama.

En ese momento Elisabeth se acercó a un ladrillo que tenía marcada una cruz roja templaria y lo presionó. La pared comenzó a girar y aparecieron en la habitación del Papa Luna. La habitación tenía una cama grande con dos candelabros dorados en las mesillas. En la cómoda, se podía ver el anillo de diamantes rojos del Papa Luna. Elisabeth aprovechó mientras no miraban y cogió el anillo. El anillo comenzó a brillar. A lo lejos se oía a la guardia templaria que los estaban buscando, pues el caballero que estaba haciendo guardia se había dado cuenta de que la mazmorra estaba vacía. El anillo estaba protegido por los templarios con trampas, para que nadie lo robara. Entonces se activó un mecanismo, sonaron unas poleas oxidadas. En ese momento, las paredes comenzaron a cerrarse apretando a don Quijote, Sancho Panza y Elisabeth. Los templarios comenzaron a llamar a la puerta para apresarlos. Una de las sillas se cayó cerca de Sancho y este se dio cuenta de que había un pergamino debajo del respaldo. Estaba escrito en árabe, pero Sancho, que era muy leído, lo tradujo de inmediato:



—¡¡¡Tira de las dos patas de la cama!!! —Don Quijote y Elisabeth corrieron hacia la vieja cama del Papa Luna. Don Quijote, al coger la pata de la cama, tocó la mano de Elisabeth y la miró enamorado. En ese momento, Elisabeth le dijo:

—No es el momento de estas cursilerías, mi señor. —Don Quijote, suspirando enamorado y mirando a Elisabeth, tiró de una pata de la cama mientras Elisabeth tiró de la otra. La cama de repente se levantó hacia arriba y quedó pegada sobre la pared. Debajo de la cama, había unas escaleras con un pasamano dorado, con unas huellas que marcaban el camino de lo que parecía un pasadizo secreto del Papa Luna. En ese momento bajaron las escaleras, justo cuando el pasadizo estaba a punto de cerrarse; solo dos guardias templarios consiguieron seguirlos, quedando el resto encerrados en la habitación del Papa Luna. Todo estaba oscuro, por lo que Sancho tropezó, se cayó y parecía una albóndiga gigante rodando. Don Quijote y Elisabeth se quedaron entonces solos. Sintiendo que sus tripas ardían, don Quijote la cogió de la mano y decidió declararse a su amada con este poema:

*Al borde del mar
solo contigo quiero estar,
tú me haces pensar
el significado de amar.*

*Eres una estrella,
para mí la más bella.*

*Cuando estás con otro
a veces empiezo a llorar,
pero cuando estás conmigo
sueño que puedo volar.*

*Tú serás mi dicha,
tú serás la fe,
tú serás algún día
lo que yo soñé.*

Elisabeth suspiró, no se sabe si de amor o pena. Mientras, Sancho Panza encendió una antorcha y vio a don Quijote intentando besar a Elisabeth; justo en ese momento esta se apartó riéndose, mientras el beso quedaba solitario flotando en el aire.

336

—Mi señor, esto es muy romántico, pero los templarios vienen tras nosotros —dijo Sancho, intentando que don Quijote se diera cuenta de la urgencia del momento. Sancho se acercó a don Quijote y le susurró al oído:

—Amo, ¿no cree usted que Elisabeth no es quien dice ser y nos está usando para robar las reliquias del Papa Luna?

—¡Blasfemias, Sancho! Mi joven amada es una pobre campesina que necesita de nuestra ayuda para escapar de las garras de estos templarios locos, que arrestan caballeros sin mediar palabra. —Don Quijote, ciego de amor y borracho por su locura, no creía las sabias palabras de su audaz escudero, que, como casi siempre, no erraba en sus chanzas. Mientras decían esto, Elisabeth pegó una fuerte patada a una de las puertas del pasillo que tenía en su marco una enorme cruz roja templaria.

—Por aquí, mi amado caballero —dijo su voz invitando a pasar a don Quijote y Sancho. Al entrar se dieron cuenta de que estaban en una habitación especial. Todas las paredes eran de oro macizo y en el centro, bajo la protección de dos caballeros templarios, estaba la cánula dorada del Papa Luna.

—¡Alto! Si dan un paso más, la muerte será su destino —vociferó el más fuerte de los dos templarios. Elisabeth se

preparó para la lucha, pero no le dio tiempo a hacer nada, pues don Quijote, lleno de valor, asestó un golpe por detrás en la cabeza de uno de los caballeros, y este cayó inconsciente. El otro caballero desenfundó su espada para asestar un golpe de muerte a don Quijote, pero Sancho, para salvar a su amo, le golpeó al guardia en la cabeza con un enorme candelabro que tenía muy a mano. Al caer los dos guardias, Elisabeth sonrió y su cara se tornó malvada. Rápidamente se acercó a coger la cántula dorada, pero Sancho, al tratar de impedirselo, la dejó caer al suelo. Un humo comenzó a llenar la habitación y, de entre la humareda, apareció el fantasma del Papa Luna.

337

—¡Quietos! Hija mía, deja ese pergamino donde está o el mundo tal como lo conocemos desaparecerá —dijo la voz del fantasma del Papa Luna.

—¡Jamás! Llevo toda la vida buscando este tesoro. —Elisabeth dio una fuerte patada a un portón. Este daba al mar y sobre las olas se podía ver un barco con bandera pirata izada. Elisabeth se estaba preparando para saltar, cuando Sancho se interpuso y le cogió el pergamino dejándolo caer al suelo. La puerta de la habitación se abrió de golpe y a tropel entró un ejército de caballeros templarios.

—¡Maldición! —gritó Elisabeth mientras saltaba al mar. En el salto el anillo del Papa Luna se escapó de su bolsillo y cayó al mar donde todavía reside. Sancho agarró de la pechera a don Quijote y saltaron al mar para evitar la muerte a manos de los caballeros templarios. Antes de caer vieron como uno de los caballeros, al coger el pergamino, caía sin sentido, pues su sangre se heló.

En el agua el gran Barba Gris ayudaba a Elisabeth a subir al barco mientras miraba asombrado a don Quijote, pues realmente su parecido era notable.

—¿Tienes el anillo y el pergamino? —preguntó John Weak a Elisabeth.

—No, los he tenido en la mano, pero esos dos me han impedido cogerlos.

Don Quijote y Sancho se subieron a una barca de un joven pescador. Don Quijote, creyendo que la embarcación era un barco pirata y viendo en el muchacho a su capitán, gritó:

—¡Rápido! Mi amada ha sido secuestrada. ¡Deprisa, insensato! ¡Ve por ellos!

338

A lo lejos Elisabeth, furiosa, veía a don Quijote vociferando al pescador que, sin hacerle caso alguno, volvía a la orilla deseoso de perder de vista a ese loco que le gritaba insensateces de barcos piratas. Riéndose por dentro, suspiró y miró hacia el horizonte donde horas más tarde su barco desapareció entre el rojo ocaso.

Capítulo XXVII

Viaje por la ciudad encantada

CEIP Cervantes

Cuenca

Tutor literario

Blue Jeans

Profesorado

Fernando Carneros Lozano
José Manuel Domínguez Pérez
Raquel Sampedro Fernández

Alumnado

Mohamed Adulad Yahya
Rodrigo Yuri Arias Valiente
Greyz Yadira Bernaola Chamorro
Marouan Bouzarradi
Gerolis Carderón Alcántara
Adrián Doci Tiolan
Ukposa Noelia Eboguen Esono
Julia García Pérez
Rocío García Pérez
Luis Martínez García
Magdalena Mendes
Natanael Emanuel Mirón
Leonor Oliva Gabino
Isabel Ortiz Martín
Adriana Denisa Palermo
Rebeca Nathalia Persa
Daniela Rubio Paniagua
Alexandra Soare
Kristina Stanimirova Milkova
Carmen Nathalia Esther
Suero Rafael
Darius Andrei Suson Ganga
Alexandra Terintii Buzdugan



Capítulo XXVII

Viaje por la ciudad encantada

Hace mucho tiempo atrás, don Quijote y Sancho Panza fueron a buscar aventuras por la hermosa ciudad de Cuenca.

343

Era una mañana fresca, aunque los rayos empezaron a calentar en cuanto asomaron por el horizonte.

Estaban don Quijote y Sancho Panza durmiendo a pierna suelta sobre una piedra que curiosamente tenía forma de cama; les parecía un poco dura, pero se conformaban porque la piedra más cercana tenía forma de gato.

Don Quijote abrió los ojos y sin creer lo que oía gritó:

—¡Sancho Panza, despierta!, ¡amigo, compañero, apresúrate a levantar!, una tormenta se acerca, suena muy cercana, ¿no escuchas los truenos?

Sancho Panza despertó, e inmediatamente cesaron los truenos, con lo que se dieron cuenta de que tales truenos no eran más que los ronquidos que estaba dando el fiel escudero.

Después de tomar un pequeño desayuno compuesto por un chusco de pan con atascaburras y ajoarriero, que les había dado un joven campesino que habían conocido la tarde de antes, comenzaron su viaje hacia la ciudad de Cuenca.

Un día entero les llevó llegar desde ese paraje tan original compuesto por cientos de piedras con diferentes formas, en el que habían dormido, hasta la ciudad en cuestión.

Lo primero que vieron al llegar fue un puente largo, estrecho y muy muy antiguo, tenía pinta de derrumbarse en cualquier momento, pero no había otro lugar para pasar y se estaba haciendo de noche, así que se arriesgaron aun pensando que en cualquier momento podían caerse al río que por debajo pasaba.

Sin miedo y con la valentía de un hidalgo caballero pasaron cabalgando, cuando de repente vieron un patito atrapado en una red. Don Quijote ordenó a Sancho que bajara de su burro y ayudara al indefenso animal.

344

Sin darse cuenta de dónde habían salido, don Quijote vio una manada de patos que se acercaban a toda velocidad hacia ellos.

—¡Corre, Sancho, esos patos vienen a atacarnos! ¡Se deben pensar que queremos secuestrar al pequeño patito y nos atacan!

Don Quijote veía que los patos que se acercaban tenían los ojos ensangrentados y unos colmillos muy afilados, los veía como animales salvajes, fieras, máquinas de matar. Y debió ser por ese largo viaje que don Quijote comenzó a ver alucinaciones, porque a Sancho le parecía extraña tanta preocupación, ya que lo que él veía eran dulces patitos que hacían cua-cua.

Tal era la preocupación que Sancho se acabó cayendo, y del golpetazo que dio con su tripa en el puente, apareció una grieta que deterioraba aún más el frágil aspecto del paso.

Una vez que pudo levantarse terminaron de pasar el puente y llegaron, sin darse cuenta, a un pueblo encantador.

Cuando entraron en Cuenca, dieron un paseo por sus calles y decidieron pasar la noche en unas casas que estaban construidas en lo alto de unas rocas, sobre un precipicio que llegaba al río, ¡parecían estar colgadas!

«Los habitantes de este lugar no deben estar muy cuerdos», pensó don Quijote, «parece que todas sus construcciones están destinadas a caerse al río».

Sancho Panza también lo pensaba, pero como su señor no tenía por virtud la cordura, lo dejó pasar, pensando que serían buena gente.

Cuando despertaron con los primeros rayos de sol y miraron por la ventana, las vistas eran mucho más impresionantes que por la noche. Y sin dar más tiempo, montaron en sus animales y se adentraron en Cuenca.

Llegaron a la catedral aún con el corazón en un puño. En su entrada disparatada se cruzaron con un monje con una cruz en la mano y una bata negra con letras bordadas en oro en la espalda, con una inscripción que decía Juan Manuel. En la otra mano tenía una vela y una capucha cubría su cabeza. Del pecho le colgaba un crucifijo con la cara de algún santo que no llegaron a reconocer.

El monje oraba de una manera muy peculiar, algo rara, que no les gustó a nuestros amigos, lo que hizo que de nuevo salieran corriendo. En su huida Sancho chocó con una estatua, la cual derribó. La estatua parecía un ángel con las alas rotas, tenía pinta de costar un saco de monedas de oro. En la caída, la cabeza salió rodando y, para su sorpresa, dentro de la cabeza apareció un pergamino, el cual decía:

¡Si has encontrado esto, tú eres el elegido!

En el pergamino había unas coordenadas:

JM8-P5-B1

Después de mucho pensar cayeron en la cuenta de que JM8 era el número 8 de la calle José María, planta 5, puerta B1.

Y allí fueron tan rápido como pudieron. Después de seguir fielmente las coordenadas que indicaba el pergamino, llegaron hasta una puerta. Al abrirla vieron una mesa vieja medio tapada con un sucio mantel, y al quitar el mantel descubrieron un cristal redondo y un pequeño texto que decía lo siguiente:

Ajusta el cristal en el pecho de la figura que acabas de romper y espera a que el sol salga.

346

Rápidamente, Quijote y Sancho llegaron de nuevo a la catedral, encajaron el cristal y, como no tenían paciencia para esperar a que saliera el sol, decidieron encender una vela, para ver si la luz de esta, era suficiente para reflejarla en el cristal, como lo haría el primer rayo de la luz del sol.

Por suerte la luz se reflejó, e incidió en lo alto de la puerta de entrada del templo. Como estaba muy alto, don Quijote tuvo que ayudarse de Sancho, subiéndose en sus hombros para poder alcanzar el punto de luz. Tambaleándose y casi a punto de caerse consiguieron alcanzar otro pergamino escondido entre dos ladrillos de la pared.

En este pergamino se indicaba la salida de la ciudad de Cuenca. No entendían muy bien el misterio de un mapa de salida; después de mucho observarlo del derecho y del revés, por arriba y por abajo, se dieron cuenta de que en el mapa había un atajo para poder salir de la catedral, sin pasar por la puerta principal.

Cosa muy interesante, ya que un pelotón de soldados estaba buscándolos por haber roto la estatua. El monje siniestro avisó a la Guardia Real para arrestar y encarcelar a nuestros héroes.

Se dieron cuenta de que, al coger el pergamino, habían movido un ladrillo, y este abrió un pasadizo bajo el altar. Este pasadizo llegaba a un camino que conducía a la salida de la ciudad.

Por fin cruzaron el puente y salieron de Cuenca, pudiendo escapar sin que la Guardia Real se diera cuenta.

A Sancho le encantó la ciudad y no dejó de mirar atrás todo el camino. Cuando ya casi no se divisaba, Sancho lanzó un beso a la ciudad, porque allí había pasado una gran aventura y nunca la olvidaría.

Capítulo XXVIII

Que cuenta la despedida
de Cervantes y su salida
del castillo

Autores

Santiago García-Clairac

Ana Alcolea

Mónica Rodríguez

Marinella Terzi



magón.

Capítulo XXVIII

Que cuenta la despedida de Cervantes y su salida del castillo

351

Los primeros rayos del sol entraron por la ventana justo cuando Cervantes pronunció la última palabra de su relato.

Los condes, los criados y el cochero estaban absortos.

—Es asombroso —dijo el conde de Alcoriza—. Estas historias deberían estar en vuestros libros, amigo Cervantes.

—Llevo años pensando en hacer una recopilación y publicar un nuevo libro con estas aventuras. Por eso os ruego que mantengáis el secreto, no sea que caigan en oídos ajenos y desaprensivos.

—Podéis confiar en nosotros. Nada diremos y nadie sabrá lo que aquí se ha hablado. Vuestro secreto está a salvo en este castillo.

Miguel de Cervantes se sintió complacido con las promesas de su improvisado público.

—Bueno, amigos, la tormenta ha terminado y ya es hora de proseguir el viaje —dijo—. Os doy las gracias por darme cobijo en esta noche tan peligrosa.

—Antes de marchar, os voy a pedir que, por favor, me dediquéis los dos libros del Quijote de los que sois autor, querido amigo.

—Es lo menos que puedo hacer, amigos míos —respondió Cervantes, halagado por la petición de su anfitrión—. Traed

esos libros que os pondré la mejor dedicatoria que sea capaz de escribir.

Poco después, los sirvientes colocaron ambos ejemplares sobre la mesa, junto a un tintero y una pluma.

—Aquí tenéis lo necesario para dejar huella de vuestro paso por este castillo —alegó el conde—. Estoy deseando veros escribir. Será un privilegio ver vuestra mano deslizarse sobre el papel y dejar trazos de tinta.

352

Todos se acercaron a la mesa, ansiosos por ver la maestría de Cervantes con la pluma. El autor del Quijote se disponía a demostrarles su habilidad.

Cervantes mojó la pluma en el tintero y la acercó a la página del libro. El primer trazo fue contundente y el leve sonido que hizo sobre el papel se pudo escuchar con claridad.

Los corazones de los espectadores se aceleraron y los ojos se abrieron más para ver lo mejor posible las primeras palabras que el insigne escritor había plasmado sobre el papel.

Los presentes no podían creer lo que veían sus ojos. Aunque la tinta en la que Cervantes mojaba su pluma era negra, como todas las tintas, las palabras cobraban sobre el papel un color diferente. Brillaban como los rayos del sol sobre las mieses. Aquellas palabras eran de oro.

—¡Maravilla!

—¡Obra de algún mago encantador es esto!

—¡Un fenómeno de la naturaleza!

—¡Cosa del diablo debe de ser!

—¡Formidable circunstancia!

—¡Extraordinario suceso digno de ser contado para los siglos venideros!

Estas fueron algunas de las frases que emitieron los testigos de aquel extraño acontecimiento. Don Miguel siguió

escribiendo y, cuando terminó la dedicatoria, pasó el secante sobre el papel y miró a los asistentes.

—Desde hace un tiempo, me ocurre esto cuando escribo. Como a aquel mítico rey Midas. Solo que a él se le convertía en oro todo lo que tocaba, y eso era un gran problema. A mí solo se me convierten en oro las palabras sobre el papel. Y eso, amigos míos, no tiene ninguna gracia, ni me reporta beneficio alguno. Sigo siendo casi tan pobre como cuando nací dentro de los muros de esta ciudad, como cuando viví en Valladolid, como cuando fui soldado, y reo, y cautivo en Argel. Soy un hombre sin nada más que mi nombre, una sola mano y mis ganas de seguir contando historias para solaz de quienes las lean, ahora y en el futuro. Porque, señores, yo creo en el futuro.

353

—¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro, don Miguel?
—se preguntó en voz alta el conde.

—Lo mismo que el pasado, señor mío: más guerras, más hambrunas, más conquistas, más historias infelices, más episodios amables, más cosechas y más inventos que harán que la vida sea más fácil tanto para los hombres como para las mujeres.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó una de las damas.

—Alguien vendrá que inventará la manera de que haya luz por la noche sin la necesidad de encender velas. Otro alguien creará algún sistema para fregar los suelos sin tener que ponerse de rodillas. O algún artilugio evitará ir al río a lavar las sábanas y las ropas. Incluso alguien, estoy seguro de eso, inventará algún sistema para escribir sin tener que usar las plumas de los pájaros y la tinta de los calamares.

—¡Qué gran inventiva tenéis, don Miguel! El que tuvo, retuvo.

—No lo veremos ni vos ni yo, señor conde. Pero las generaciones venideras verán cosas que ni siquiera don Quijote de la Mancha habría podido imaginar.

—Pero vos sí que sois capaz de prever cosas casi sobrenaturales. Todo lo que acabáis de decir —habló el cura— os podría llevar a un juicio del Santo Oficio.

—No mentéis a la Inquisición, monseñor, que se me revuelven las tripas —dijo otro de los presentes, que había tenido algún que otro enfrentamiento con el Gran Inquisidor.

—La ciencia camina con pasos veloces, señores. Yo no hablo de cosas sobrenaturales que puedan ofender a Dios, sino de la investigación que los hombres harán en tiempos futuros.

354

—¿Y las mujeres? —preguntó la misma dama de antes.

—Las mujeres también harán cosas grandes. Llegará un momento en que incluso trabajarán fuera de sus casas y del campo. Estudiarán en nuestras gloriosas universidades e incluso serán soldados.

—Eso sí que no me lo creo, don Miguel —contestó el conde con una carcajada—. Me podría llegar a creer lo del artilugio para ver de noche sin la luz de los candiles y de las velas, pero imaginar a una mujer vestida de soldado yendo a hacer guerra contra los ingleses o contra los turcos, eso sí que es imposible.

—Lo dicho, conde, ninguno de nosotros lo veremos. Tal vez sí que lo vea nuestro amado don Quijote que, por no haber existido jamás, es inmortal.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Los personajes de ficción existen eternamente. Mientras haya alguien que lea sus palabras y los dé forma en su imaginación, seguirán vivos. Y yo espero que mi personaje me sobreviva, y sea leído por aquellos que escribirán sin pluma y que fregarán de pie.

Don Miguel de Cervantes se levantó de la mesa, no sin antes volver a agradecer la hospitalidad a sus anfitriones. La noche había sido hermosa, llena de historias, allí dentro del

castillo. Pero fuera la tormenta había destruido varios pajares, y más de cincuenta árboles se habían desgajado de la tierra por el efecto del viento. De hecho, varios caminos cercanos habían quedado cerrados a causa de los árboles caídos. Ya en la puerta, contemplaron todos la desolación que los rodeaba: ramas en el suelo, aleros rotos, tejas partidas. No obstante, el escritor se dispuso a partir para continuar su viaje.

—Antes de marchar, hacednos la merced de leernos vuestra dedicatoria, don Miguel —le solicitó otra de las damas—. Tenéis una caligrafía difícil de entender para ojos ancianos como los míos.

—Con mucho gusto lo haré, señora. Aquí, a la luz del sol, las palabras tendrán otro significado que en la penumbra del interior.

La mujer sacó el libro, el primer volumen de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y lo abrió por la página donde Cervantes había escrito las palabras doradas. El escritor se sentó sobre un poyete de la entrada y leyó en voz alta:

—Hay noches en las que ocurren cosas mágicas. Como todos los humanos, yo he tenido muchas noches en mi vida, no recuerdo ni recordaré casi ninguna, pues la mayoría se sumergen en el mundo misterioso de los sueños. Pero esta noche de agosto, cercana ya mi ausencia de este mundo, la recordaré durante el resto de mi existencia, que no será mucho, pero en el que haré recuento de todo lo ocurrido en mi vida y en la de mis personajes. Pues mis personajes son mis hijos más queridos, ya que solo me han dado alegrías, y no desdichas como suele pasar con las personas más cercanas de la familia. Probablemente esta sea mi última dedicatoria del libro que me ha hecho inmortal. Porque las andanzas de don Quijote vivirán mucho después de mi muerte, y de la de todos los que tengáis algún

día este ejemplar en las manos. Porque este es el cometido de los libros y de las historias en ellos contenidas: ser solaz y fuente de aprendizaje para todos aquellos que sean curiosos y tengan deseos de emprender el viaje a través de las palabras. Un viaje que lleva más allá de todas las estrellas del universo, más allá de los mares conocidos y aún por descubrir. Un viaje que lleva tan lejos porque lleva nada más y nada menos que al interior de uno mismo. Al conocimiento más íntimo de quien somos. Por ello, larga vida a la literatura, a los libros y a sus historias. Y también larga vida a ti, lector, que tienes en tus manos este libro. Acarícialo y siente la vida que te transmite, que es la de quien lo escribió y la de todos aquellos que lo leyeron y lo crearon dentro de su corazón.

Así fueron las últimas palabras escritas por el más grande de los novelistas. Cuando las hubo terminado de leer, cerró el libro, saludó con una leve inclinación de cabeza, subió a su carruaje sin decir nada más y reemprendió el camino. La tormenta había dejado un cielo límpido, de un azul intenso, «más marino que celeste», pensó el escritor. Se acordó de sus días en el mar, cuando el sol iluminaba tanto el Mediterráneo que el agua parecía una continuación del cielo. Ya entonces pensaba que tal vez no había tanta diferencia entre cielo y mar. Que el horizonte no era sino una línea imaginaria que habían inventado los hombres para acotar el mundo, porque los seres humanos, en su insignificancia, necesitan medir el mundo y adoptarlo a su propio tamaño: hacer del macrocosmos un microcosmos más. Todo era uno, y ahora él viajaba hacia el oeste, hacia el lugar donde el sol se pone para descansar y crear un nuevo día. Don Miguel respiró profundamente, con la sonrisa de quien sabe que ha hecho sus deberes y le han salido bien.

Se asomó por la ventana para lanzar una mirada de despedida al castillo que le había dado cobijo en aquella tormentosa noche, en la que había dado vida a sus relatos imaginados a lo largo de los años. Pero, para su sorpresa, descubrió que en el lugar en que debía estar la fortaleza había ahora un inmenso vacío.

¿Había sido aquella noche en el castillo del conde de Alcoriza producto de un sueño o de su imaginación?

Aunque no encontró una respuesta clara, de repente, la imagen de aquellos días en que empezó a escribir las primeras líneas de las aventuras de don Quijote, en una oscura celda de la cárcel de Sevilla, cobró forma en su memoria y sintió un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo. «Todo tiene un comienzo», pensó, «pero nunca sabemos cuándo llega el final».

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

